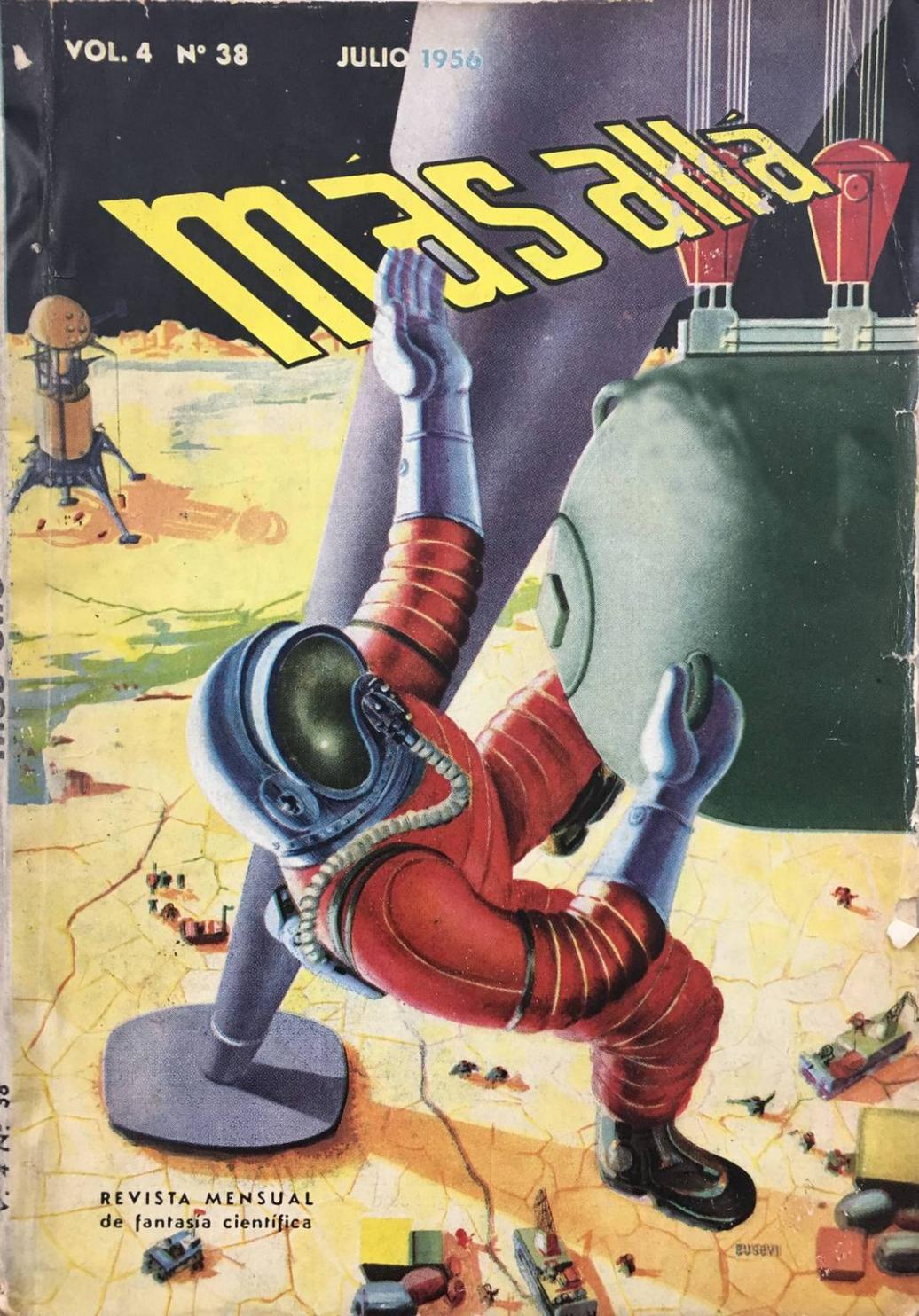


VOL. 4 N° 38

JULIO 1956

PLANETAS



REVISTA MENSUAL
de fantasía científica

LABS 18



las hormonas y la agricultura

En las plantas, el contacto entre las diversas células que componen sus diferentes tipos de tejidos se realiza a través de ciertos mensajeros químicos: las hormonas. En los animales, además de las hormonas está el todopoderoso sistema nervioso.

El estudio de estas hormonas vegetales ha desarrollado nuevos métodos para acelerar el crecimiento de los vegetales, en particular de aquellos que se cultivan para alimentar al hombre. La fotografía muestra una experiencia que consiste en cortar los nuevos retoños de plantas de porotos y aplicar en ellos una hormona especial. Los resultados en cuanto a calidad del producto y velocidad de crecimiento que se obtienen son extraordinarios.

REVISTA MENSUAL
DE AVENTURAS
APASIONANTES EN
EL MUNDO DE LA
MAGIA CIENTIFICA



**NUESTRA
PORTADA**
por EUSEVI

La luna ha sido conquistada ya por nuestra imaginación. Y éste es indudablemente el paso más difícil. Después vendrán los héroes espaciales con sus trajes rojos, su valentía y su espíritu de sacrificio, para jalonar otra etapa más del progreso incontenible de la humanidad.

sumario

Redacción y Administ.:
Editorial Abril S. R.
L., Av. Alem 884,
Bs. As., Rep. Argentino

novela:

EL CLAMOR DEL SILENCIO, por WILSON TUCKER
(Conclusión)

Odiaba el silencio y el río. Pero no existía otra posibilidad para él si deseaba continuar viviendo

cuentos:

EL MONSTRUO DE LOS OJOS CHATOS, por A. GLEEN

Pasó bastante hambre y sed antes de llegar a la tierra. Pero el triunfo que lo esperaba sería compensación suficiente.....

EL DESCUBRIMIENTO DE MORNIEL MATHAWAY, por W. TENN

¿Era Morniel Mathaway el más desgraciado de los pintores o simplemente un impostor?

¡RASCATAPUN!, por ALAN ARKIN

Su principio de reintegración era para nosotros, por así decirlo: ¡Rascatapún!.....

LA GUERRA SEMANTICA, por BILL CLOTHIER
Iniciaron la guerra bacteriológica, pero se olvidaron de protegerse contra su malignidad...

aventuras de la mente:

II. EL COCTEL ATOMICO OBLIGA A LOS MATRIMONIOS A VIVIR SEPARADOS, por G. H. MARTIN, D. MARGIONE y CLAUDE MASSOT
LA II parte de **EL ATOMO A SUS ORDENES** ...

LA COLISION DE LOS MUNDOS, por WILLY LEY

novedades cósmicas:

ESPACIOTEST

CORRESPONDENCIA

RESUMEN DE LA TIERRA (Editorial)



resumen de la tierra

El hombre es un ser perfectamente adaptado a su ambiente. Sus condiciones físicas y mentales han determinado su evidente superioridad sobre todas las formas de vida. Desde el momento en que el hombre hizo su aparición en la Tierra, hubo pocos animales que pudieran resistir su ataque. Un ejemplar joven de la raza humana, ágil, flexible, robusto, astuto, capaz de utilizar como arma cualquier cosa a su alcance, y sobre todo capaz de pedir auxilio a sus semejantes, organizando su actividad de la mejor manera para obtener los máximos resultados, representó, aun en las épocas más primitivas, el animal más peligroso y más temible. El hombre ha sido hecho de medida para la Tierra. Es suficientemente grande para no temerle a nadie; suficientemente pequeño para conservar una enorme agilidad de movimientos; sus requerimientos son muy elásticos: en caso de necesidad, puede alimentarse de raíces y hierbas, pero, de poderlo hacer, casi no existe límite para lo que pueda consumir. Habita cualquier lugar de la Tierra, y es el dominador en todas partes, donde hace calor y donde hace frío, en los llanos y en las cumbres, en los desiertos y en las junglas. El hombre es el amo de la Tierra.

La perfecta ambientación del hombre en su planeta, la exacta coincidencia del hombre con la naturaleza que lo rodea, son reveladas cada día con mayor evidencia. El progreso de la me-

dicina, de la biología y de las demás ciencias naturales descubre cada vez nuevos motivos de maravilla a este respecto. Y de este hecho cada vez más claro —que el hombre está hecho de medida para la Tierra, que la Tierra es el lugar más apropiado para el hombre, que la Tierra ha condicionado al hombre hasta hacer de él parte integrante del planeta— algunos podrán llegar a la conclusión pesimista de que más allá de la capa protectora de la atmósfera, fuera del abrazo acogedor de su madre Tierra, el hombre es nada. Pasando el límite impuesto por la naturaleza, lo espera la insondable negrura del desfallecimiento: sus órganos y sus sentidos caen en una torpe, insuperable anulación, en un caótico desarreglo, en una alocada desorientación.

Esto es muy cierto, y no cabe negarlo. Un hombre sin protección alguna no podría vivir en Júpiter o Saturno, no podría viajar a la Luna o a Marte. Pero un hombre sin protección tampoco puede resistir una tormenta, un aluvión, la picadura de ciertos insectos, el ataque de los parásitos, de los microbios, de los virus. Un hombre desnudo no sobreviviría en el espacio; pero tampoco podría cruzar los océanos.

Hay que cubrir esa desnudez, hay que crear las defensas, hay que escogitar las protecciones que permitirán al hombre franquear las barreras terrestres. El hombre, desnudo, no es hombre. El hombre es hombre cuando está rodea-

do por todos los frutos de su creación, por todos los resultados de su esfuerzo mental y físico.

Y ésta es, justamente, la tarea de la medicina en general, y de la medicina espacial en particular: estudiar al hombre, en toda su enorme complejidad; aclarar los misterios del funcionamiento de sus órganos; determinar sus posibilidades y sus limitaciones, encontrar los medios para utilizar plenamente las primeras y para superar las segundas; además, en armonía y cooperación con las demás ciencias, buscar las formas para sustituir lo esencial de la naturaleza que no puede ser transportado con algo pequeño, liviano, "espacial".

La medicina está avanzando a pasos agigantados; pero la meta está aún lejana. Cada descubrimiento, cada nuevo método, cada nueva fórmula, aunque pueda parecer sin relación alguna con los problemas que presenta el traslado del hombre a otros mundos, en realidad, contribuyendo a un más exacto conocimiento de nuestro cuerpo, aproxima el momento en que el hombre podrá alejarse de la Tierra. No estará desnudo y sin protección, en ese día: llevará, sintetizado en láminas de metales y plásticos especiales, en píldoras y en delicados instrumentos, el resumen esencial de la Tierra.

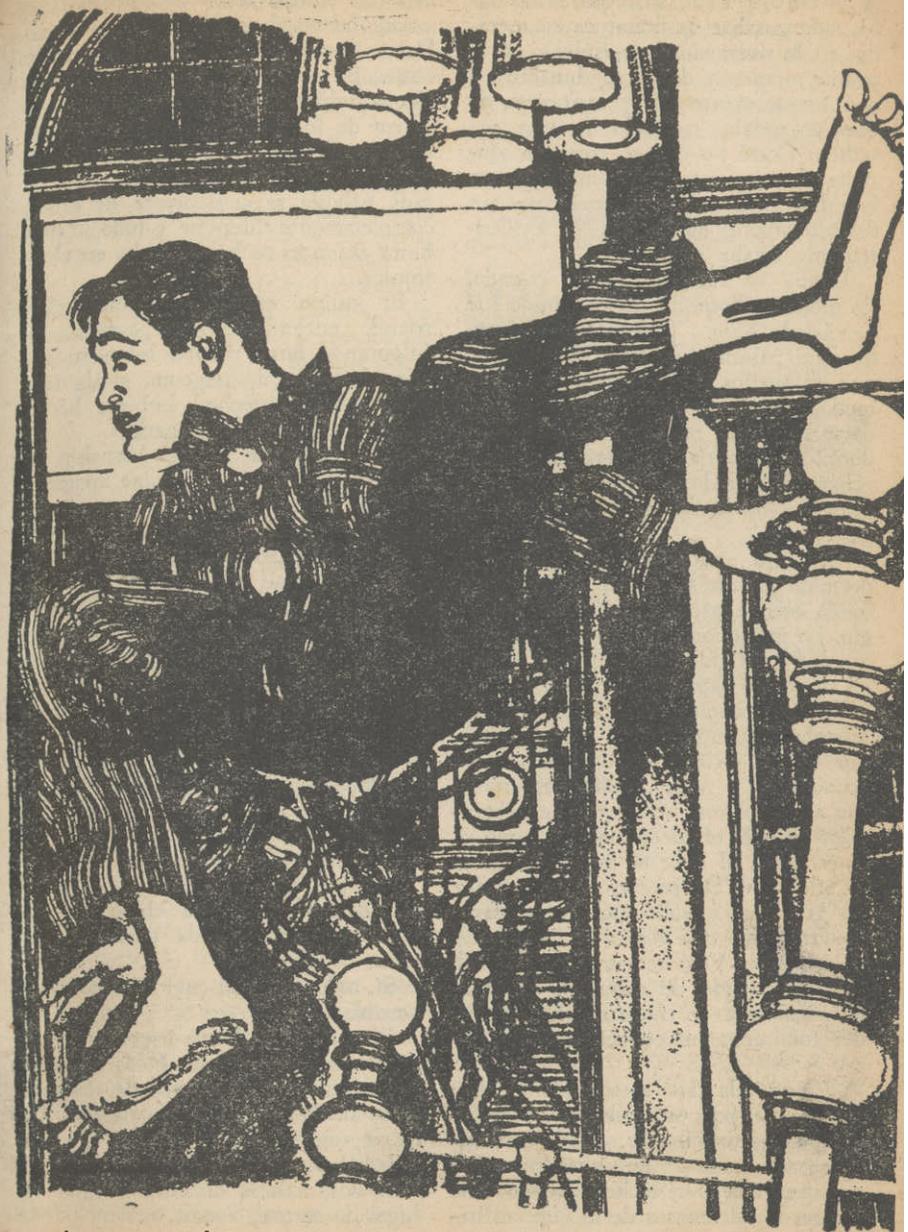
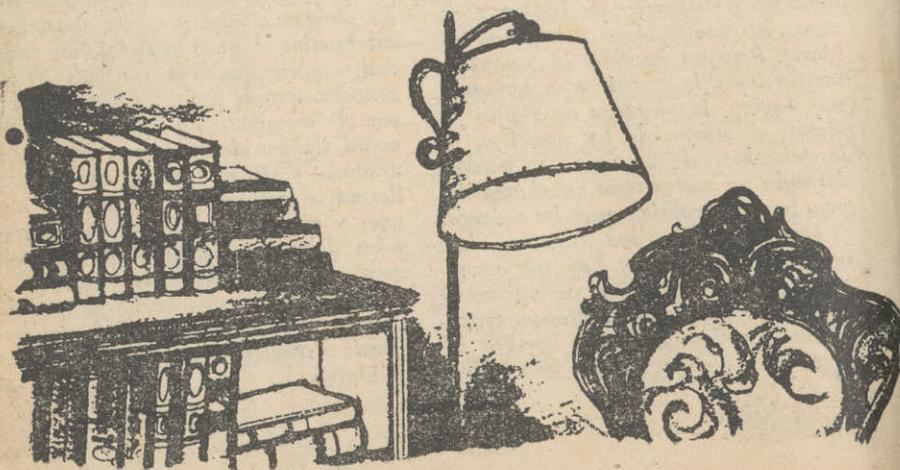
El hombre ha sido hecho de medida para la Tierra. El hombre se está haciendo a sí mismo de medida para todo el Universo. ✦

ALBERT GLEEN

Era bastante desagradable oír preguntas; pero lo peor era que parecían no dirigirse a él ni a ninguna otra persona, y que nadie se preocupaba por escuchar sus respuestas.

el monstruo de los ojos chatos

ilustrado por ASHMAN



EN el primer momento, Clyde Manship (que hasta entonces había sido auxiliar de literatura comparada, en la universidad de Kelly), en el primer momento, decimos, Manship luchó heroicamente por convencerse de que se trataba tan sólo de una pesadilla. Cerró los ojos y, con una sonrisita de superioridad, pensó que en la vida real no ocurrían nunca cosas tan definitivamente horrosas. No. Evidentemente estaba soñando.

Estaba ya casi convencido cuando, de pronto, estornudó. El estornudo fué demasiado sonoro y demasiado húmedo para pasarlo por alto. Seguramente que en sueños no se estornuda de ese modo, suponiendo que pueda estornudarse de algún modo mientras se está dormido. Tendría que abrir los ojos y echar otra mirada. Sólo de pensarlo, los músculos del cuello se le pusieron rígidos.

Un rato antes, se había quedado dormido mientras leía un artículo que había escrito para la revista del colegio. Lo impresionante era que se había quedado dormido en su propia cama, en su propio departamento de Callahan Hall ("encantadora residencia para miembros solteros de la universidad, que deseen vivir en el *campus*; precios acomodados") y se había despertado con una dolorosa sensación de hormigueo en todo el cuerpo. Sentía como si lo estiraran al máximo y súbitamente, lo aflojaran. De pronto se desprendió de la cama y salió por la ventana abierta, como una voluta de humo que se extingue. Voló rectamente hacia el cielo tachonado de estrellas, mientras su substancia se consumía hasta perder totalmente el conocimiento.

Ya aquella vasta meseta blanca, cubierta por un cielorraso provisto de múltiples válvulas, llegó con los pulmones llenos de aire viciado y apenas respirable. Del techo colgaban centenares de elementos de lo que era in-

dudablemente un equipo electrónico, pero un equipo como el que habrían soñado los muchachos de la Escuela de Física, si el dinero que el gobierno les entregaba para investigación de radiaciones hubiera sido un millón de veces mayor de lo que era, y si el profesor Bowles, director de la escuela, hubiera hecho hincapié en que cada llave y cada válvula se construyera de modo completamente diferente a todo lo que hasta entonces se había hecho en electrónica.

El equipo estuvo crepitando, chiriando, encendiéndose, apagándose y fulgurando largo tiempo sobre su cabeza. Luego se detuvo como si alguien, finalmente satisfecho, hubiera hecho girar una llave para apagarlo.

De modo que Clyde Manship se sentó para ver quién lo había apagado.

Y lo más sorprendente es que lo vió... no a él, sino a eso. Y no era un eso particularmente agradable. Para decir la verdad ninguno de los esos que había visto tenía nada de lindo. De modo que cerró los ojos, apretó los párpados y se puso a buscar una salida a la difícil situación en que se encontraba.

Ahora debía mirar nuevamente. A lo mejor, la segunda vez, aquello no resultaba tan horrendo. "Siempre parece más oscuro antes del amanecer", se dijo, e involuntariamente agregó: "excepto cuando hay eclipse".

A pesar de todo, abrió los ojos, del mismo modo que un chico abre la boca para la segunda cucharada de aceite de ricino.

Sí, todos eran tal cual los recordaba: horribles.

El piso era de forma irregular y estaba rodeado por gruesas bolas colocadas a no muchos centímetros de distancia entre sí. Trepadas en una de estas bolas, a unos dos metros a su derecha, había dos extrañas criaturas que parecían dos maletas de cuero negro. En lugar de correas o asas, estaban provi-

tas de docenas y docenas de tentáculos, una tercera parte de los cuales terminaba en un húmedo ojo color turquesa, protegido por un par de las más rizadas pestañas que Clyde había visto nunca fuera de los anuncios de cosméticos.

Hundidos en lo que sería el cuerpo de la maleta y como para aumentar el efecto decorativo, había miles de ojos celestes; estos, a diferencia de los otros, carecían de pestañas y sobresalían en una multitud de pequeñas facetas que brillaban como piedras preciosas de gran tamaño. No había ni indicios de orejas, nariz o boca en ningún lugar del cuerpo, y de los cuerpos negros colgaba una especie de limo, una baba espesa y grisácea que caía al suelo con un monótono *plaf, plaf, plaf...*

A su izquierda, a unos cinco metros de distancia, justamente donde el piso se extendía en una larga península, se encontraba otra de estas criaturas. Con sus tentáculos sostenía un palpitante esferoide, sobre cuya superficie aparecían y desaparecían continuamente haces de luz.

DENTRO de lo que Manship podía darse cuenta, todos los ojos de las tres criaturas estaban firmemente fijos en él. Tuvo un escalofrío y trató de encogerse lo más posible.

—Bueno, profesor, ¿qué dice usted? —preguntó repentinamente alguien.

—Yo diría que es un modo de despertar perfectamente repelente —protestó Manship, indignado.

Estaba por desarrollar su tema coloreándolo con algunos detalles pintorescos, cuando dos motivos lo detuvieron.

El primero fué el problema de quién había hecho la pregunta. No había visto ningún ser humano; en realidad ni siquiera podía decir que había visto algún ser viviente, salvo las tres maletas con tentáculos, que eran los únicos ocupantes que compartían con él aquel

tremendo cuarto lleno de humedad en que se encontraba.

El segundo motivo fué que alguna otra persona había empezado a contestar la pregunta al mismo tiempo que él, entrecruzando las palabras con las de Manship y sin hacer ningún caso a éstas.

Aquella otra persona dijo:

—Evidentemente, el experimento es un éxito. Justifica plenamente el dinero y los largos años de investigación invertidos en él. Usted mismo puede comprobar, consejero Glomg, que la teleportación, sin aparato transmisor en el país de origen, es ya una conquista de la ciencia.

Manship se dió cuenta de que las voces venían de su derecha. La mayor de las maletas (que era sin duda alguna el profesor que pronunció las anteriores palabras) hablaba a la menor, que había desviado la mirada de sus múltiples y tentaculares ojos (fijos hasta entonces en Manship), para enfocar directamente a su compañero. Pero se preguntaba Manship: "¿De dónde diablos salen las voces? ¿Desde algún lugar dentro del cuerpo?" No veía allí ningún indicio de aparato vocal. "¿Cómo es posible que hablen inglés?", pensó aterrizado.

—Me doy perfecta cuenta de ello —admitió honestamente el consejero Glomg; la teleportación en dichas condiciones es un hecho consumado, profesor Lirld. Sólo que me pregunto: ¿cuál es exactamente el hecho consumado?

Lirld alzó treinta o cuarenta tentáculos, en un gesto que Manship, fascinado, comprendió que era un alzar-se de hombros algo complicado e impreciso, y dijo:

—La teleportación de un organismo viviente, desde la unidad astronómica 649-301-3, sin la ayuda de aparato transmisor en el planeta de origen.

El consejero volvió nuevamente sus

numerosos ojos a Manship y, con aire dubitativo, preguntó:

—¿Usted llama a eso “organismo viviente”?

—¡Vamos, vamos, consejero! —protestó el profesor Lirld—. No nos dejemos guiar por el flefnomorfismo. Se trata evidentemente de un ser sensible y que, en cierto modo, puede moverse...

—De acuerdo. Es un ser viviente. Pero de ahí a decir que es sensible... ¡Si desde aquí ni siquiera lo veo *pmbffear*! ¡Y esos horribles ojos solitarios!... ¡Mire que tener solamente dos ojos, y tan chatos! ¡Y esa piel seca sin rastros de baba!

—No se crea que usted es una belleza —vociferó Manship, profundamente ofendido.

—Al valorar formas de vida que nos son extrañas —continuó el consejero, como si nada hubiera oído—, tiendo naturalmente al flefnomorfismo. Soy un fléfnobo y me enorgullezco de serlo. Pero, sin embargo, profesor Lirld, he visto suficiente número de criaturas realmente inverosímiles, traídas por mi hijo y otros exploradores, desde planetas vecinos, y hasta los más extraños y primitivos pueden *pmbffear*. Pero en esto... en esta cosa no veo el mínimo vestigio de *pmbffeo*. ¡Es realmente fantasmagórico!

—De ningún modo —afirmó Lirld—. Se trata simplemente de una anomalía científica. Es posible que, en las regiones más alejadas de la Galaxia, donde abundan los animales de este tipo, las condiciones de vida sean tales que hagan innecesario el *pmbffeo*. Un examen cuidadoso aclarará mucho este punto. Mientras tanto, queda probado que hay vida en regiones de la Galaxia hasta ahora desconocidas y situadas a buena distancia del centro. Cuando llegue el momento de explorar dichas regiones, los aventureros intrépidos, como su hijo, partirán perfectamente informados.

—¡Pero, oigan! —gritó Manship, con

desesperación—. ¿Me oyen o no me oyen?

—Puede apagar la máquina, Srin dijo el profesor Lirld—. No vale la pena desperdiciar su potencia. Creo que todo lo que nos puede llegar de esta criatura ya nos ha llegado. Si algo más ha de materializarse, seguramente lo encontraremos en el rayo residual.

EL fléfnobo que estaba a la izquierda de Manship daba vueltas al extraño esferoide que sostenía entre los tentáculos. Un zumbido suave, que hasta entonces apenas se había notado, cesó. Mientras Srin observaba con atención los haces de luz que recorrían la superficie de su instrumento, Manship sospechó repentinamente que estaba leyendo, y de inmediato se preguntó: “¿Cómo me di cuenta de esto?”

Era evidente. Había una sola respuesta. Si no lo oían por más fuertemente que gritaba, y si al mismo tiempo parecían (y esto era realmente prodigioso) hablar su propia lengua, eran evidentemente seres telepáticos. No necesitaban ni oídos ni boca.

Manship escuchó atentamente una pregunta que Srin hacía al profesor. Sus oídos apreciaban un conjunto de palabras inglesas pronunciadas con voz clara y sonora. Pero había una pequeña diferencia. Faltaba algo, el toque de realidad que tienen las cosas frescas por oposición a las conservadas. Además por detrás o por debajo de las palabras de Srin, había un burbujeante murmullo de otras palabras, frases fragmentarias y distorsionadas, que en algunos momentos se hacían suficientemente claras como para sintonizar otros temas que no eran los de la conversación *audible*. De ese modo, Manship había descubierto que los haces de luz que pasaban por el esferoide eran materia legible.

Era además evidente que cada vez que mencionaba alguna cosa que no tenía equivalente alguno en inglés, su

propia mente le suministraba una palabra dispartada.

Hasta entonces, las cosas no iban del todo mal. Había sido arrancado de su comfortable lecho de Callahan Hall por una especie de maleta telepática que respondía al nombre de Lirld y estaba equipada con centenares de ojos y tentáculos. Había sido sorbido hacia un planeta de otro sistema, situado hacia el centro de la Galaxia, y allí estaba vestido nada más que con su pijama verde manzana.

Se encontraba en un mundo de seres telepáticos que no podían oírlo, pero cuya conversación comprendía fácilmente, ya que su cerebro resultaba una antena adecuadamente sensible. Poco después lo habían sometido a un examen cuidadoso. Esto no le gustó nada, ya que era evidente que lo consideraban como un monstruoso ejemplar de laboratorio. Por último lo juzgaron en bastante desprecio, porque su capacidad para *pmbffear* era prácticamente nula.

“De todos modos”, decidió Manship, “es hora de que yo haga notar mi presencia; que se enteren de que no soy una forma de vida singularmente primitiva, sino una persona respetable, un intelectual perteneciente a una conocida familia de intelectuales”.

Pero ¿cómo hacerlo?

Recordó vagamente las historias de aventuras que había leído de chico: exploradores que desembarcan en islas desconocidas; indígenas armados con lanzas, flechas y palos, que surgen de la selva, con intenciones poco amistosas... Los exploradores, que no saben el lenguaje de la isla, deben actuar con rapidez. Naturalmente, recurren a... recurren al... al lenguaje universal de los signos... lenguaje por señas y gestos... ¡Eso sí que es universal!

PERMANECIENDO sentado, Clyde de Manship levantó ambos brazos en amistoso saludo.

—Yo amigo; yo querer la paz —dijo simultáneamente.

No se hacía ilusiones de que lo entenderían; pero pensó que las palabras lo ayudarían psicológicamente, agregando sinceridad en el gesto.

—Y puede apagar el aparato impresor —decía el profesor Lirld a su ayudante, en ese momento—. En adelante anotaremos todo en un doble memorizador.

Srin hizo girar nuevamente su esferoide.

—¿Regulo la temperatura, señor? —preguntó—. El hecho de tener la piel tan seca hace suponer que esta criatura proviene de una región de clima desértico.

—Nada de eso. Estoy completamente seguro de que se trata de uno de tantos seres primitivos capaces de subsistir en los más variados ambientes. Le repito, Srin, que debemos darnos por muy satisfechos con el resultado de nuestro experimento.

—Yo amigo —seguía gritando Manship, con desesperación—. Yo ser inteligente, tener cociente de inteligencia de 140 en la escala Wéchsler-Bellevue.

—Usted se sentirá satisfecho —dijo Glomg, mientras Lirld abandonaba con un saltito el piso para flotar como una inmesa anémona y dirigirse al equipo electrónico del techo—; pero lo que es yo, no. Este asunto no me gusta nada.

—Yo gente inteligente y amig... —Manship volvió a estornudar, y la palabra quedó interrumpida—. ¡Maldita humedad! —murmuró enfurruñado.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Glomg.

—Nada de importancia, consejero —aseguró Srin—. Ya lo ha hecho otra vez. Sin duda se trata de una reacción biológica inferior, que se produce periódicamente; tal vez un método primitivo de absorber *glrnk*. Desde luego no es un acto de comunicación.

—No he pensando en comunicación

—observó Glomg con singular testarudez—. Se me ha ocurrido que podría tratarse de un preludio de acción agresiva.

El profesor regresó al piso, con una madeja de hilos luminosos.

—No es probable —dijo—. ¿Contra qué podría sentir agresividad un ser de este tipo? Me temo que se esté dejando llevar por el miedo a lo desconocido, consejero Glomg.

Manship cruzó los brazos y se encerró en resignado mutismo. Evidentemente no había otra modo de hacerse entender que la telepática. Y ¿cómo empieza uno a transmitir telepáticamente por primera vez? ¿Qué es lo que se hace?

CERRO los ojos después de asegurarse de que el profesor Lirld no pensaba acercarse a él con el nuevo equipo. Frunció la frente y se inclinó hacia adelante esforzándose por concentrarse al máximo.

“Probando”, pensó lo más intensamente que pudo “probando, ensayando. Uno, dos, tres, cuatro... Intentando... ¿Me oyen?”

—No me gusta nada —anunció Gloing nuevamente—. No me gusta esto que estamos haciendo. Llámelo presentimiento, llámelo como quiera; pero tengo la sensación de que estamos jugando con el infinito y no debiéramos hacerlo.

“Estoy probando —pensó Manship, frenéticamente. “Arroz con leche, me quiero casar. Probando, probando. Soy la criatura del otro mundo y estoy intentando comunicarme con ustedes. Sean buenos; contesten.”

—Por favor, consejero, dejémonos de tonterías. Esto es un experimento científico.

—Muy bien. Pero yo creo firmemente que hay misterios vedados a los fléfnobos. Criaturas monstruosas como ésta (con la piel sin baba, con dos ojos solamente y además chatos, con incapaci-

dad para *pmbsffear*, y casi totalmente carente de tentáculos) deben quedarse tranquilas en su endiablado planeta. Hay límites para todo en este mundo y también para la ciencia, o al menos, debiera haberlos. No debemos tentar los arcanos del universo.

“¿No me oyen?”, imploraba Manship. “Soy un ente extraño que habla a Srin, Lirld y Glomg. Esto es un intento de comunicación telepática. Conteste alguno, por favor.”

—No reconozco a la ciencia límite ninguno. Mi curiosidad es tan vasta como el universo”.

—Será como usted dice, profesor —contestó Glomg, ante el asombro de Manship—; pero hay más cosas entre Tiz y Teatzbah que las que sueña su filosofía.

—Mi filosofía... —comenzó Lirld, y se interrumpió para anunciar—: Aquí está su hijo. ¿Por qué no le pregunta a él? Sin las experiencias científicas que personas como usted han procurado diferir o evitar una y otra vez, habrían sido imposibles todas sus hazañas en materia de descubrimientos interplanetarios.

Dándose completamente por vencido, pero todavía curioso, Manship, abrió los ojos a tiempo para ver una maleta tentaculada, muy estrecha, asentarse sobre el piso.

—¿Qué es ésto? —preguntó el recién llegado, encorvando un manojo de tentáculos sobre la cabeza de Manship—. Parece un *vurd* atacado de *hipplestach* —lo miró un rato y agregó—: *hipplestach* galopante.

—Es un ser de la unidad astronómica 649-301-3 que he logrado teleportar a nuestro planeta —contestó Lirld con orgullo—. Y considere usted, Rabd, que lo he hecho sin ayuda de aparato transmisor en el otro extremo. Admito que no entiendo por qué dió buen resultado en este caso, y en otros no; pero eso es tema para investigaciones futuras. Un bello ejemplar, con

todo, Rabd. Y, por lo que parece, son excelentes condiciones. Ahora puede guardarlo, Srin.

—¡Oh, no, Srin, por favor! —empezó a rogar Manship, cuando de pronto un gran rectángulo de material plegadizo cayó del techo y lo cubrió.

Un momento después, el piso sobre el que estaba sentado desapareció bajo sus pies, y alguien unió el material asegurándolo con un broche. Antes de que pudiera ni siquiera mover los brazos, el piso subió de golpe nuevamente de un modo tan brusco que le resultó no sólo sorpresivo sino bastante doloroso.

AHI estaba, cuidadosamente empaquetado como regalo de cumpleaños. En conjunto, las cosas no mejoraban; aunque por lo menos lo dejarían tranquilo durante un rato. Por el momento, no mostraban intención de guardarlo en un estante de laboratorio, junto con polvorientos frascos llenos de alcohol y fetos de fléfnobos en conserva.

El hecho de que él era probablemente el primer terráqueo que establecía contacto con seres de otro planeta, lo dejaba frío.

Consideraba que el contacto se había reducido a una relación bastante humillante y más parecida a la que se establece entre el coleccionista y el recién descubierto insecto vistosamente coloreado, que a la de dos orgullosos representantes de diferentes civilizaciones.

Etimológicas

EN 1609 un alquimista flamenco se dedicaba a destilar en una redoma materias orgánicas, en busca de su quintaesencia. Van Helmont, que tal era su nombre, comunicó luego que un “*espiritu*” (en su idioma, “*ghoast*”) se desprendía de la materia orgánica. Así nació la palabra “*gas*”, generalizada a todos los idiomas del mundo.

manjar apetecido por Manship. En materia de viajes, sus deseos se limitaban a una mirada desde el balcón de Victor Hugo, en Saint Germain des Prés, o a las islas de Grecia, donde la ardorosa Safo amó y ocasionalmente cantó.

En cambio, el profesor Bowles, o cualquiera de los otros investigadores de la Escuela de Física, habrían dado cualquier cosa por encontrarse en su situación. Ser objeto de un experimento que superaba todos los sueños de la ciencia terráquea, estar expuesto a una técnica evidentemente mucho más avanzada que la propia, e incluso la irremediable vivisección a que sería sometido Manship, sería para ellos un privilegio inapreciable.

MANSHIP recordó repentinamente la complicada y extraña torre que los muchachos de la Escuela de Física estaban construyendo en el terreno de la universidad, para investigación sobre radiaciones. Desde su propia ventana, en Callahan Hall, podía ver el edificio que el gobierno subvencionaba.

Recordó que la tarde anterior, la torre había llegado a la altura de su ventana. Su aspecto era más parecido al de una máquina medieval para derribar murallas, que al de una moderna construcción destinada a comunicaciones.

Pero ahora, al oírle decir a Lirld que la teleproycción sin necesidad de aparato proyector en el planeta de origen, funcionaba por vez primera, se le ocurrió que quizás aquella torre inacabada no era totalmente ajena al experimento, ya que presentaba justamente a la altura de su ventana una sección de estructura electrónica al descubierto, que podría de algún modo haber servido para poner en movimiento la horrible pesadilla que él estaba viviendo.

¿Habría la torre suministrado un vínculo con la máquina de Lirld, una especie de conexión aérea sin hilos, o

algo por el estilo? ¡Oh, si él supiera algo más de física! Pero ocho años de estudios literarios no le servían absolutamente para nada.

Apretó los dientes con furia y se mordió la lengua. Durante un rato tuvo que dejar de pensar mientras se le pasaba el dolor y se le secaban las lágrimas.

Pero, si supiera que la torre de la universidad había tenido un papel preponderante, aunque pasivo, en la comunicación interestelar; si supiera la cantidad exacta de megavoltios, amperios, etcétera, que se habían utilizado, ¿le serviría para algo ese conocimiento?

No: seguiría siendo un repulsivo monstruo de ojos chatos, carente de inteligencia, absorbido desde las más alejadas regiones del universo, y rodeado por criaturas a las cuales su profundo conocimiento de las varias literaturas de la unidad astronómica 649-301-3 (admitiendo como posible el prodigioso fenómeno de la traducción) les sonaría a esquizofrenia de primer grado.

En su desesperación, empezó a manosear el envoltorio en que estaba encerrado. En seguida arrancó dos pedazos.

No había suficiente luz para ver; pero la sensación era inconfundible: papel. Estaba envuelto en una enorme bolsa de papel o de algo muy parecido.

Después de todo, no era excesivamente disparatado, según pensó; pues considerando que los miembros de los fléfnobos que él había visto hasta entonces, no eran sino delgados tentáculos, resultaba natural que, para los fléfnobos, una jaula de papel presentara todas las garantías de una cárcel auténtica. Con sus tentáculos no podían asir nada, y sus músculos no eran suficientemente desarrollados y fuerte para salir de ella a empellones.

Pero él salió. Aunque nunca había sido atleta, su capacidad para atravesar una bolsa de papel, en circunstancias apremiantes, era innegable. La idea era

reconfortante, aunque no mucho más útil que sus sospechas sobre la torre electrónica incompleta de la universidad.

Si pudiera transmitir tan sólo esa información al grupito de Lirld, podría ser que se dieran cuenta de que el monstruo sin inteligencia, proveniente del extremo de la Galaxia, tenía algunas condiciones intelectuales que lo redimían, y quizá imaginaran un método para devolverlo a su patria... si quisieran.

Pero no podía transmitirles esa información. Todo lo que podía, por alguna razón peculiar a los diferentes modos de evolución del hombre y el fléfnobo, era recibir. De modo que el ex profesor adjunto Clyde Manship suspiró profundamente y, con toda resignación, se preparó a recibir.

ESTIRO delicadamente su pijama, no por presumir de elegante, sino por nostálgico cariño: se acababa de dar cuenta de que esa barata vestimenta de fábrica era la única prenda de su mundo que lo acompañaba; era el único recuerdo que poseía de la civilización que había producido a Tamerlán y la *terza rima*. Aquel pijama era en realidad (descontado su desventurado cuerpo) su único vínculo con la Tierra.

—En lo que a mi respecta —comentaba el explorador, hijo de Glomg (evidentemente la discusión seguía, y la barrera de papel no había afectado el “oído” de Manship—, estos monstruos me tienen sin cuidado. Cuando son tan definitivamente repelentes como éste, prefiero no entrar en contacto con ellos. Pero lo que quiero decir es que, si bien no tengo, como mi padre, miedo de meterme con el infinito, tampoco creo que el experimento que tanto entusiasmo al profesor Lirld, aquí presente, conduzca a nada de importancia...

Espero no haberlo ofendido, profesor; pero eso es lo que honestamente pienso.

Soy un fléfnobo práctico y creo en las cosas prácticas.

—¿Cómo puede usted decir que nada importante resultará de estas experiencias?

A pesar de las disculpas de Rabd, la “voz” mental del profesor, según la registraba el cerebro de Manship, vibraba positivamente de indignación.

—¡Pero si el principal objetivo actual de la ciencia fléfnoba —continuó el profesor— es hacer posible un viaje a las regiones más apartadas de la Galaxia, donde la distancia entre las estrellas es inmensa comparada con la que separa los numerosos planetas del centro! Podemos viajar a voluntad entre los cincuenta y cuatro planetas de nuestro sistema, y últimamente hemos conseguido volar hasta algunos soles vecinos; pero alcanzar las zonas medias de la Galaxia, de donde provienen estos especímenes, sigue siendo un proyecto tan visionario e irrealizable como antes de que se efectuara el primer vuelo interplanetario, dos siglos atrás.

—Exactamente —interrumpió Rabd—. ¿Y por qué? ¿Porque no tenemos barcos capaces de hacerlo?... De ningún modo, profesor. Desde el descubrimiento del *Bulvonn*, cualquier astronave de la flota mercante u oficial puede llegar a la unidad astronómica 649-301-3 y regresar sin que ni siquiera se recalienten los motores. Pero no lo hacemos... y con toda razón.

Manship escuchaba con tanta atención, que le parecía que los dos hemisferios de su cerebro se dislaceraban uno contra otro. Estaba particularmente interesado en la unidad astronómica 649 301-3 y en todo lo que facilitara o dificultara las comunicaciones con dicha unidad, por más exótico que a la mentalidad terráquea le pareciese el medio elegido.

—Y dicha razón —continuó el joven explorador— es, por supuesto, de carácter práctico: retrogradación mental. En doscientos años de estudios sobre

viajes interplanetarios, ni siquiera superficialmente hemos vislumbrado el motivo. Pero sabemos que, con sólo apartarnos unos miserables 20 años luz de la superficie de nuestro planeta, el debilitamiento mental nos vence; las tripulaciones más inteligentes empiezan a actuar como niños retardados, y si no regresan inmediatamente, sus cerebros se apagan como luces: mentalmente retrogradan a cero.

ERA lógico que así ocurriera, según pensó Manship. En efecto, una raza de fléfnobos telepáticos, acostumbrados desde la más tierna infancia a sentirse rodeados por la atmósfera mental de todos sus congéneres, y que dependían totalmente de la telepatía para comunicarse entre sí, deberían sentirse en aislamiento absoluto, en suprema soledad, cuando sus naves se alejasen tanto de su mundo, que la comunicación no pudiera ya mantenerse.

Manship imaginó cómo sería la función educativa de seres tan diferentes de él. Se trataría naturalmente de una ósmosis mental continuada y mutua. De cualquier modo que se produjese, el sistema educativo de los fléfnobos acentuaría, con seguridad, la dependencia del individuo respecto del grupo. Si ese sentimiento de dependencia se atenúa al máximo, sea que los separara una barrera aislante o ya la inmensa magnitud de la distancia interestelar, la desintegración psicológica del fléfnobo era inevitable.

Pero todo esto carecía en realidad de importancia. Lo interesante era que había naves interplanetarias en las que Clyde Manship podría regresar a la Tierra, en particular a la universidad de Kelly, y publicar el trabajo que ya tenía empezado, con el que pensaba conseguir la jefatura de la cátedra de literatura comparada.

Por primera vez, la esperanza inundó su corazón. Pero en seguida se desilusionó, porque, suponiendo que fuera ca-

paz de salir de su habitación y encontrar después de atravesar al más singular de los mundos, las naves mencionadas por Rabd, ¿podría imaginarse (aun con su imaginación desaforada y calenturienta) que él, Clyde Manship, totalmente carente de habilidad manual, sería capaz de manejar los numerosos mecanismos de una nave interplanetaria, y eso sin contar los elementos que seres tan insólitos como los fléfnobos les habrían incorporado.

Clyde Manship se vió obligado a reconocer que el proyecto era casi impracticable. Pero decidió desoir la voz de la razón y poner manos a la obra.

EL primer paso era conquistar a Rabd. Rabd podía llevarlo de vuelta a la Tierra, si le parecía conveniente desde luego en el caso de que él, Clyde Manship, pudiera comunicarse con Rabd. ¿Qué era lo que más le preocupaba a Rabd? Evidentemente, el debilitamiento mental.

—Si usted encontrara una solución a ese problema, profesor —postulaba Rabd en ese momento—, mi entusiasmo científico sería inmenso. Eso es lo que nos tiene encerrados en el centro de la Galaxia, desde hace tantos años. Pero cuando usted lanza este pedazo de protoplasma, desde su guarida a través del universo, y me pide mi opinión, debo confesar que el experimento me deja completamente frío, porque, a mi modo de ver, carece de utilidad práctica.

Mentalmente, Manship captó una señal de asentimiento dirigida a Rabd por su padre.

—Me siento obligado a reconocer que estoy de acuerdo contigo, hijo mío: es poco práctico y muy peligroso. Creo que la opinión del resto del Consejo será la misma. Ya se ha invertido demasiado dinero en este proyecto.

La resonancia mental de aquel diálogo comenzó a disminuir, y Manship pensó que padre e hijo se iban del laboratorio.

Oyó como Lirdl balbuceaba desesperadamente:

—Pero, pero...

Luego, a mayor distancia, el consejero Glomg que evidentemente se había despedido del científico, preguntó a su hijo:

—¿Dónde está la pequeña Tekt? Creí que vendría contigo.

—Está en el campo de aterrizaje

—contestó Rabd—, revisando los detalles de último momento. Por fin iniciamos nuestro vuelo de bodas esta noche.

—Extraordinaria hembra —comentó Glomg, en una "voz" que apenas se oía—. Eres un fléfnobo de suerte

—Lo sé, papá —aseguró Rabd—. No creas que lo olvido. Es la fléfnoba con más tentáculos con ojos que he conocido, y lo maravilloso es que son míos, ¡míos!

—Tert es una fléfnoba afectuosa y muy inteligente —le hizo notar su padre, ya a gran distancia—. Tiene muchas cualidades notables. No me gusta oírte hablar del casamiento como si todo fuera cuestión de mayor o menor número de tentáculos con ojos que tenga una hembra.

—¡Oh, papá, ya sé que no es así —contestó Rabd—. Sé que el matrimonio es asunto grave, lleno de responsabilidades: un asunto serio, muy serio. Pero el hecho de que Tekt tenga más de ciento sesenta y seis tentáculos, deliciosamente empapados de baba, y cada uno coronado por un hermoso y límpido ojo, no empeorará el panorama de nuestras relaciones, papá. Por lo contrario, las ayudará grandemente.

—Un viejo maniático y supersticioso y un jovencuelo papanatas lleno de ínfulas —comentó amargamente el profesor Lirdl—. Pero entre ambos son capaces de cerrar el laboratorio, Srin. Pueden suspender mi trabajo. Y justamente cuando empieza a dar resultados positivos. Hay que preparar la contraofensiva de inmediato.

MANSHIP no estaba interesado en aquellos recelos académicos cuyo tenor le era bien conocido. Estaba esforzándose desesperadamente por seguir las mentes, cada vez más lejanas de Rabd y Glomg. Y no porque le interesaran los consejos del padre sobre cómo lograr una vida sexual sana y feliz en el matrimonio.

Lo que había despertado en él un vivo interés era la subderivación mental de un comentario anterior. Al mencionar Rabd los detalles de último momento y la presencia de Tekt en su nave particular, otra parte de la mente del fléfnobo explorador había discursado estimulada probablemente por asociación de ideas, el modo de construir una pequeña nave interestelar, y las reglas a observarse para su mantenimiento y manejo.

Manship percibió durante algunos segundos una tabla de controles, en la que numerosas luces de colores variados se apagaban y se encendían, y oyó frases que comprendían a instrucciones impartidas tiempo atrás, pero frecuentemente repetidas: "Para calentar los motores de tipo *Bulvonn*, primeramente gire con suavidad el cilindro superior...".

Era el mismo tipo de cuadro subconsciente que emanó de Srin un rato antes y que permitió a Manship darse cuenta de que el ayudante del profesor Lirdl leía. Evidentemente su sensibilidad respecto del cerebro fléfnobo superaba la capa consciente, para penetrar, si no hasta la inconsciente propiamente dicha, por lo menos a algunas áreas de la memoria, ajenas a lo consciente en sentido estricto.

Esto quería decir que, con un poco de práctica, podría captar casi totalmente el cerebro de cada uno de los fléfnobos del planeta.

Se sentó y acarició la idea. Su ego, que hasta entonces nunca fué particularmente vigoroso, había sufrido gravemente en la última media hora, bajo

el escrutinio humillante y despreciativo de centenares de ojos color turquesa. y su hasta entonces humilde personalidad se encontró con que de golpe, era capaz de captar con su cerebro el destino de todo un planeta.

Sí, esta reflexión lo animó sobremanera. Todo lo que aquellos fléfnobos supiesen le pertenecía por captación. ¿Con qué le gustaría empezar?

De pronto recordó, y su euforia desapareció como por encanto. Una sola cosa le interesaba: regresar a su hogar.

UNA de las pocas criaturas de aquel extraño planeta, seguramente la única que él conocía cuyos pensamientos pudieran ayudarlo, se había marchado con su padre y se dirigía probablemente a algún equivalente fléfnobo de los bares terráqueos. A juzgar por el silencio que reinaba en el ambiente, parecía que Rabd se había alejado más allá del alcance telepático.

Con un grito ronco y angustiado, semejante al del toro que, después de la acometida triunfal, se vuelve para ver cómo sacan del ruedo al matador sangrante, Clyde Manship, arrancó mediante un impetuoso movimiento de manos el resto de material que lo envolvía y se puso de pie.

—Y siete u ocho croquis en color, que representen la historia de la teletransportación hasta nuestros días —le decía el profesor Lirld a su ayudante, en ese momento—. En realidad, Srin, si usted tiene tiempo de hacer croquis tridimensionales, hágalo, porque con ellos será más fácil impresionar al consejo. Estamos embarcados en una ardua lucha, y debemos utilizar todos los medios a nuestro alcance...

Sus palabras se detuvieron, y uno de sus ojos se retorció en torno a Manship. Un momento después, todos los ojos del profesor y de su ayudante, giraron hacia el ser humano erecto y emergente, y lo enfocaron con atención.

—¡En nombre de Qrm! —sintió, temblequeando, la mente del profesor—. ¡El monstruo de los ojos chatos...

—¡Se ha librado!

—¡Se ha escapado de una jaula del mejor y más sólido papel! —agregó Srin, con terror.

Lirld adoptó una rápida decisión.

—El estallador —ordenó perentoriamente—. Tentacúleme el estallador, Srin. Con semejante criatura, las cosas no pueden pensarse dos veces. Estamos en una ciudad populosa y...

Un estremecimiento recorrió a lo largo de todo su cuerpo maleta. Ajustó algo en el curvo instrumento que Srin le entregó, y apuntó hacia el sitio donde Manship se encontraba.

Consumada su hazaña de evadirse de una bolsa del mejor pepel, Manship, indeciso, se había detenido. Como nunca había sido hombre de acción, se puso a reflexionar sobre qué debía hacer. No tenía la menor idea de a donde se habían dirigido los Glomg, padre e hijo. Además, no veía puerta alguna a su alrededor. Lamentó mucho no haberse fijado por qué puerta había entrado Rabd momentos antes.

Había decidido probar con una serie de elementos en forma de zigzag que se encontraban en la pared opuesta, cuando vio que Lirld apuntaba hacia él con trémula determinación. Su mente, que había registrado las últimas palabras del profesor y su ayudante con escaso interés y sin enterarse mucho de lo que ocurría, le informó de pronto que estaba por ser la primera víctima, probablemente desconocida, de la Guerra de los Mundos.

—¡Eh! —gritó olvidando lo pobres que eran sus medios de comunicación con los fléfnobos—. Simplemente quiero encontrar a Rabd. No le voy a hacer mal a nadie...

Lirld hizo con su curvo instrumento algo parecido a darle cuerda a un reloj, pero que probablemente respondía a iguales fines que apretar un gatillo.

Simultáneamente cerró todos sus ojos, lo que por sí resultó bastante impresionante.

ESTO último, reflexionó Manship un momento después, le había salvado la vida: eso y el portentoso salto que dió hacia un lado, al tiempo que millones de puntos rojos y chisporroteantes partían del curvilíneo instrumento en dirección suya.

Los puntos rojos pasaron por sobre sus hombros y fueron a dar en una de las partes inferiores del techo.

A través del boquete que abriera se veía el cielo nocturno del planeta. Una nube de polvo blanco se depositó sobre el piso.

Al ver el desastre, Manship sintió que se le helaba la sangre. Nunca había tenido tanto miedo en su vida.

—¡Eh, eh!... —balbuceó.

—Demasiada potencia, profesor —observó juiciosamente Srin, que permanecía en su puesto, con todos los tentáculos contra la pared—. Demasiada potencia y poco *glrnk*. Pruebe con un poco más de *glrnk*. y veamos qué sucede.

—Gracias —respondió Lirld, sinceramente agradecido—. ¿Le parece bien así?

Apuntó de nuevo.

—¡Eh!... continuaba Manship, no porque esperara ayuda de una expresión semejante, sino porque sus facultades mentales no le suministraban en ese momento la posibilidad de un comentario más complejo—. ¡Eh!... —repetía mientras los dientes le castaneteaban de miedo y miraba a Lirld con ojos no tan chatos.

Levantó su temblorosa mano en gesto suplicante. El pánico se había apoderado de su pobre persona. Observó cómo el fléfnobo daba nuevamente cuerda a su arma. Dejó de pensar y sintió que la tensión muscular se le hacía insostenible.

De pronto, Lirld se estremeció, res-

baló hacia atrás y cayó a lo largo del piso. El arma mortífera escapó de sus tentáculos, que se pusieron rígidos, y se convirtieron en un ovillo de apéndices cilíndricos que se enrollaban desordenadamente y en cualquier sentido.

—Srin... —sollozó la mente del profesor—. Srin... El monstruo... ¿Ves, ves lo que sale de sus ojos? Es, es...

Su cuerpo reventó, y de dentro salió una especie de goma, color celeste pálido. Se le caían los tentáculos, como en otoño caen las hojas de los árboles. Los ojos perdieron el color turquesa, se enturbiaron y se pusieron pardos.

—Srin... —rogó con voz tan débil que casi no se captaba—. ¡Socorro, socorro!... El monstruo es...

Y se disolvió. En su lugar quedó un líquido oscuro con estrías celestes, que corrió y burbujeó hasta colarse por los bordes del piso.

Manship observaba asombrado, consciente solamente de una cosa: todavía estaba vivo.

Un estremecimiento de loco terror le llegó desde la mente de Srin... El ayudante de laboratorio saltó desde la pared contra la que estaba apoyado; se deslizó por el piso, haciendo sonar sus tentáculos; se detuvo un momento en una de las bolas, para proveerse de suficiente empuje, y dió un enorme salto hasta la pared más alejada del edificio, describiendo un arco prodigioso. Los elementos zigzagueantes se ensancharon para permitirle paso a su cuerpo.

—¡Conque esa era la puerta!... Manship se sintió encantado de su propia perspicacia.

ENTONCES, las diferentes partes de su cerebro captaron con claridad los hechos recientemente ocurridos, y tembló pensando en la reacción que suscitarían. El debería estar muerto, convertido en un trozo de carne desgarrada y polvo de huesos. ¿Qué había ocurrido en cambio?



Lirld había disparado contra él y fallado la primera vez. Justamente cuando estaba por disparar por segunda vez, algo había herido al fléfnobo, liquidándolo tan definitivamente. Pero ¿por qué? Manship no había usado arma alguna. Que él supiese, no tenía aliado alguno en aquel mundo. Recorrió con la vista el inmenso cuarto lleno de válvulas. Silencio. Allí no había nadie más que él.

¿Y si el profesor hubiera gritado te-

lepáticamente, pidiendo auxilio, antes de convertirse en sopa?...

¿Algo sobre los ojos de Manship? ¿Algo que salía de los ojos de Manship...?

Curioso y tranquilizado, Manship no pudo dejar de lamentar la extinción de Lirld. Probablemente porque ocupaba un puesto similar al suyo, el profesor era el único fléfnobo por el que Manship sentía alguna simpatía. Después de su extinción se sintió más solitario y, vagamente, algo culpable.

Las diversas corrientes de pensamiento que se entrecruzaban en su cerebro, desaparecieron para ser reemplazadas por una observación fundamental.

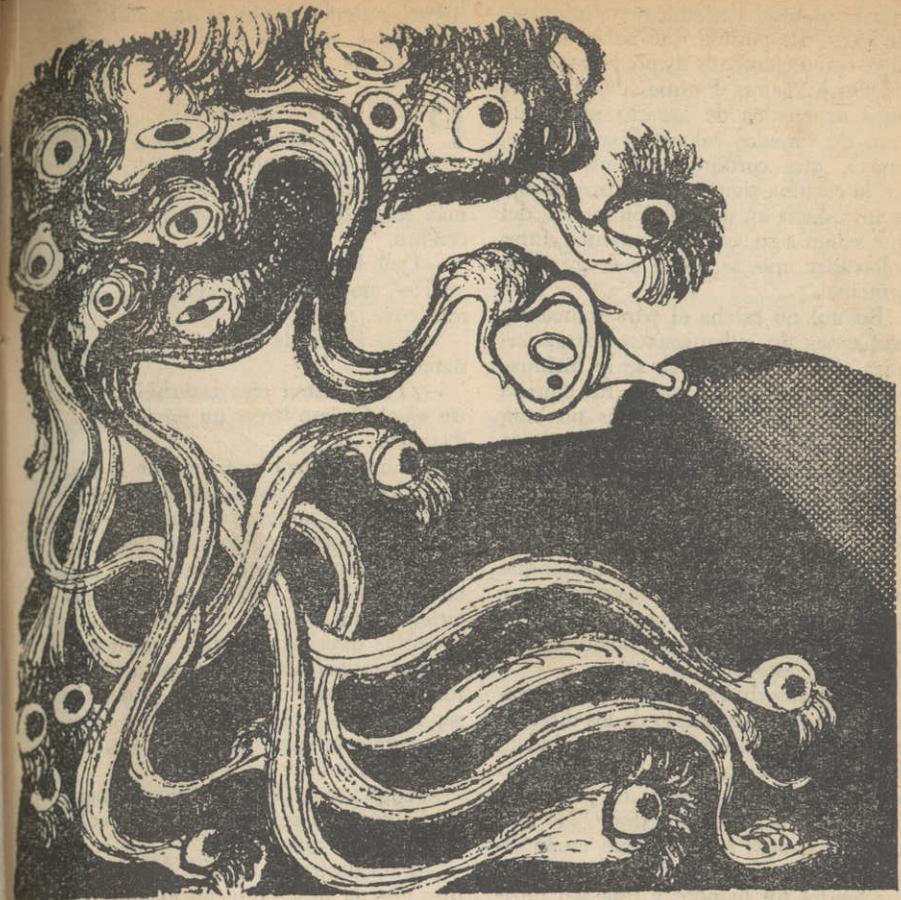
La puerta de zigzag, a través de la cual Srin huyó se estaba cerrando ¡Y era la única salida que Manship conocía!

Saltó pues, desde el piso, con una agilidad que, por segunda vez en los últimos diez minutos, demostraba los grandes méritos de un semestre de gimnasia seguido seis años antes. Alcanzó el boquete, que se estrechaba por momentos, decidido a abrirse camino aunque fuese royendo y arañando la dura roca.

Estaba resuelto a no quedar atrapado en aquel lugar cuando apareciera la policía fléfnoba con los instrumentos que allí se usaban en lugar de los gases lacrimógenos y las ametralladoras terrestres. Tampoco olvidaba su necesidad de alcanzar a Rabd y aprender de él dos o tres lecciones sobre el manejo de las astronaves.

Por suerte, la abertura se ensanchó cuando Manship estaba por golpear contra ella. ¿Funcionaría mediante una llave fotoeléctrica?, ¿o acaso las paredes serían sensibles a la proximidad de los cuerpos?

Avanzó, y por vez primera se encontró en la superficie del planeta, bajo su desconocido cielo nocturno.



LA vista del cielo le cortó el aliento y le hizo olvidar temporariamente la extraña ciudad de fléfnobos que se extendía a sus pies.

¡Había tantas estrellas!... Parecían caramelos que alguien había distribuido abundantemente por el cielo. Brillaban con luminosidad suficiente para mantener una agradable luz crepuscular. Luna no había; pero su ausencia no se extrañaba. Parecía como si media docena de satélites se hubieran desintegrado en infinidad de puntitos blancos.

En aquella abundancia era imposible distinguir una sola constelación. Podría, si acaso, hablarse de un tercer sector más brillante o de un quinto sector más extenso. Realmente, allí, en el centro de la Galaxia, no solamente se veían los astros, sino que se vivía entre ellos.

Manship notó que tenía los pies mojados. Miró para abajo y vió que estaba parado en la corriente de un arroyuelo rojo que corría entre los edificios fléfnobos. ¿Serían aguas residuales?, ¿o

aguas potables? Probablemente ninguna de ellas. Es posible que se tratara de algo completamente ajeno a las necesidades humanas. Porque además había otros arroyuelos de aspecto semejante pero de variados colores (verdes, lilas, rosas), que corrían paralelos a éste. En la esquina siguiente, el arroyito rojo se introducía en un callejón lateral, del que salían a su vez otras cuantas cintas coloreadas, que se unían a la corriente principal.

Bueno, no estaba él para solucionar problemas de urbanización extraterrestre. Por lo pronto, ya se le insinuaba un fuerte catarro nasal. En aquella atmósfera esponjosa, los pies no eran lo único húmedo que tenía: su pijama mojado se le pegaba a la piel, y a cada rato se le nublaban los ojos por la humedad, y tenía que limpiárselo con el revés de la mano.

Aunque no tenía hambre, pensó que no había visto hasta entonces nada que se pareciera a vituallas humanas, y además los fléfnobos no mostraban señales de tener estómago ni boca.

Quizá absorbieran su alimento a través de la piel, sacándolo de los diferentes canalillos que corrían por la ciudad. El rojo podría equivaler a la carne; el verde, a los vegetales, y el postre...

Apretó los puños y se dijo: "No tengo tiempo para entretenerme en inútiles meditaciones. Dentro de pocas horas tendré un hambre y una sed terribles. Además me perseguirán con ahínco. Debo alejarme de aquí rápidamente. . . , hallar en seguida una solución".

Pero, ¿adónde diablos ir? Afortunadamente, la calle a la que daba el laboratorio de Lirld estaba desierta. ¿Tendrían los fléfnobos miedo de la oscuridad? A lo mejor eran respetables hombres de hogar, y todos sin excepción dormían desde el anochecer hasta el alba. A lo mejor. . .

Rabd. Tenía que encontrar a Rabd. Ese era el principio y el fin del único plan para solucionar su problema. Se le

había ocurrido desde el momento en que Rabd apareció en el laboratorio del profesor Lirld.

PROCURO "escuchar" con su mente. Toda clase de variados pensamientos, provenientes de los habitantes de la ciudad que se encontraban más cerca de él, se insinuaban en su cerebro.

—Está bien, querido; si no quieres *gadlear*, no necesitas hacerlo. Haremos otra cosa. . .

—¡Ese fresco de Bohrg! Ya verá mañana. . .

—¿Tiene usted tres *zamshkins* para un *plet*? Quiero hacer un envío a larga distancia. . .

—Bohrg volverá mañana por la mañana, como si nada hubiera ocurrido, creyendo que todo está igual que antes. La sorpresa que se va a llevar. . .

—Te estimo, Nerth. Te estimo mucho. Por eso creo que es mi deber decirte, en mi calidad de amigo. . .

—No, querida; no quise decir que no quería *gadlear*. Lo que pasa es que pensé que tú no querías, y deseaba ser atento, ya que siempre me lo pides. Por supuesto que quiero *gadlear*. Por favor no me mires así. . .

—Oiga usted. Mire que yo soy capaz de habérmelas con cualquier fléfnobo, dondequiera que. . .

—Para decirte la verdad, Nerth, creo que eres la única que no lo sabe. Los demás. . .

—Así que se asustó, ¿eh? Muy bien; si quieren me encargo de los dos. ¡Vamos, vengan! . . .

Pero ni noticia de Rabd.

Manship empezó a andar cautelosamente por las calles pavimentadas, esquivando los numerosos arroyitos.

Caminaba demasiado próximo a la pared de los oscuros edificios. Inmediatamente se abrió en ella una puerta en forma de zigzag, que lo invitaba a entrar. Dudó unos instantes. . . y entró resueltamente.

Tampoco había nadie allí. ¿Acaso los fléfnobos dormían todos juntos en una especie de dormitorio único situado en algún edificio central? ¿Dormirían siquiera? . . . Era necesario sintonizar alguna mente utilizable e investigar. La información podría resultarle útil.

El edificio en que se encontraba parecía un depósito: estaba lleno de estanterías. Sin embargo, las paredes estaban lisas y desnudas.

Los fléfnobos parecían tener especial prevención a apoyar cosas contra las paredes. Las estanterías, de formas completamente irregulares, se encontraban en el centro de la habitación y eran bastante altas.

Manship se acercó a un anaquel que le quedaba a la altura del pecho. Había allí cientos de gruesas bolas verdes, guardadas en recipientes de porcelana blanca ¿Sería comida? ¿Por qué no? Tenían un aspecto comestible, algo parecido al de los melones.

Extendió el brazo y tomó una. Inmediatamente, la bola desplegó alas y salió volando hasta el techo. Todas las demás bolas desplegaron múltiples pares de alas similares, y, como pájaros esféricos cuyo nido se ha tumbado, volaron hasta alcanzar el abovedado techo. Allí parecieron desaparecer.

Manship volvió a salir apresuradamente por la misma apertura por donde había entrado. Dondequiera que iba parecía suscitar las más alarmantes reacciones.

AL salir a la calle, captó la presencia de nuevas sensaciones. Percibía una especie de burbujeante excitación; de nerviosa expectativa. Casi no le llegaban los pensamientos individuales.

De pronto, toda aquella inquietud se resolvió en un inmenso grito mental, que casi lo deja sordo.

"Buenas noches", se oyó. "Están escuchando el boletín de emergencia. Les habla Pukr, hijo de Kimp, en la onda de mente a mente, de proyección

mundial. Aquí están las últimas noticias sobre el monstruo de los ojos chatos:

"A las *beblewort* y cuarenta y tres *skims*, esta criatura fué materializada por el profesor Lirld, durante una experiencia sobre teleportación sin aparato transmisor en el planeta de origen partiendo de la unidad astronómica 649 301-3. En cumplimiento de funciones oficiales se hallaba presente como testigo, el consejero Glomg, quien al observar la conducta francamente agresiva del monstruo, previno inmediatamente a Lirld sobre el peligro que entrañaba dejarlo con vida.

"Lirld desatendió el prudente consejo; y cuando el consejero Glomg y su hijo Rabd, conocido explorador interplanetario, se hubieron retirado, el monstruo inició su furibundo ataque. Después de escaparse con la mayor naturalidad de la jaula de papel en la que se lo había encerrado para hacerlo objeto de futuros estudios, hirió al profesor, con un tipo desconocido de rayo mental de alta frecuencia, que parece emanar de sus ojos increíblemente chatos. Este rayo tiene efectos al parecer semejantes al que producen las *grepsas* de segundo orden cuando se queman todos los fusibles. En este momento, los más famosos psicofísicos del planeta trabajan febrilmente sobre ese aspecto del problema.

"Pero el profesor Lirld pagó con la vida su inagotable curiosidad científica y su despreocupación por las advertencias del consejero Glomg, basadas en la experiencia y el sentido común. A pesar de los esfuerzos de Srin, su ayudante de laboratorio, que intentó valientemente salvar a su viejo maestro, Lirld pereció horriblemente asesinado por el monstruo. Muerto su superior, Srin se retiró tentáculo a tentáculo y luchando continuamente hasta que logró escapar.

"Este monstruo, poseedor de terribles e inimaginables poderes, anda suel-

to por la ciudad. Se recomienda a todos los ciudadanos calma y tranquilidad. Confíen en que, cuando las autoridades sepan qué medidas deben tomarse, las tomarán. Recuerden: antes que nada, calma.

"Mientras tanto, Rabd, hijo de Glomg, ha postergado su vuelo de bodas, que había iniciarse esta noche. Su futura esposa como todos saben, es Tekt, hija de Hilp y conocida estrella de *fresh* y *bleg* en el continente sur. Rabd dirige un grupo de fléfnobos voluntarios, hacia los barrios científicos de la ciudad, donde el monstruo fué visto por última vez, y llevaron la intención de acabar con él con nuestras armas ya conocidas, antes de que empiece a reproducirse. Volveré a dar más noticias en cuando las haya. Esto es todo por ahora".

ERA más que suficiente, según pensó Manship. Ya no habría posibilidad de comunicarse con ninguna de aquellas criaturas y conversar tranquilamente sobre cual era el mejor medio de regresar a su hogar... que era lo que todos deseaban. De ahora en adelante, la orden del día era: "Cazar al monstruo".

No le gustaba nada.

En cambio, ya no necesitaba ir en busca de Rabd. Pero si Manship no iba al fléfnobo, el fléfnobo venía a Manship... claro que armado hasta los dientes y con intención homicida...

Decidió que lo mejor era esconderse. Se acercó a un edificio; bordeó la pared, hasta que se abrió una puerta; entró; miró en derredor, y vió cerrarse la puerta.

Por suerte, parecía un excelente sitio para esconderse. En el centro había gran cantidad de objetos grandes y pesados, ninguno de los cuales, para tranquilidad de Manship parecía luminoso o vivos. Se metió entre dos de ellos, deseando con fervor que los órganos sensitivos de los fléfnobos no poseye-

ran más capacidad detectora que la que ya les conocía.

¡Qué no daría él por ser nuevamente profesor auxiliar de literatura comprada en la universidad de Kelly, en lugar de ser un monstruo de ojos chatos, que asolaba, sin quererlo, una ciudad desconocida!

Se puso a meditar sobre los extraños poderes que se le atribuían. ¿Qué clase de insensatez era aquello de un rayo mental de alta frecuencia que emanaba de sus ojos? El no había notado que nada saliera de sus ojos, y si alguien debiera haberlo notado era él. Sin embargo, también Lird había dicho algo parecido, antes de disolverse.

¿Era posible que alguna emanación secundaria del cerebro humano fuera visible únicamente para los fléfnobos y les resultara altamente deletérea?

En todo caso, él era capaz de sintonizar la mente fléfnoba, y en cambio, ellos no eran capaces de sintonizar la de él. Quizá el único modo de manifestarles su existencia mental era mediante alguna descarga prodigiosa que literalmente los partía por el eje.

Pero evidentemente él no podía emitirla o retenerla a voluntad, puesto que la primera vez que Lird disparó su arma, Manship no le había causado daño alguno al fléfnobo.

Repentinamente le llegaron vibraciones de nuevos y excitados pensamientos. Venían de seres que estaba en la calle y muy cerca.

Rabd y sus fléfnobos habían llegado.

TRES vayan por allá —ordenaba el joven fléfnobo—. Dos cubrirán la retirada por cada una de las calles laterales. No pierdan demasiado tiempo en buscar dentro de los edificios. Estoy seguro de que encontraremos al monstruo en alguna calle oscura, donde estará a la pesca de nuevas víctimas. Tanj Zogt y Lewv: ustedes vengán conmigo. Y todos caminen sobre las puntas de sus tentáculos. Estamos en gran peli-

gro; pero no olviden que debemos matarlo antes de que empiece a reproducirse, imagínense lo que sería este planeta si un par de cientos de monstruos como éste anduvieran sueltos por ahí.

Manship dió un suspiro de alivio. Si pensaban buscarlo en la calle, todavía tenía un rato para meditar.

Dejó que su mente siguiera la de Rabd. No era difícil; todo era cuestión de concentrarse y de excluir el pensamiento de los demás.

Seguir la mente de Rabd. Los pensamientos de Rabd. Excluir la mayoría de los pensamientos conscientes de Rabd. Allí, en la capa subconsciente, los engramas de la memoria... ¡No, hombre, nada de pavadas sobre la fléfnoba del mes pasado con sus bellos ojos y suaves tentáculos! ¡Maldita sea!

Los recuerdos. Recuerdos anteriores... "Al descender en un planeta de tipo C-12..." *No, eso tampoco. Un poco más atrás. ¡Al fin!*" Después de encender el primer motor a retropropulsión para despegar, empuje suavemente...

Manship se abrió paso entre las instrucciones de Rabd, deteniéndose por momentos para aclarar algún concepto de típica terminología fléfnoba. A veces se intercalaba un sonriente pensamiento sobre Tekt, que ponía todo fuera de foco.

Manship notó que todo lo que le llegaba por este medio quedaba definitivamente grabado en su memoria.

Ya sabía todo lo necesario para el manejo de la nave. En sólo aquellos momentos había operado la nave durante años y años a través de la mente de Rabd. Por primera vez, Manship se sintió un poco más seguro.

Pero, ¿cómo haría para encontrar la pequeña nave en aquella ciudad completamente desconocida? Enlazó las manos transpirando de desconcierto. ¡Después de tanto trabajo!...

¡Ah, pero pronto halló la solución! La mente de Rabd se lo diría, por su-

puesto. ¡Qué buena enciclopedia estaba resultando Rabd! Con toda seguridad que el fléfnobo recordaría donde había estacionado su nave.

Lo recordadba. Con una habilidad que equivalía a siglos de práctica, Clyde Manship se escurrió entre los pensamientos de fléfnobo, deshechando unos, recogiendo otros... "Cinco cuadros por el arroyito violeta. Después se toma el primer arroyito rojo que surge..." Por fin obtuvo un cuadro tan completo y permanente del camino que debía seguir para encontrar la máquina a triple retropropulsión, como si no hubiera estudiado otra cosa durante un semestre de la universidad.

BASTANTE buena labor para un circunspecto profesor de literatura comparada, que hasta aquella noche sabía tanto de telepatía como de cacería de leones en Africa. Pero quizá lo que nunca había tenido era experiencia telepática consciente. Quizá la mente humana está acostumbrada a una especie de telepatía regular, profundamente guardada en el cerebro; y el hecho de estar expuesto a criaturas de quienes era tan fácil recibir, como los fléfnobos, había hecho aflorar a la superficie ese poder latente.

Esto explicaría su repentina habilidad, que tanto se parecía al sorprendente prodigio de poder escribir a máquina palabras y frases completas, des-



pués de meses de practicar combinaciones de letras carentes de sentido.

No dejaba de ser interesante; pero ni era su tipo de meditación predilecta, ni sacaba ni añadía nada a su problema. Mejor era dejar el asunto, por aquella noche al menos.

Lo que tenía que hacer era escurrirse del edificio, sin ser visto por los fléfnobos vigías que estaban apostados afuera, y ponerse rápidamente en camino; pues no tardarían en llamar a la milicia para que se encargara de un ser tan preciosamente destructivo como él.

Se corrió desde su escondite hasta la pared. La puerta de zigzag se abrió. Manship salió tropezando con una tentaculada maleta de cuero negro, que aparentemente se disponía a entrar.

El fléfnobo se recobró prontamente. Con un arma en forma de espiral, apuntó a Manship. Por segunda vez, el terráqueo se puso rígido de terror ¡Perder la vida ahora, después de todo lo que había pasado!...

Y nuevamente, otro fléfnobo a quien él miraba tembló y emitió un grito mental de dolor:

—El monstruo de los ojos chatos... Lo encontré... Sus ojos... ¡Zogt, Rabb, socorro! ¡Sus ojos!...

No quedó sino algún que otro tentáculo retorcido y un charco de líquido oscuro, colándose por un agujero cerca de la pared del edificio. Sin mirar hacia atrás, Manship huyó.

Una ráfaga de puntos rojos silbó sobre su cabeza y destruyó un techo en forma de cúpula, a unos metros de distancia. Manship dobló por la esquina y aceleró su carrera. Los gritos telepáticos se debilitaron a sus espaldas, y por ello dedujo que, a Dios gracias, las piernas corren más que los tentáculos.

Encontró los arroyitos que buscaba. Enfiló hacia la astronave de Rabd. Sólo en dos ocasiones tropezó con fléfnobos. Ninguno le pareció armado.

Al verlo, los transeúntes encogían los tentáculos, se pegaban a la pared, y después de murmurar algo que sonaba a "¡Sálvame Qrm mío, sálvame!", desaparecían.

SE alegró de la falta de tránsito rodado; pero se extrañó de que no hubiera, puesto que en esos momentos y de acuerdo con el mapa mental que Rabd le suministró, se encontraba en el barrio residencial de la ciudad.

Otro rugido portentoso respondió a sus dudas:

"Les habla Purk, hijo de Kimp, que vuelve con más noticias sobre el monstruo de los ojos chatos. Primeramente diré que el Consejo me ordena notificar, a todos los que todavía no se han enterado por el servicio de *bleg*, que se ha proclamado el estado de sitio en toda la ciudad.

"Repito: la ciudad se encuentra en estado de sitio. Todos los ciudadanos deben permanecer en sus casas, hasta nueva orden. Unidades de la armada y las fuerzas aéreas, así como *maizeltoovers* pesados, son rápidamente movilizados. ¡No se pongan en su camino! ¡Despejen las calles!

"El monstruo de los ojos chatos ha hecho nuevas víctimas. Hace apenas diez *skims*, destruyó a Lewv, hijo de Yifg, en feroz batalla frente a la escuela superior de *turkaslersg*, casi atropellando a Rabd, hijo de Glomg, que valientemente trató de cerrarle el paso para evitar su huida. Sin embargo, Rabd cree que hirió gravemente al monstruo, con una acertada descarga de su estallador. El arma usada por el monstruo fué el rayo de alta frecuencia que despiden sus ojos.

"Poco antes de efectuarse la lucha que relatamos, el monstruo de los desolados confines galácticos se había introducido en un museo, donde destruyó una valiosa colección de *fermnaks* verdes, que se hallaron inutilizadas y cubiertas de alas. ¿Por qué hizo esto?

¿Por maldad pura? Algunos sabios opinan que esta acción es un signo de inteligencia de alto grado, lo cual junto con los fantásticos poderes ya demostrados, dificultará muchísimo la tarea de matar al monstruo, en la que están empeñadas las autoridades locales.

"Uno de estos sabios es el profesor Wuvb, quien cree que, únicamente mediante una correcta valuación psicociológica del monstruo y la comprensión del particular medio cultural del que proviene, será posible establecer cuáles son las medidas que deben adoptarse para salvar al planeta. Para referirse a ello en defensa de la supervivencia de la raza fléfnoba, tenemos con nosotros al profesor Wuvb, que nos expondrá su punto de vista. Queda con ustedes el profesor Wuvb."

El recién llegado a la onda mental, empezó así:

"Para comprender una cultura cualquiera, debemos preguntarnos primeramente qué queremos decir con la palabra cultura. Si cultura es..."

Y en aquel instante, Manship llegaba al campo de aterrizaje.

ENTRO por una esquina, cerca de la cual el aparato a triple retropropulsión de Rabd estaba estacionado entre una nave interplanetaria, que estaba cargando, y lo mismo que Manship le habría parecido un depósito, si la experiencia de las últimas horas no le hubiera enseñado hasta qué punto podía engañarse sobre los equivalentes fléfnobos de las actividades humanas.

Parecía no haber ninguna clase de guardianes. El astropuerto estaba poco iluminado. La mayoría de los individuos que había por allí, estaban alrededor de la gran nave carguera.

Respiró hondamente y corrió hacia la navecita. Esta era pequeña y esférica, con una profunda depresión en la parte inferior y en la superior: parecía una manzana metálica de tama-

ño excepcional. La alcanzó, la bordeó hasta encontrar la línea en zizzag que indicaba la puerta, entró.

Al parecer, no había sido observado. Fuera del murmullo de instrucciones sobre carga y colocación de mercaderías, que llegaba desde la nave grande, lo único que se percibía era la red intrincada de los pensamientos que el profesor Wuvb expresaba con mayor fuerza.

... "De modo, que podemos deducir que, en este respecto al menos, el monstruo no presenta el esquema básico típico de los analfabetos. Pero, nuevamente, cuando tratamos de esclarecer las características de una configuración cultural urbana prealfabeta..."

Manship esperó a que la puerta se contrajera. Después se arrastró con las manos por una especie de pasillo en forma de escalera hasta la cabina de mando de la nave. Se sentó bastante incómodamente ante la tabla de controles, y puso manos a la obra.

Era difícil accionar con dedos llaves diseñadas para tentáculos, pero había que hacerlo. "Para calentar el motor de tipo Bulvonn..." Suave, muy suavemente, hizo girar los tres cilindros superiores hasta que cada uno dió una vuelta entera. Cuando la placa rectangular que estaba a un lado, se cubrió de rayas blancas y rojas que la cruzaban en rápida sucesión, tiró de la gran manija negra que salía del piso. Un tremendo rugido de avión a chorro retumbó afuera. Manship manipulaba sin mayor esfuerzo mental, dejándose llevar por la memoria. Era como si el propio Rabd estuviera poniendo en marcha la espacionave.

Poco segundos después, había despegado y se encontraba en pleno espacio.

Puso el motor en operación interestelar; enfocó el indicador de dirección, apuntando a unidad astronómica 649-301-3, y descansó. No tenía nada que hacer hasta el momento de aterrizar.

Respecto de esto último, sentía un poco de temor; pero todo había marchado tan bien hasta ese momento, que se creía un verdadero as del vuelo interplanetario. "Manship, el de los dedos cohete", se dijo sonriendo.

DE acuerdo con los cálculos semi-inconcientes de Rabd y corriendo a la máxima velocidad del sistema *Bulvonn*, la nave debía llegar a la tierra en diez o doce horas. Para entonces habría pasado bastante hambre y sed; pero el triunfo que lo esperaba sería compensación suficiente. Iba a causar sensación; todavía más sensación de la que había causado el monstruo de los ojos chatos que despide por los ojos un rayo mortal de alta frecuencia...

¿Qué había sido aquello? Lo único que él sentía cada vez que un fléfnobo se disolvía ante su vista, era miedo. Había sentido terror de que lo hicieran trizas con el estallador, y mientras se sentía aterrado, había sido evidentemente capaz de producir algo bastante tremendo, a juzgar por su efectos.

Posiblemente el aumento enorme de secreción de adrenalina en momentos de miedo o preocupación, era esencialmente contrario a la estructura física de los fléfnobos. O quizá hubiera en el cerebro humano una reacción puramente mental, cuyas emanaciones acababan con los fléfnobos. Esta parecía bastante posible.

En efecto, si él era tan sensible a los pensamientos de ellos, también ellos debían de serlo de algún modo a los de él y, evidentemente, cuando estaba muy asustado, la sensibilidad se traducía en venganza.

Cruzó las manos detrás de la cabeza y observó los marcadores. Todo marchaba a la perfección. Los círculos pardos se expandían y contraían en el tablero *sekkel*, según había indicado el cerebro de Rabd. Las cremalleras situadas en el borde del tablero de control, se movían con ritmo uniforme. En la pan-

talla de televisión apareció... ¡Televisión!...

Manship se puso de pie. En la pantalla se reflejaba lo que parecía ser la totalidad de las unidades de la flota fléfnoba, juntamente con los *maizel toovers* pesados persiguiéndolo desesperadamente... y acercándose.

Una gran espacionave, que casi lo había alcanzado, lanzaba una serie de brillantes rayos que, según la información de Rabd, recordada por Manship, eran garfios para el abordaje.

¿Qué era lo que había causado toda aquella emoción? ¿El robo de una pequeña espacionave? ¿El miedo de que él robara los secretos de la ciencia fléfnoba? ¿Deberían estar contentísimos de librarse de él, sobre todo cuando se retiraba voluntariamente, antes de producirse en cientos de monstruos que llenarían el planeta!...

Así pensaba, cuando una vibración mental permanente, que venía desde dentro de su propia nave (vibración que él había descuidado mientras se concentraba en los extraños problemas de la navegación interplanetaria), le dió la clave.

Se llevaba a alguien en su nave, Clyde Manship descendió por la tortuosa escalera que conducía a la cabina principal. Al acercarse, sus pensamientos se aclararon, y antes de que se abriera la entrada de la cabina, supo exactamente a quién iba a encontrar.

Tekt.

La conocida estrella de *fnesh* y *blelg* del continente sur (la prometida de Rabd) estaba acurrucada en un rincón, con todos sus tentáculos (incluyendo los cientos setenta y seis empapados en deliciosa baba y coronados por lípidos ojos) enroscados alrededor de su cuerpecito negro, en la más complicada serie de nudos que pueda imaginarse.

—¡Oh, oh! —gemía su mente—. ¡Orml! ¡Orml! ¡Ahora va a pasar esa

cosa horrible! ¡Me va a pasar a mí! ¡Se acerca, se acerca...!

—Oiga, damita: no tengo el menor interés en usted —le aseguró Manship, sin recordar que nunca había podido comunicarse con un fléfnobo y menos con una fléfnoba histérica.

SINTIO temblar la espacionave al tocarla los garfios. "Ya estoy otra vez en el baile", pensó. "Dentro de unos minutos esto estará lleno de fléfnobos y tendré que convertirlos a todos en sopa".

Evidentemente, Tekt estaba durmiendo a bordo cuando despegaron. Estaría esperando el regreso de Rabd, para iniciar su vuelo de bodas. Y era sin duda una figura de suficiente importancia como para que se utilizaran todos los medios posibles para salvarla.

El cerebro de Manship captó la sensación de alguien que entraba en la nave. Era Rabd. Por lo que Manship podía apreciar el individuo venía solo, con su maldito estallador y decidido a morir en la lucha.

Bueno, eso es exactamente lo que le iba a pasar, Clyde Manship era un individuo bastante considerado y de desagradaba profundamente la idea de desintegrar al novio durante lo que debería ser su luna de miel. Pero, como no había encontrado medio alguno

de comunicar sus intenciones pacíficas a aquellas criaturas, no le quedaba otro camino.

—¡Tekt! —telepatizó Rabd, suavemente—. ¿Estás bien?

—¡Asesino! —gritaba Tekt—. ¡Socorro, socorro, socorro!... Repentinamente sus pensamientos desaparecieron: se había desmayado.

La abertura en forma de zigzag, se ensanchó, y Rabd penetró en la cabina. Con su traje para vuelo interplanetario, parecía una serie de grandes globos. Miró con desesperación a la caída de Tekt, y luego se volvió hacia Manship y le apuntó el arma.

"¡Pobre tipo!", pensó Manship. "¡Pobre héroe tonto y escaso de sesera! Dentro de un momento no serás sino un charquito espeso y azulado". Tranquilo, confiado, esperó.

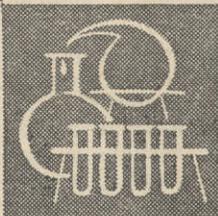
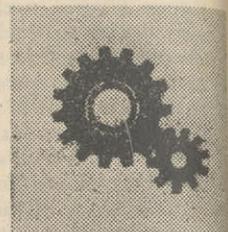
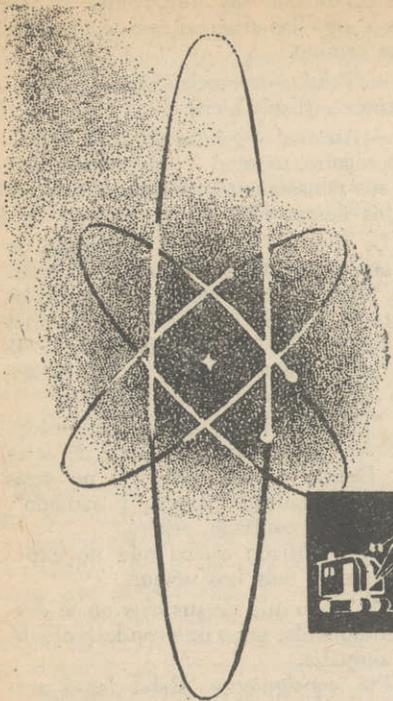
Tan confiado estaba que no experimentó el más leve temor.

De modo que de sus ojos no se desprendió nada, salvo una condescendiente simpatía.

Por consiguiente, Rabd logró acabar con el horrible y obscuro monstruo de los ojos chatos, sin que éste opusiera ninguna resistencia. Y Rabd rescató a su novia, con amorosos tentáculos. Y Rabd regresó a su planeta, para recibir honores de héroe. ✦

Acelera, acelerador

EL acelerador de partículas más potente del mundo está a punto de ser terminado de construir en la Unión Soviética. Se trata de un protón-sincrotrón de 10.000 millones de electrón-voltios. El imán acelerador comprende 36.000 toneladas de acero.



el átomo

a sus órdenes

I PARTE

Los más grandes científicos atómicos de nuestra época han colaborado en estos sensacionales artículos sobre la explotación pacífica de la energía nuclear. *MÁS ALLÁ* se enorgullece de presentar en sus páginas esta serie de interesantísimas notas sobre los más importantes resultados obtenidos en el campo de la Física y de la Biología. En los próximos números en que aparecerá la continuación de *EL ATOMO A SUS ORDENES*, el equipo científico de *MÁS ALLÁ* responderá a las preguntas más interesantes que le formulen sus lectores. Escriba breve y claramente a *MÁS ALLÁ*, Alem 884, Buenos Aires.

II. El cóctel atómico obliga a los matrimonios a vivir separados

Son numerosas las aplicaciones pacíficas de la ciencia nuclear; los radioisótopos se emplean ya corrientemente en medicina.

En los artículos precedentes hemos explicado el papel principal de los elementos radiactivos en el conocimiento del cuerpo humano y hemos descrito el funcionamiento de la única farmacia atómica del mundo.

Insectos marcados

La primera enfermedad que las in-

vestigaciones atómicas condenarán a muerte es la malaria, el flagelo de los países cálidos.

Uno de los clientes de la farmacia atómica de Oak Ridge, de la que ya hemos hablado, es el doctor John C. Burgher, director de la división de biología y medicina de la Comisión de Energía Atómica norteamericana. A fin de estudiar el fenómeno del contagio, este sabio individualiza a los mosquitos mediante isótopos "trazadores". Se sabe que las radiaciones emitidas por los isó-

topos sirven como "marcas" que permiten seguir un elemento clínico en su complicado curso por un cuerpo viviente, en un organismo vegetal o durante una operación industrial.

El doctor John C. Burgher marca así a los mosquitos, para estudiar la propagación de la malaria.

El mosquito viaja en avión

El proceso es complicado, pero su explicación puede ser sencilla si decimos que tres factores entran en acción

en el contagio: el hombre o el animal que sufre la infección, el agente que la causa (microorganismos, virus, etcétera), y, por fin, el agente que la transmite (un insecto, por ejemplo).

Para detener una epidemia, hay que encontrar el punto débil del ciclo de contagio. Es el único medio de impedir la propagación del agente infeccioso a otros individuos. En ciertos casos, como en el de la gripe, la infección se transmite directamente de un individuo a otro, por las vías respiratorias. En

otros, un insecto guarda durante cierto tiempo en su propio organismo al agente infeccioso, que le ha sido transmitido por algún individuo. Luego, lo transmite a su vez a otro individuo, generalmente picándole, como en el caso del paludismo.

El doctor Burgher marca a sus mosquitos con un radioisótopo, de la manera siguiente: como las larvas de mosquitos se desarrollan en el agua estancada, él echa en un charco una solución débil de radioestroncio. Las larvas se vuelven así radiactivas; y los mosquitos que se desarrollan, lo son también. Este procedimiento permite estudiar de cerca la vida de estos insectos, su longevidad, sus desplazamientos, su alimentación, etcétera.

El doctor Burgher ha demostrado así que los mosquitos no vuelan a grandes distancias como los pájaros. Cuando se los encuentra a varios kilómetros del lugar de su nacimiento, es siempre porque han sido transportados por el viento o por un avión. Esta comprobación fué posibilitada por la existencia de los radioisótopos, que constituyen el único medio de seguir a los mosquitos en sus peregrinaciones.

Los transportes aéreos, en los últimos veinte años, habían aumentado los riesgos de propagación de ciertas enfermedades transmitidas por los mosquitos. Imaginemos lo que puede suceder si la puerta de un avión transatlántico se abre para recoger o dejar pasajeros en un lugar donde existe la enfermedad. Algunos mosquitos de la especie *Anopheles Gambiac* aprovechan la ocasión para introducirse como polizones; entre ellos, se encuentra quizás una sola hembra, pero fecundada... En algunas horas, mosquitos y hombres llegan del Africa, por ejemplo, al Brasil. Los mosquitos descienden del avión como habían subido, sin pasaporte y sin ser vistos, y la hembra se dedica de inmediato a colonizar el nuevo continente.

Ahora que se sabe cómo viaja el mosquito, se lucha de dos maneras contra la malaria: mediante la fiscalización estricta de las líneas aéreas, y combatiendo de manera sistemática la enfermedad en el plano local.

De este modo, al vigilar a los mosquitos, la medicina atómica ha permitido la represión internacional de epidemias "importadas".

Hay que comer sal para evitar la insolación

Ciento cincuenta isótopos radiactivos diferentes se utilizan ya en aplicaciones médicas e industriales.

En medicina, el empleo del radiocobalto se generaliza en los hospitales, para el tratamiento del cáncer. Las radiaciones emitidas por una pequeña masa de radiocobalto son dirigidas sobre las células cancerosas, más vulnerables que las normales.

El radiocobalto tiene sobre el uranio la ventaja de ser mucho más barato. Se lo obtiene bombardeando con neutrones, en una pila atómica, el cobalto ordinario.

Otra aplicación medicinal se funda en el hecho de que el comportamiento químico y fisiológico de un elemento es el mismo, ya sea éste radiactivo o no. Como el yodo absorbido en el cuerpo se concentra en la glándula tiroidea, el radioyodo ha sido utilizado en ciertas afecciones tiroideas.

No es posible enumerar aquí los numerosos hospitales y laboratorios del mundo entero en que se emplean los radioisótopos en las investigaciones. Digamos que en el campo de la fisiología, los radioisótopos nos permiten realizar los mayores progresos. Nos proporcionan, en efecto, el medio de comprender gran número de fenómenos orgánicos que no podían ser explicados antes de la era atómica. Hace apenas algunos años, se ignoraban, por ejemplo, ciertos detalles de la circulación de la sangre: no se sabía nada de la relación

entre la presión sanguínea y la distribución de la sangre en el cuerpo.

No se conocía tampoco el papel exacto desempeñado por el cloruro de sodio (sal común, en la circulación sanguínea. La sal "marcada" nos ha proporcionado conocimientos precisos sobre el mecanismo íntimo de la distribución y de la localización del sodio. Comprendemos ahora por qué y cómo la falta de sal es peligrosa en caso de insolación. Fué el sodio radiactivo el que nos dió la respuesta. Se inyecta en forma endovenosa una solución de radiosodio; es entonces posible seguir el itinerario de esta substancia por medio de un contador ultrasensible. Se ha observado así que, en el tiempo extraordinariamente corto de sesenta segundos después de haber sido introducida en el organismo, la sal reaparece por la transpiración en la superficie de la piel. Esta es la razón por la cual se recomienda a los habitantes de países cálidos ingerir tabletas de sal, que reemplazan a la eliminada por la transpiración. Una pérdida grande de sal provoca dolencias, tales como la insolación.

Este descubrimiento ha modificado ya el tratamiento de ciertos edemas. En las víctimas de esta enfermedad, la sal pasa demasiado rápidamente a través de las paredes de las venas, llevando consigo agua a los tejidos. El tratamiento clásico consistía en drenar tal exceso de agua; ahora, al contrario, se trata de retardar el paso de la sal.

Sangre artificial para los heridos

Millares de vidas han sido ya salvadas mediante el empleo de los radioisótopos en el tratamiento de heridos.

Según el doctor Seymour Kety, del Instituto Nacional de Salud Pública de Bethesda (Maryland), las nuevas técnicas isotópicas nos permiten gran exactitud en la manipulación de la sangre, y facilitan el empleo de substitutos en los casos de transfusión.

Con la ayuda del carbono radiactivo, se ha podido establecer científicamente que, ante la falta de plasma natural, se podían utilizar otras substancias, como, por ejemplo, la dextrosa, que se obtiene por la fermentación del azúcar.

Por supuesto, nada puede compararse al plasma natural; pero, en caso de desastres (incendios, terremotos) o durante la guerra, cuando hay siempre escasez de sangre natural, un substituto es de importancia vital. Cuando estamos seguros de que la dextrosa no tiene ningún efecto nocivo, podremos fabricarla en cantidades ilimitadas.

Durante la guerra de Corea, se enviaba regularmente al frente, por avión, albúmina a la cual se había agregado yodo radiactivo. Se inyectaba en la sangre de los heridos graves una cantidad ínfima de esta substancia. Al cabo de uno o dos minutos, se hacía una extracción de sangre, que era analizada con contador. Esta observación permitía al médico saber exactamente cuánta sangre quedaba al herido, y también cuánta había que darle.

Los radioisótopos desempeñaron igualmente un papel espectacular después del desastre del *Bennington*, un portaaviones que se incendió cerca de las costas norteamericanas. 103 oficiales y miembros de la tripulación perdieron la vida. Para tratar a los sobrevivientes, en su mayor parte gravemente quemados, la farmacia de Oak Ridge envió inmediatamente radiocromo.

El radiocromo, inyectado en la sangre, capta los glóbulos rojos. En caso de quemaduras graves, los eritrocitos se agotan rápidamente abasteciendo de oxígeno a los tejidos perjudicados. La función del radiocromo es, en cierto modo, la de dar la alarma, de prevenir al médico en el momento en que los glóbulos rojos del enfermo no aguantan más. Hay que proceder entonces a una nueva transfusión de sangre.

El azúcar y la diabetes

En lo referente a la diabetes, los resultados no han sido tan rápidos ni tan espectaculares, pero ya ahora, gracias al radiocarbono, es posible precisar cómo utiliza el organismo el azúcar de los alimentos. Hace algunos meses, en la universidad de Pittsburgh, los doctores Arthur Mirsky y Gladys Perisutti descubrieron, con la ayuda del carbono radiactivo, una enzima de hígado que destruye la insulina. La llamaron "insulinasa". Y es precisamente la falta de insulina lo que impide al organismo utilizar el azúcar indispensable al individuo normal, para producir energía.

Cuando el organismo humano se encuentra incapacitado para absorber el azúcar que necesita, la dosis de esta substancia en la sangre aumenta, y el individuo se vuelve diabético. La función exacta de la nueva enzima es aún mal conocida, y será probablemente difícil precisarla; pero el descubrimiento de su existencia habría sido imposible sin el radiocarbono. Es este isótopo el que ha permitido seguir el metabolismo del azúcar en el cuerpo humano. Se espera que dará también alguna luz sobre el comportamiento de la insulina y de la insulinasa, y nos conducirá a encontrar otro remedio para los diabéticos.

El cóctel atómico

El más importante, quizá, de todos los radioisótopos es el yodo 131. Entra en la composición del famoso "cóctel atómico", que fué descrito en la época de su descubrimiento por el doctor Jof-

fre, en el *Journal of the American Medical Association*.

Este "cóctel" es eficaz sólo en el 10 % de los cánceres de la glándula tiroidea; pero se lo emplea para el diagnóstico de todas las perturbaciones de la tiroidea y en el tratamiento de la hipertrofia de esta glándula. Al principio, el tratamiento era de un precio prohibitivo: la cantidad de yodo 131 necesaria costaba 3.000 dólares. Hoy, el yodo 131 se ha vuelto el remedio corriente, y el tratamiento no sobrepasa los 100 dólares.

En la mayor parte de los casos, algunas inyecciones bastan. Pero deben aplicarse bajo la estricta vigilancia de un médico especialista, aun si el enfermo no está internado en el hospital; pues el tratamiento es delicado en extremo, y es muy fácil pasarse de la dosis correspondiente.

Si bien este "cóctel" no produce la ebriedad del alcohol, no por eso deja de tener efectos sorprendentes. Se cita generalmente el caso de un obrero de la sección atómica de la sociedad industrial *North American Aviation Co.*, que hizo desviar tan bruscamente la aguja del contador Geiger que el inspector sanitario se sobresaltó: ni un escape de la pila atómica habría producido una desviación tan grande. El inspector no comprendió lo que sucedía hasta que supo que el obrero seguía el "régimen atómico". Todos los enfermos sometidos a este tratamiento se forman radiactivos. Por precaución hasta se prohíbe a los esposos compartir el mismo lecho mientras dura el régimen. ✦

En el próximo número:

III. "NAUTILUS" El submarino atómico.

En la página siguiente transcribimos, por riguroso orden de turno, algunas de las innumerables preguntas con su correspondiente respuesta, suscitadas con motivo de la aparición de este artículo.



RESPUESTAS ATOMICAS

¿Cuáles son los constituyentes del núcleo atómico y qué características muestran? — L. H. B. (Capital).

→ El núcleo atómico está constituido por las partículas llamadas genéricamente "nucleones", es decir, los protones y los neutrones. Ambos tienen masas aproximadamente iguales, del orden de $1,64 \times 10^{-24}$ gramos; el protón lleva una carga eléctrica positiva elemental; el neutrón, como su nombre lo indica, es neutro. El protón es ligeramente más liviano que el neutrón; en unidades de masas atómicas, el primero tiene una masa atómica 1,007579, y el segundo, 1,008982. Además, poseen momentos magnéticos: 2,79255 y -1,91280 en unidades de magnetones nucleares, para protón y neutrón, respectivamente. El spin de ambas partículas es $\frac{1}{2}$, en unidades $h/2\pi$.

¿Qué diferencia hay entre una unidad de peso atómico química y una física? — Carlos Domínguez. (Capital).

→ La diferencia es pequeña, pero conviene tenerla en cuenta en los cálculos: la unidad de peso atómico de la escala química, usa el oxígeno ordinario, es decir, compuesto por el isótopo 16 y por los isótopos que suelen acompañarlo (17 y 18), como si tuviera peso atómico exactamente 16,00000. La escala física, en cambio, asigna peso atómico exactamente 16,00000 al isótopo 16 del oxígeno. Ahora bien, como el 99,76 % del oxígeno está constituido por el isótopo 16, resulta que, al haberle asignado el valor 16,00000 en la escala química a la mezcla de isótopos, en la escala física le correspondería 16,0044, o sea, 1,00027 veces su peso atómico en la escala química. Dicho en otros términos, para pasar de la escala química a la física, hay que aumentar todos los pesos atómicos de aquella en un 27 por cien mil.

¿Cómo se ha podido medir el spin del electrón? ¿Qué es el spin? — Ricardo Gómez. (Capital).

→ El spin del electrón, y en general, de una partícula, es un momento angular (llamado también momento del impulso, o de la cantidad de movimiento) "interno", que puede visualizarse de la siguiente manera: es como se dice ordinariamente, $\frac{1}{2}$ en unidades de la constante de Planck ladando a lo largo de su órbita. Su valor para el electrón es $\frac{1}{2} h/2\pi$, o como se dice ordinariamente, $\frac{1}{2}$ en unidades de la constante de Planck dividida por 2π . Se puso de manifiesto por lo siguiente: en general, los estados atómicos (los niveles de energía) se subdividen en tres subniveles cuando se excita un átomo en presencia de un campo magnético; hay sin embargo ciertos niveles que se desdoblán en dos subniveles; eso sólo podía explicarse admitiendo que el electrón, en ese estado, poseía un momento angular semientero. Ahora bien; en general, si el momento angular del electrón es l , al ponerlo en presencia de un campo magnético da lugar a $2l + 1$ subniveles; quiere decir que, para que el número de niveles fuera 2, el momento angular del electrón debía ser $\frac{1}{2}$ (en unidades $h/2\pi$). Lo

curioso del caso es que el momento magnético correspondiente —que se pudo medir por la magnitud de la separación entre los dos subniveles— corresponde al que tendría un electrón de momento angular 1 (en unidades $h/2\pi$), en lugar de ser la mitad. En resumen, el spin se mide simplemente contando el número de subniveles; el momento magnético, en cambio, midiendo la separación entre los subniveles y conociendo el valor del campo magnético empleado.

¿Cuál es el radio del electrón? ¿Y el del átomo? ¿Y el del núcleo? — Domingo Carlés. (Capital).

→ En realidad, no se sabe cuál es el radio del electrón. Existe una magnitud, el llamado "radio clásico" del electrón, que se obtiene dividiendo su carga al cuadrado por la energía de su masa, o sea: $e^2/mc^2 = 2,818 \times 10^{-13}$ cm, que resulta como el mínimo valor que podría tener el radio del electrón, según las teorías electromagnética y de la relatividad (pues la masa total del electrón sería igual a su masa mecánica más su masa electromagnética, y ésta vale $e^2/(2c^2r)$). En teoría cuántica se supone, por razones de sencillez, que el electrón es puntual, es decir, que no posee "estructura"; pero esto da lugar a serios inconvenientes, debido a que aparecen términos infinitos de origen clásico. La dificultad en adoptar una "forma" para el electrón, radica en que el concepto de "forma" no es invariante relativista a primera vista; no obstante, esta dificultad se puede salvar y es posible definir una "forma" adecuada que salve la dificultad. El radio del átomo es del orden de 10^{-8} cm., es decir, del orden del angstrom. En cuanto al radio nuclear, es del orden de 10^{-13} a 10^{-12} cm.

He leído que hay isótopos e isóbaros nucleares. ¿Qué se entiende por esos términos? — Raúl Palma. (Tucumán).

Los isótopos son núcleos de igual número atómico Z, pero de distinto número de masa A. Es decir, son núcleos de igual número de protones, pero que difieren en el número de neutrones; los isóbaros, en cambio, son núcleos de igual A (número total de nucleones), pero con valores distintos de Z.

¿Cómo se explica que se diga que los núcleos no contienen electrones y, sin embargo, hay cuerpos radiactivos emisores beta, o sea, electrones negativos? — Carlos Tapia. (Capital).

→ Una explicación es por analogía: de la misma manera como los átomos emiten luz, o sea fotones, y no se dice que estén constituidos por fotones. Es decir, la partícula puede aparecer al efectuar el núcleo una transición desde un nivel de energía a otro. Generalmente se interpreta que, en el caso de la radiactividad beta, lo que ocurre es el pasaje de un neutrón al estado de protón, con emisión de la partícula beta. En cuanto a las razones para sostener que no hay electrones dentro de los núcleos, son varias: una, que un electrón libre encerrado dentro de un núcleo poseería una energía enorme, la cual le bastaría para cruzar la barrera de potencial que constituye el núcleo. Otras razones son de tipo teórico: por el spin nuclear, y también, por la estadística nuclear.

¿Es cierto que se ha descubierto el antiprotón, recientemente? ¿Y el antineutrón, existe? — Carlos Tapia. (Capital).

→ Sí, parece definitivamente establecido que el antiprotón existe. Experimentos recientes han revelado una partícula del tipo del protón, pero con carga negativa. En cuanto al antineutrón, no ha sido revelado todavía; en realidad, difiere del neutrón por el signo de su momento magnético, que sería positivo. Además, su paridad y su spin isotópico son opuestos a los del neutrón; pero éstas son ya magnitudes más teóricas que el momento magnético.

Grandes novelas publicadas en MAS ALLA

Algunos números atrasados de MAS ALLA están disponibles al precio de \$ 6.— cada uno. En ellos se han publicado, entre otras, las siguientes novelas:

	Números
EL DIA DE LOS TRIFIDOS, por John Wyndham	1
HIJO DE MARTE, por Cyril Judd.....	2 y 3
EL HOMBRE QUE VENDIO LA LUNA, por Robert A. Heinlein	6
LAS CAVERNAS DE ACERO, por Isaac Asimov	12, 13 y 14
EL TRIANGULO DE CUATRO LADOS, por William F. Temple.....	17
LOS SEÑORES DEL TIEMPO, por Wilson Tucker	18 y 19
AMOS DE TITERES, por Robert A. Heinlein....	21
GUIJARRO EN EL CIELO, por Isaac Asimov....	26 y 27
MUNDO DE OCASION, por F. Pohl y C. M.	
EL HOMBRE ANIQUILADO, por Alfred Bester	30
LA AGUJA, por Jerry Sohl.....	32 y 33
MAÑANA ES OTRO DIA, por K. H. Brunner..	35
EL CLAMOR DEL SILENCIO, por W. Tucker	37 y 38

Más alla

AV. ALEM 884 — BUENOS AIRES

Deseo adquirir los siguientes números de MAS ALLA. Adjunto cheque o giro postal por m\$ⁿ 6.— el ejemplar. (En el exterior: \$ 10.— o US \$ 0.40).

1 - 2 - 3 - 4 - 5 - 6 - 7 - 8 - 9 - 11 - 12 - 13 - 14 - 15 - 16 - 17
18 - 19 - 20 - 21 - 22 - 23 - 25 - 26 - 27 - 28 - 29 - 30 - 31 - 32 - 33 - 34 - 35 - 36
37 - 38

(Sirvase señalar con un círculo los ejemplares solicitados)

Nombre

Dirección

Localidad

(ESCRIBIR CLARO)

por WILLIAM TENN

EL
DESCUBRIMIENTO
de
MORNIEL MATHAWAY

¿Podrá la posteridad juzgar semejante enredo del futuro, ocurrido en el presente?

ilustrado por EUSEVI

TODO el mundo se asombra del cambio operado en Morniel Mathaway desde que fué descubierto; es decir, todo el mundo menos yo. Lo recuerdan como un pintor sin talento y jactancioso del Greenwich Village, que comenzaba casi todas sus frases con la palabra "yo" y terminaba prácticamente todas con el mismo pronombre. Tenía la presunción irritante y casi

asustada propia de quien que sospecha que es un mediocre, o algo peor. Al cabo de media hora de conversación con él, le dolían a uno los oídos de tanto oírle alabarse.

Que se haya convertido en un hombre que habla en voz baja, apreciándose en lo justo o más bien menos, lo comprendo tanto como su inesperado y abrumador éxito. Claro está que yo me

encontraba allí el día en que él fué descubierto... pero éste no es el mejor modo de expresarlo. Para decirles la verdad, no sé realmente cómo expresarlo, teniendo en cuenta la absoluta imposibilidad (sí, he dicho *imposibilidad* y no *improbabilidad*) de todo el asunto. Lo único que sé con certeza es que cuando pretendo encontrarle sentido, me da dolor de estómago y la jaqueca mayor del siglo.

Aquel día estábamos hablando de su descubrimiento. Yo estaba sentado, guardando cuidadosamente el equilibrio, en la única silla de madera que hay en su pequeño y frío estudio de Bleecker Street, porque era demasiado comedido para sentarme en el sillón.

Morniel pagaba prácticamente el alquiler del estudio con ese sillón. Era un destartalado conjunto de tapicería sucia, muy alta por la parte delantera del asiento y hundida por detrás. Cuando uno se sentaba en él, comenzaba a salirse todo lo que llevaba en los bolsillos (monedas, llaves, billeteras, lo que fuera), que caía indefectiblemente en la maraña de muelles herrumbrosos y maderas carcomidas que había debajo de la tapicería.

Cuando llegaba algún recién venido a su estudio, Morniel lo conducía con toda clase de extremos al "único asiento cómodo". Mientras se agitaba penosamente, procurando encontrar un lugar entre los muelles, los ojos de Morniel resplandecían, y toda su cara brillaba de alegría. Porque, cuanto más se moviera, más cosas se le caerían de los bolsillos.

Después de una reunión o fiesta, desmontaba el sillón y comenzaba a contar el producto de lo recaudado, como el dueño de una tienda saca las cuentas de su registradora al terminar los negocios del día.

Lo único malo era que, cuando uno se sentaba en la silla de madera, tenía que concentrarse para no caer, pues la silla vacilaba.

Morniel no perdía nunca: siempre se sentaba en la cama.

A RDO en deseos de que llegue el día —me decía— en que un mercader de cuadros o un crítico, con una pizca de inteligencia, vea mi obra. No puedo fracasar, David; estoy convencido de ello; soy demasiado bueno. A veces, me asusta el pensar lo bueno que soy... Creo que es demasiado talento para un solo hombre.

—Bueno —dije—, siempre hay que...

—No, no quiero decir que sea demasiado talento para mí —prosiguió temeroso de que no le hubiera comprendido bien—. Afortunadamente, soy bastante grande para ello: tengo un alma generosa. Pero cualquier otro, un hombre de menos talla podría quedar aniquilado por esta totalidad de percepción; por esta *gestalt* espiritual, como yo digo. Su mente no podría soportar un peso así. Pero a mí no me ocurre eso, David; a mí no.

—Magnífico —le contesté—. Me alegro de oírlo. Ahora, si me permites...

—¿Sabes en lo que estaba pensando esta mañana?

—No —le dije—. Pero, para decirte la verdad, realmente, creo que no...

—Estaba pensando en Picasso, David; en Picasso y en Roualt. Me había ido a dar un paseo por esa calle donde están los carritos de los vendedores ambulantes, con el propósito de desayunarme por el procedimiento del escamoteo (tú me entiendes, ¿eh?), cuando empecé a pensar en el estado de la pintura moderna. Pienso en eso muchas veces, porque me preocupa.

—¿De veras? —le dije—. Bueno, yo opino que...

—Bajé por Bleecker Street, y entré en el parque de Washington Square, y mientras caminaba iba pensando: ¿Quién ha hecho hoy en día una labor realmente importante en la pintura; quién es real e indudablemente gran-

de? Y sólo se me ocurrían tres nombres: Picasso, Roualt... y yo. Actualmente, nadie más hace algo original y que merezca la pena. Solo tres nombres nada más. Me hizo sentirme muy solo, David.

—Lo comprendo —le contesté—. Pero claro está que tú...

—Y luego, me pregunté: ¿y por qué razón? ¿Acaso el genio absoluto ha sido siempre tan raro? ¿hay quizá una limitación estadística esencial en cada período?, ¿o existe alguna otra razón, peculiar de nuestro tiempo? ¿Y por qué se demora ya tanto mi descubrimiento inminente? He pensado en ello mucho tiempo, David. He pensado en ello, humilde, cuidadosamente, porque se trata de una cuestión importante. Y ésta es la conclusión a la que he llegado.

Me resigné. Me eché hacia atrás en la silla (claro está que no demasiado) y lo escuché mientras me exponía una teoría estética que yo había oído repetir por lo menos una docena de veces a otros pintores en el Village. El único punto de diferencia entre ellos consistía en la cuestión de quién era la culminación y el mejor ejemplo vivo de la estética. Morniel (tal vez a nadie le sorprenderá la noticia) pensaba que era él.

HABIA llegado a Nueva York procedente de Pittsburgh, Pennsylvania. Era un muchacho alto y zanqui-largo, al que no le gustaba afeitarse, y que estaba convencido de que sabía pintar. En aquellas épocas, admiraba a Gaugin y trataba de copiarlo en la tela. Hablaba horas enteras, con un acento del más puro Pittsburgh, acerca de la *mística* de la sencillez campesina.

Pero se olvidó muy pronto de Gaugin, después de haber seguido unos cuantos cursos en la Unión de Estudiantes de Arte, habiéndose dejado crecer su rala barba rubia. Recientemente

había creado su propia técnica, que llamaba de "mancha sobre mancha".

Era muy malo; nadie podía dudar de ello. Lo digo no solamente guiándome de mi opinión (y eso que he vivido con dos pintores modernos y estoy casado desde hace un año con una pintora), sino basándome también en las opiniones de gentes entendidas que, sin fines ulteriores, miraron con cuidado sus cuadros.

Uno de ellos, un conocido crítico de arte moderno, después de mirar boquiabierto el cuadro que Morniel insistió en regalarme y que a pesar de mis protestas, colgó personalmente sobre mi chimenea, me dijo:

—No sólo no dice nada significativo, gráficamente, sino que ni siquiera se plantea lo que llamamos problemas de pintura. Blanco sobre blanco, mancha sobre mancha, no objetivismo, neoabstraccionismo, llámelo como quiera, pero el caso es que ahí no hay nada, ¡nada! No es más que uno de los muchos aficionados jactanciosos, sucios y frustrados que infestan el Village.

Entonces, ¿por qué perdía yo el tiempo con Morniel? Pues porque yo vivía a la vuelta de la esquina; él era bastante pintoresco a su modo, y cuando yo me había pasado toda una noche despierto, bregando por componer un poema que no se materializaba, me parecía un descanso el irme un rato a su estudio, para charlar un poco de algo que no tuviera que ver con la literatura.

Lo único malo (y siempre se me olvidaba) era que nunca podía sostener con él una conversación. Siempre era un monólogo con someras interrupciones mías de cuando en cuando.

En realidad, la diferencia que había entre nosotros, era que a mí me habían publicado mis trabajos, aunque sólo fuera en una revista experimental y mal impresa, que pagaba con suscripciones gratuitas. Pero él no había hecho una sola exposición... ni una.

ADEMÁS, había otra razón por la cual yo mantenía relación amistosa con aquel hombre, y estaba relacionada con el único talento que él poseía.

Yo gano escasamente lo necesario para vivir. El papel bueno para escribir, los libros buenos para mi biblioteca, son cosas que deseo siempre, pero que están por completo fuera de mis alcances económicos. Cuando el ansia de poseerlas me vence (por ejemplo, cuando deseo tener la colección de las obras de Wallace Steven, recientemente publicada), me voy a ver a Morniel y le hablo del caso.

Luego, nos vamos a la librería... y entramos en ella por separado. Yo empiezo hablar con el propietario, acerca de algún libro caro y agotado que me gustaría comprar, y una vez que he atraído su atención, Morniel le quita el Stevens... que, naturalmente, yo pienso pagar cuando gane más dinero.

En esas artes es absolutamente maravilloso. Nunca he visto que sospecharan de él y, mucho menos, que lo sorprendieran. Claro está que tengo que pagarle el favor, repitiendo la escena en una tienda de artículos de pintor, para que Morniel pueda procurarse los lienzos, pinturas y pinceles que necesita; pero, a la larga, hago buen negocio. Lo único malo es el aburrimiento insopor-table que tengo que padecer escuchándole, o mis remordimientos de conciencia porque estoy seguro de que no tiene intenciones de pagar todo lo que se lleva de las pinturerías. Muy bien; ya lo haré yo, cuando pueda.

—No puedo ser yo tan único como creo —me decía él en cierta ocasión—. Otros hombres deben de haber nacido con el potencial de un talento igualmente grande; pero se destruye en ellos antes de que hayan alcanzado la madurez artística. ¿Por qué? ¿Cómo?... Examinemos el papel que juega la sociedad en...

Y entonces fué precisamente cuando

vi aquello por primera vez. Mientras él pronunciaba la palabra "sociedad", vi unas ondulaciones purpúreas en la pared de enfrente, y el contorno extraño y vacilante de un hombre en el interior de una caja. Estaba a un metro y medio del suelo y parecía como ondas de aire caliente coloreadas. Luego, no vi ya nada en la pared.

Pero era demasiado entrado el otoño para que hubieran ondas de calor. Y yo nunca he tenido ilusiones ópticas. Decidí que había visto el comienzo de una nueva grieta en la pared de Morniel. Su casa no es realmente un estudio, sino un departamento frío y sin agua caliente, que un antiguo inquilino había convertido en una sola habitación grande. Estaba en el último piso; el techo tenía goteras de cuando en cuando y las paredes estaban cubiertas de gruesas líneas ondulantes, recuerdo de los caminos seguidos por el agua de las goteras.

Pero, ¿por qué aquel color púrpura? ¿Y por qué el contorno de un hombre dentro de una caja? Aquello era demasiado complicado para una simple grieta de la pared. ¿Y cómo había desaparecido?

—...el eterno conflicto con el individuo que insiste en su individualidad— seguía hablando Morniel—. Eso, sin mencionar...

UNA serie de agudas notas musicales se sucedieron con rapidez. Luego, en el centro de la habitación, esta vez a medio metro del suelo, las líneas purpúreas volvieron a reaparecer... siempre vacilantes, siempre transparentes, y siempre con el contorno de un hombre en su interior.

Morniel bajó los pies de la cama y se y quedó mirando el fenómeno.

—¿Qué... qué es eso? ¿Qué pasa? —tartamudeó.

La imagen desapareció nuevamente.

—No lo sé —dije—. Pero, sea lo que

fuere, me parece que están afinando la puntería.

De nuevo se oyeron las agudas notas musicales. Y la caja purpúrea resurgió ante nuestros ojos, descansando ahora sobre el suelo. Se fué haciendo más oscura, más substancial. Las notas fueron ascendiendo en la escala y volviéndose cada vez más débiles, hasta que, finalmente, cuando la caja perdió toda su transparencia, no se oyeron más.

Uno de los costados de la caja se abrió. De ella salió un hombre, vestido con extraña ropa que parecía terminar por todas partes en sortijillas.

Me miró primero a mí y luego a Morniel.

—¿Morniel Mathaway? —preguntó.

—Sí, sí... —dijo Morniel, retrocediendo hacia la heladera.

—Morniel Mathaway —dijo el hombre de la caja—, mi nombre es Glescu. Le traigo saludos del año 2487.

Ni a Morniel ni a mí se nos ocurrió contestación alguna. Así que nos quedamos callados. Yo me levanté y me puse junto a Morniel, sintiendo vagamente que deseaba estar lo más próximo posible a algo que me fuera familiar.

Y durante un rato, todos mantuvimos nuestra posición. Era un cuadro vivo.

“El año 2487”, pensé. Nunca había visto a nadie vestido como aquel hombre. Más aún; nunca me había *imaginado* a nadie vestido de aquel modo..., ¡y eso que tengo una imaginación bastante despierta! Las ropas no eran exactamente transparentes, pero tampoco podía decirse que fueran del todo opacas. Yo las llamaría prismáticas, por los distintos colores que se perseguían entre las sortijillas y ondas de la vestimenta. Al parecer, todo aquello respondía a un modelo determinado; pero mis ojos no podían captarlo ni identificarlo.

El hombre en sí, el señor Glescu, tendría aproximadamente la misma estatura que Morniel y yo, y no

de mucha más edad. Pero había en él algo que yo llamaría *calidad*, una calidad real y extraordinaria, que habría impresionado al mismo duque de Wellington. Quizá la palabra *civilizado*, era el hombre de aspecto más civilizado que yo he conocido.

Dió un paso hacia delante.

—Ahora —dijo con una voz sonora y maravillosamente modulada —vamos a cumplir con una costumbre del siglo veinte: vamos a estrecharnos las manos.

Cumplimos, pues, con la costumbre del siglo veinte; primero Morniel y luego yo... los dos de muy mala gana. El señor Glescu nos estrechó las manos con una torpeza peculiar que me hizo pensar en un granjero de Iowa que comiera por primera vez con palillos.

Una vez terminada la ceremonia, se quedó de pie y nos sonrió... o, mejor dicho, le sonrió a Morniel.

—¡Qué momento! ¿eh? —dijo—. ¡Qué momento supremo!

MORNIEL respiró a fondo. Yo comprendí que la costumbre de tantos años de encontrarse inesperadamente con sus acreedores, comenzaba a surtir efecto. Se había recobrado de la impresión; su mente empezaba a funcionar de nuevo.

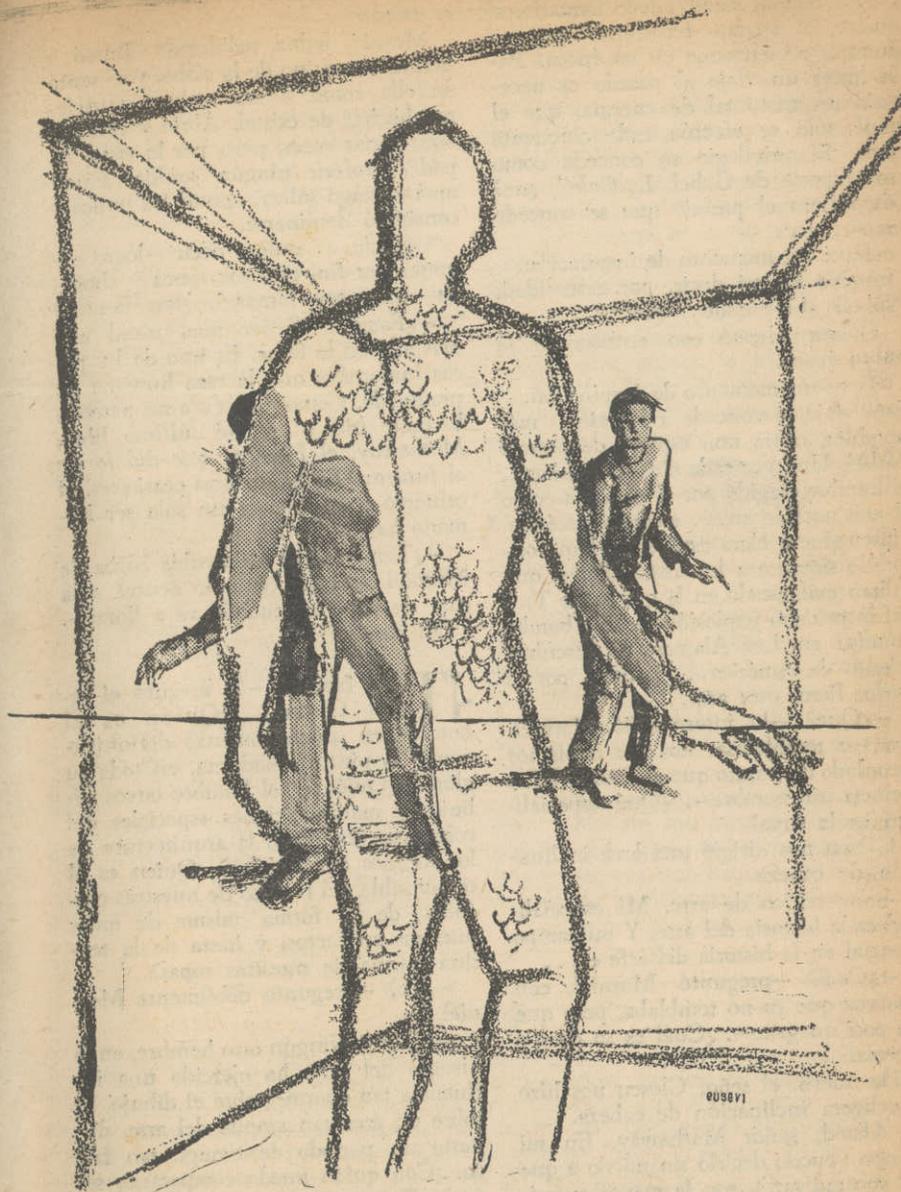
—¿Qué quiere decir con eso de “¡qué momento!”? —le preguntó—. ¿Qué tiene de especial? ¿Es usted el... inventor de los viajes a través del tiempo?

El señor Glescu soltó la carcajada.

—¿Yo inventor...? ¡Oh, no! ¡No, no! El viaje a través del tiempo fué inventado por Antoinette Ingeborg, en... Pero eso fué después de la época de usted. No merece la pena hablar de ello en esta ocasión, especialmente cuando no dispongo más que de media hora.

—¿Por qué media hora? —pregunté yo, no tanto por que sentía curiosidad, sino porque me parecía una buena pregunta.

—El síndrome no puede mantenerse



00561

más tiempo —me explicó—. El skindrom es... bueno, usted puede llamarlo, si quiere, el aparato transmisor que me permite presentarme en su época. Para hacer un viaje al pasado es necesario un gasto tal de energía, que el viaje sólo se efectúa cada cincuenta años. El privilegio se concede como una especie de Gobel. Es Gobel, ¿no? Me refiero al premio que se concede en su época.

Tuve un momento de inspiración.

—¿No querrá decir, por casualidad, Nobel? ¿El premio Nobel?

Glescu meneó con entusiasmo la en su época.

Tuve un momento de inspiración.

Este viaje se concede a los sabios más notables, como una especie de premio Nobel. Una vez cada cincuenta años..., el hombre elegido por el garduna como el más notable en... etcétera, etcétera. Hasta ahora, claro está, se lo han concedido siempre a los historiadores, que lo han malgastado en la guerra de Troya, la primera explosión de una bomba atómica en Los Alamos, el descubrimiento de América... y cosas por el estilo. Pero, este año...

—¿Qué? —lo interrumpió Morniel, con voz temblorosa. Los dos habíamos recordado de pronto que el señor Glescu conocía su nombre—. ¿Qué especialidad es la suya?

Glescu nos dirigió una leve inclinación de cabeza.

—Soy crítico de arte. Mi especialidad es la historia del arte. Y mi campo especial en la historia del arte es...

—¿Cuál? —preguntó Morniel, con una voz que ya no temblaba, pero que era casi un grito—. ¿Cuál es su campo especial?

De nuevo, el señor Glescu nos hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Usted, señor Mathaway. En mi tiempo (puedo decirlo sin miedo a que me contradigan), soy la mayor autoridad acerca de la vida y las obras de

Morniel Mathaway. Mi campo especial es usted.

Morniel había palidecido. Buscó a tientas el camino de la cama, y se sentó en ella como si sus caderas estuvieran hechas de cristal. Abrió y cerró la boca varias veces; pero, por lo visto, no podía proferir ningún sonido. Finalmente, tragó saliva, apretó los puños y consiguió dominarse.

—¿Quiere... quiere decir —logró expresar por fin, con voz ronca y ahogada— que soy famoso?, ¿tan famoso?

—¿Famoso? Señor mío, usted está más allá de la fama. Es uno de los pocos inmortales que la raza humana ha producido. Como digo (y a mi parecer, bastante bien) en mi último libro, *Mathaway, el Hombre que dió forma al futuro*: "En cuán raras ocasiones, el esfuerzo y la obra de un solo ser humano han..."

—¿Tan famoso? —La rubia barba de Morniel se agitó como le ocurre a la cara de un niño cuando va a llorar—. ¿Tan famoso?

TAN famoso! —le aseguró el señor Glescu—. ¿Quién es el hombre en quien comenzó definitivamente la pintura moderna, en toda su gloria? ¿Quién es el hombre cuyos dibujos y manipulaciones especiales del color han dominado la arquitectura de los últimos cinco siglos? ¿Quien es el responsable del trazado de nuestras ciudades, de la forma misma de todos nuestros artefactos, y hasta de la textura misma de nuestras ropas?

—¿Yo? —preguntó débilmente Morniel.

—¡Usted! Ningún otro hombre, en la historia del arte, ha ejercido una influencia tan enorme sobre el dibujo, ni sobre un área tan amplia del arte, durante un período de tiempo tan largo. ¿Con quién puedo compararlo, señor? ¿Con qué otro artista de la historia puedo compararlo a usted?

—¿Con Rémbandt? —le sugirió Morniel, como si tratara de ayudarlo—. ¿Con Leonardo?

El señor Glescu rió con desdén.

—¿Rémbandt y Leonardo a la misma altura que usted?... ¡Eso es absurdo! Carecían de su universalidad, de su gusto por lo cósmico, de su sentido de la totalidad. No; para compararlo debidamente con un igual, tendríamos que salirnos de la pintura; pasarnos, posiblemente, a la literatura. Shakespeare, con su amplísima comprensión, con las notas resonantes de su poesía y con su tremenda influencia en el idioma inglés posterior a él..., pero me temo que ni siquiera Shakespeare... —y meneó tristemente la cabeza.

—¡Oh!... —exclamó Morniel Mathaway.

—Hablando de Shakespeare —intervine entonces yo—. ¿No conoce usted, por casualidad, a un poeta llamado David Dántziger? ¿Sobrevivió una parte importante de su obra?

—¿Es usted?

—Sí —le dije con vehemencia al hombre del año 2487—, yo soy David Dántziger.

El arrugó la frente.

—Me parece que no recuerdo ningún... ¿A qué escuela de poesía pertenece?

—Bueno, la llaman con diversos nombres: antiimaginista o postimaginista...

—No —dijo Glescu, después de decreflexionar un rato—. El único poeta

que recuerdo, perteneciente a esta época y a esta parte del mundo, es Péter Tedd.

—¿Quién es Péter Tedd? En la vida oí hablar de él.

—Entonces, esta época debe de ser anterior a su descubrimiento. Pero, por favor, no olvide que soy crítico de arte, no crítico literario. Y es muy posible —prosiguió, para tranquilizarme— que si le mencionara su nombre a un historiador que se especializara en los versificadores de menor importancia del siglo veinte, podría reconocerlo con poquísima dificultad. Es muy posible.

Eché una mirada a Morniel, que me sonreía desde la cama. Se había recuperado ya por completo de la impresión y comenzaba a empaparse de la situación; de la situación completa: del lugar que ocupaba él, y del que yo ocupaba.

En aquel momento, decidí que no había conocido a nadie más odioso.

POR qué tenía que ser alguien como Morniel Mathaway el que recibía ese reconocimiento de la fama? ¡Había tantos pintores que eran seres humanos decentes! y sin embargo, tenía que ser aquel jactancioso desvergonzado el que...

Y, durante todo aquel tiempo, una gran parte de mi cerebro giraba en círculos. Eso demostraba, me decía yo una y otra vez, que hacía falta la perspectiva de la historia para valorar de-

Cicloterapia

CUANDO se debe someter un tumor a un tratamiento con rayos X, aparece la dificultad de que los rayos se ven obligados a atravesar tejidos sanos para llegar a los enfermos. Para evitar las posibles lesiones que puedan producirse por esta causa ha aparecido un nuevo aparato, en el que el tubo de rayos X gira alrededor del paciente, de manera tal que la punta del cono de los rayos cae siempre sobre el tumor, pero la puerta de entrada por el cual franquean la piel es distinta en todo momento.

bidamente cualquier obra de arte. Uno piensa en los hombres que en sus épocas pasaban por grandes figuras y hoy en día han sido olvidados... por ejemplo, ese contemporáneo de Beethoven que, mientras vivía, fué considerado muy superior a él y que actualmente solo es conocido por los musicólogos. Pero, aun así...

El señor Glescu se miró el dedo índice de la mano derecha, donde un puntito negro se ensanchaba y contraía constantemente.

—El tiempo se me está acabando —dijo—. Y aunque es un placer inefable y portentoso el verme aquí, en su estudio, señor Mathaway, y verle por fin en carne y hueso, me gustaría saber si querría tener la bondad de hacerme un pequeño favor.

—Seguramente —asintió Morniel, levantándose—. Dígamelo. No hay nada que sea demasiado para concedérselo a usted. ¿Qué es lo que quiere?

El señor Glescu tragó saliva, como si se dispusiera a llamar a las puertas del Paraíso.

—Querría... pero desde luego si no le molesta... ¿Podría permitirme que echara una mirada al cuadro que está pintando actualmente? La idea de ver un Mathaway sin terminar, con la pintura aún fresca, es... —Cerró los ojos, como si no pudiera creer que todo aquello le ocurría realmente a él.

Morniel le indicó con un ademán cortés su caballete y se acercó al mismo —le quitó la lona que lo cubría—. Pienso llamar a esto... —su voz se había vuelto tan dulce como miel de abejas— *Figurinas figuradas número 29*.

Lenta, deleitosamente, el señor Glescu abrió los ojos y se inclinó hacia delante.

—Pero... —dijo al cabo de un largo silencio—. Seguramente eso no es obra suya, ¿no es cierto, señor Mathaway?

Morniel se volvió, sorprendido, y estudió el cuadro.

—¡Oh, es obra mía, sin duda! *Figurinas figuradas, número 29* ¿No lo reconoce?

—No —dijo Glescu—. Y me alegro infinitamente de ello. ¿No podría hacerme el favor de mostrarme otra cosa? ¿algo un poco posterior?

—Ésta es mi última obra —dijo Morniel, con cierta vacilación—. Todas las demás son anteriores a ella. Mire, tal vez le gustará esto —y sacó un cuadro del estante—. La llamo *Figurinas figuradas, número 22*. Creo que es el mejor de mi primer período.

EL señor Glescu se estremeció.

—Parece como manchones de pintura sobre otros manchones de pintura.

—¡Exactamente! Yo lo llamo mancha sobre mancha. Pero usted probablemente lo sabrá, ya que es una autoridad en mi pintura. Y aquí tiene las *Figurinas figuradas, número...*

—¿Le importaría dejar esas... esas figurinas, señor Mathaway? —le rogó Glescu—. Me gustaría ver algo suyo que tuviera color; ¡algo con color y forma!

Morniel se rascó la cabeza.

—Hace muchísimo tiempo que no hago ningún verdadero trabajo con color. ¡Ah, espere! —se animó y empezó a buscar en la parte de detrás del estante, de donde sacó un vieja tela—. Éste es uno de los pocos ejemplos que conservo de mi período malva y moteado.

—No me imagino por qué —murmuró Glescu, casi para sí—. Es positivamente... —y alzó los hombros hasta las orejas, en un ademán que reconocería inmediatamente cualquiera que haya visto un crítico de arte en acción. Después de un encogimiento de hombros así, no son necesarias las palabras; y si uno es el pintor cuya obra el crítico está mirando, no desea uno las palabras.

Por aquel entonces, Morniel había

empezado a sacar frenética y desesperradamente un cuadro aquí y otro allá. Se los mostraba a Glescu (que hacía un gesto como si estuviera conteniendo una arcada) y seguía sacando más cuadros.

—No lo comprendo —dijo el señor Glescu, mirando el suelo, que estaba sembrado de lienzos sujetos a sus marcos de madera—. Todo esto es sin duda anterior a la época en que usted descubrió su verdadera técnica. Pero estoy buscando un signo, un indicio del genio que ha de venir. Y me encuentro con... —sacudió la cabeza, aturrido, sin poder comprender.

—¿Qué le parece éste? —le preguntó Morniel, respirando con agitación.

El señor Glescu apartó de sí el cuadro con ambas manos.

—¡Por favor, quítemelo de la vista! —volvió a mirarse el índice, y yo observé que el punto negro se ensanchaba y contraía con mucha más lentitud—. Tengo que irme dentro de poco —dijo—. Y no comprendo esto en absoluto. Permítanme que les muestre algo, caballeros.

ENTRO en la caja púrpura. Salió de ella con un libro. Nos hizo señas de que nos acercáramos. Morniel y yo nos pusimos detrás de él, y miramos el libro por encima de su hombro. Las páginas producían un ruido peculiar al darles la vuelta. De una cosa estaba yo seguro: no estaban hechas de papel. El título del libro era: *Obras completas de Morniel Mathaway, 1928 - 1996*

—¿Naciste en 1928? —le pregunté. Morniel asintió.

—El 23 de mayo de 1928.

Luego, guardó silencio. Comprendí en lo que estaba pensando e hice unos cálculos rápidos. Sesenta y ocho años. Muy pocos hombres saben exactamente cuánto tiempo les queda de vida. Sesenta y ocho años... no estaba mal.

El señor Glescu volvió las páginas hasta dar con el primer cuadro.

Aun ahora, al recordar cuando lo vi por primera vez, las rodillas se me aflojan y ceden. Era una abstracción a todo color, pero una abstracción como yo no me había ni imaginado siquiera; como si toda la obra de los abstractos, hasta entonces, no hubiera sido más que un aprendizaje pictórico.

Era imposible que no gustara, si uno tenía ojos para apreciarlo, aunque se tratara de alguien que hasta entonces sólo hubiera apreciado los cuadros representativos; aunque no le hubieran interesado los cuadros de ninguna escuela.

No quiero que me tomen por impresionable; pero sentí realmente que las lágrimas acudían a mis ojos. Cualquier persona sensible a la belleza, habría reaccionado del mismo modo... No Morniel, sin embargo.

—¡Oh, se refiere a eso! —exclamé como si dentro de él se hubiera hecho una gran luz—. ¿Por qué no me ha dicho que era eso lo que buscaba?

El señor Glescu, agarró a Morniel de la sucia camiseta.

—¿Quiere decir que tiene también cuadros como éste?

—Cuadros, no...: *cuadro*. Sólo uno. Lo hice la semana pasada, como experimento; pero no quedé muy satisfecho y se lo regalé a la muchacha del pis bajo. ¿Querría usted verlo?

—¡Oh, sí! ¡Claro que quiero verlo! Morniel cogió el libro y lo tiró de cuidadosamente sobre la cama.

—Muy bien —dijo—. Venga. No tardaremos más de uno o dos minutos

MIENTRAS bajábamos la escalera, aumentaba mi perplejidad. Yo estaba seguro de una cosa (tan seguro como de que Colón y Verdi habían sido contemporáneos): de que nada de lo que Morniel había hecho o tenía capacidad de hacer, se aprox

maba, ni a un millón de kilómetros estéticos, a la reproducción de aquel libro. Y a pesar de todas sus jactancias, de su presunción aparentemente inagotable, yo estaba convencido de que él lo sabía también.

Se detuvo en una puerta, uno o dos pisos más abajo, y llamó. No le contestaron. Aguardó unos segundos. Volvió a llamar de nuevo; pero tampoco obtuvo contestación, a pesar de sus repetidos llamados.

—¡Diablos! —dijo—. No está en casa. ¡Y yo que deseaba tanto que usted viera el cuadro!

—Quiero verlo —dijo seriamente el señor Glescu—. Quiero ver cualquier cosa que represente su obra de la madurez. Pero el tiempo escasea tanto... Morniel chasqueó los dedos.

—Espere un momento. Anita tiene un par de gatos y me pide que les dé de comer cuando ella se ausenta por unos días; así que me ha dado la llave de su departamento. ¿Quiere que suba corriendo a buscarla?

—¡Magnífico! —dijo alegremente el señor Glescu, dirigiendo una rápida mirada a su dedo índice—. Pero, por fa-

vor, dése prisa o no tendré tiempo.

—Así lo haré.

Cuando Morniel se volvió para subir la escalera, sus miradas se cruzaron con las mías. Entonces me hizo la señal que hacíamos siempre cuando íbamos "de compras"; una señal que significaba: "Habla con el hombre. Distráelo".

Comprendí lo que Morniel quería hacer. El libro... Había yo visto demasiadas veces a Morniel en acción para no recordar el ademán distraído con que él había tirado el libro sobre la cama y comprender que aquello era cualquier cosa menos un gesto casual. Lo había dejado en un lugar donde podía encontrarlo rápidamente. Subía ahora para esconderlo en algún sitio adecuado; y cuando el señor Glescu tuviera que regresar a su propia época... bueno, sencillamente no se encontraría el libro.

¿Bien ideado? Vaya si lo estaba. Morniel Mathaway pintaría los cuadros de Morniel Mathaway; sólo que no los pintaría...

Los copiaría.

Mientras tanto, la señal me hizo

abrir la boca, y, automáticamente, empecé a hablar.

—¿Pinta usted, señor Glescu? —le pregunté, sabiendo que ése sería un buen tema.

—¡Oh, no! Desde luego, de niño quise ser pintor (me imagino que todos los críticos de arte empiezan del mismo modo) y hasta emborroné algún cuadro que otro. ¡Pero eran malos, muy malos! Me resulta más fácil escribir acerca de los pintores, que pintar. Cuando leí la vida de Morniel Mathaway, comprendí que había encontrado mi camino. No solamente sentía una profunda atracción por sus cuadros, sino que él me parecía como una persona a la que podía haber conocido y apreciado. Ésa es una de las cosas que más me intrigaban ahora; porque la veo muy diferente de como me lo había imaginado.

Yo asentí.

—¡Ah, sí, es muy distinto!

—Claro está que la historia añade interés y grandeza a todas las figuras importantes. Y en su personalidad veo varias cosas que el atractivo de los siglos puede...; pero no debo seguir hablando de él de este modo, señor Dántzinger. Usted es amigo suyo.

—Y casi podría decir que el mejor que tiene en este mundo —agregué—, lo cual no es decir gran cosa.

Y durante todo aquel tiempo trataba yo de comprender lo que ocurría. Pero cuanto más lo intentaba, más confuso me quedaba. Todo era paradójico en aquel asunto. ¿Como podía llegar a ser famoso al cabo de quinientos años Morniel Mathaway, copiando ahora las pinturas que había visto por primera vez en un libro publicado dentro de quinientos años? ¿Quién pintó los cuadros? ¿Morniel Mathaway? El libro lo decía así; y, con el libro en su poder, Morniel los pintaría sin duda. Pero los habría co-

pintado del libro. Entonces, ¿quién había pintado los cuadros originales?

El señor Glescu se miró con preocupación el dedo índice.

—¡Se me está acabando el tiempo... Prácticamente, no me queda ya ninguno!

Subió corriendo las escaleras. Yo lo seguí. Cuando irrumpimos en el estudio, me preparé para discutir sobre la pérdida del libro. No lo hacía de muy buena gana, pues ya le tenía simpatía al señor Glescu.

El libro no estaba allí. La cama estaba vacía. Faltaban además otras dos cosas...: la máquina del tiempo y Morniel Mathaway.

—¡Se ha marchado en ella! —exclamó el señor Glescu—. ¡Me ha abandonado aquí!... Debe de haber comprendido que para que la máquina regresara bastaba con entrar dentro de ella y cerrar la puerta.

—Sí, comprende en seguida las cosas —dije amargamente, pues no me había imaginado que hiciera aquello, ni yo le habría ayudado a hacerlo—. Y probablemente ideara alguna historia muy plausible, para contársela o los coetáneos de usted, explicándoles cómo ocurrió todo. ¿Por qué había de trabajar como un loco en el siglo veinte, cuando puede ser una celebridad venerada en el veinticinco?

—Pero ¿qué ocurrirá si le piden que pinte simplemente un cuadro?...

—Probablemente les dirá que ha realizado ya toda su labor y que piensa que no puede agregar a ella nada de importancia. No se preocupe, se las arreglará bien. El que me preocupa es usted. La ha dejado abandonado aquí ¿Cree usted que enviarán alguien en su busca?

El señor Glescu meneó tristemente la cabeza.

—Todos los sabios que reciben el premio tienen que firmar un papel declarando que nadie es responsable de



lo que pueda ocurrir si no vuelven. La máquina puede ser usada solamente una vez cada cincuenta años... Y para entonces, algún otro sabio la reclamará, y le concederán el derecho de presenciar el asalto de la Bastilla, el nacimiento de Gautama Buda, o algo por el estilo. No; tengo que quedarme aquí. ¿Es muy mala la vida en este período?

Le di una palmadita en el hombro. Me sentía lleno de culpabilidad.

—No tan mala. Claro está que va a necesitar una tarjeta de seguro social, y no sé cómo van a dársela a su edad. Y posiblemente (no lo sé con seguridad) la oficina federal de investigaciones o las autoridades de inmigración lo interrogarán tal vez, ya que, más o menos, es un extranjero que ha entrado ilegalmente en el país.

Él me miró aterrado.

—¡Oh, Dios mío! ¡Eso me parece bastante malo!

ENTONCES se me ocurrió una idea.

—No, no ha de ser tan malo. Voy a decirle una cosa. Morniel tenía una tarjeta de seguro social... Tuvo un empleo, hace un par de años. Y guarda su certificado de nacimiento en el cajón de ese escritorio, junto con otros papeles personales. ¿Por qué no asume simplemente su identidad? ¡Él nunca vendrá a demostrar que usted es un impostor!

—¿Podría yo hacer eso? No cree usted que los amigos de él... o sus parientes...

—Los padres han muerto. No tiene parientes, al menos que yo haya oído hablar de ellos. Y como le dije, yo era lo único más parecido a un amigo, que él tenía —examiné pensativamente al señor Glescu—. Creo que podrá usted hacerlo. Quizá convendrá que se deje crecer la barba y se la tiña de rubio... y otros detalles por el estilo. Naturalmente, el problema más urgente será

el de ganarse la vida. El hecho de ser un especialista en la obra de Mathaway y los movimientos artísticos derivados de él, no le permitirían vivir muy bien ahora.

Glescu me cogió del brazo.

—¡Podría pintar! ¡Siempre he soñado con ser pintor! No tengo mucho talento, pero conozco ciertas novedades artísticas, cierta clase de innovaciones gráficas desconocidas de su época. Creo que con eso (aunque no tenga talento) bastará para que me gane la vida modestamente.

Así fué. Así fué exactamente; pero no de un modo muy modesto. El señor Glescu- Morniel Mathaway es el mejor pintor que existe actualmente... y el más desgraciado de todos los pintores.

—¿Qué les pasa a estas gentes? —me preguntó enloquecido, después de su última exposición—. ¿Por qué me alaban de ese modo? No tengo ni una pizca de verdadero talento; todo mi trabajo, *todo*, es completamente derivado. He intentado hacer algo, *cualquier cosa*, que fuera completamente mía; pero estoy tan influido por Mathaway, que no consigo que mi personalidad salga a la superficie. Y esos críticos idiotas me alaban como locos... ¡Por una obra que ni siquiera es mía!

—Entonces, ¿de quién es? —le pregunté.

—¡Pues de Mathaway, claro está! —me contestó amargamente—. Pensamos que era imposible que hubiera una paradoja del tiempo (me gustaría que leyera todas las conferencias científicas que se han pronunciado acerca del tema; llenan bibliotecas enteras), porque, según dicen los especialistas del tiempo, no es posible que un cuadro, digamos, se copie de una reproducción futura, porque así no habría artista originario. ¡Pero eso es lo que yo estoy haciendo!: ¡Estoy copiando aquel libro, de memoria!

Me gustaría poder decirle la verdad... porque es un hombre realmente agradable, sobre todo si se lo compara con un presumido sin importancia artística como Mathaway, y porque sufre mucho.

Lo cierto es que deliberadamente se esfuerza por no copiar esos cuadros. Se esfuerza de tal manera que hasta se niega a pensar en el libro o discutirlo siquiera. Últimamente conseguí que me repitiera unas cuantas frases. ¿Y saben lo que pasa? ¡Pues que realmente no

lo recuerda, más que de un modo muy nebuloso!

¡Cómo iba a recordarlo!... Él es el verdadero Morniel Mathaway, y en eso no hay paradoja alguna. Pero si alguna vez yo le dijera que está pintando realmente los cuadros en vez de copiarlos de memoria, él perdería la escasa confianza que tiene en sí mismo. Así que tengo que dejarle creer que es un falsario, aunque en realidad no lo es.

—No se preocupe —le repito—. Un dólar es un dólar. ✦

EL HOMBRE DEMOLIDO, de Alfred Bester.

Premiada en los Estados Unidos como la mejor novela de 1953. \$ 28.—

EL FIN DE LA INFANCIA, de Arthur C. Clarke.

El libro más famoso del conocido astrofísico inglés. \$ 29.—

Las obras maestras de la ciencia-ficción.

ediciones minotauro

En la misma colección: **Crónicas marcianas** y **El hombre ilustrado**, de Ray Bradbury; **Más que humano**, de Theodore Sturgeon; **Mercaderes del espacio**, de F. Pohl y C. M. Kornbluth.

En venta en todas las librerías.



Distribuidor exclusivo: Librecol, Humberto 1º 545, Bs. As.

Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted es un asiduo lector de MAS ALLA, le resultará más fácil responder a este ESPACIOTEST. Indique en los cuadritos de la derecha las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 62 de este volumen. Si no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido 4 ó bien 5, sus conocimientos son superiores al promedio de las personas cultas. Si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio. Si ha acertado 2 ó menos, no se aflija y siga leyendo MAS ALLA, que le proporcionará un sinfín de conocimientos serios sin las molestias del estudio.



Pregunta N° 1:

Pregunta N° 2:

Pregunta N° 3:

Pregunta N° 4:

Pregunta N° 5:

Pregunta N° 6:

1 ¿Qué se entiende por conversión somática?

- A) Un trámite de carácter comercial.
- B) Una afección epidérmica.
- C) Un trastorno físico que se da como repercusión de una anomalía psíquica.
- D) Un tipo de maniobra calisténica.

2 ¿De cuál de los siguientes animales se puede escuchar el grito a más de un kilómetro de distancia?

- A) La jirafa.
- B) La serpiente.
- C) El grillo.
- D) El hornero.
- E) El mosquito.

3 ¿En cuál de los siguientes lugares de la Tierra se han registrado las temperaturas más bajas?

- A) Norte de Groenlandia.
- B) Antártida Argentina.
- C) Murmansk.
- D) Verjoyansk.
- E) Península del Labrador.

4 El principio lógico de no contradicción dice que:

- A) Una proposición es verdadera cuando no se conocen proposiciones que la contradigan.
- B) Una proposición no puede ser falsa y verdadera al mismo tiempo.
- C) Una proposición falsa implica cualquier proposición.
- D) Dos proposiciones equivalentes no pueden contradecirse.

5 ¿En qué año se utilizó por primera vez la pólvora para disparar cañones?

- A) 1200
- B) 1340
- C) 1492
- D) 1500

6 ¿Cuál de los siguientes ruidos provoca la mayor intensidad de emociones en las personas?

- A) La sirena de los bomberos.
- B) El rugido de las olas.
- C) El llanto de un recién nacido.
- D) El monótono caer del agua gota a gota.
- E) El aullido de los perros.



En las buenas librerías ya puede conseguir
cuatro grandes novelas de la colección



FANTACIENCIA

1 EL FENIX

La originalísima creación de Harold Mead, aclamada por la crítica y los lectores en Estados Unidos y Europa.

2 LAS HAPLOIDES

El fascinante relato de Jerry Sohl acerca de un proyectado mundo sin hombres, habitado exclusivamente por mujeres.

3 LOS AMOS DEL TIEMPO

La famosa fantaciencia del brillante Wilson Tucker, en su versión completa, en un tomo atractivo e impecable.

4 PARTIDA

Las emociones, el suspenso y las peripecias de la partida del primer cohete interplanetario en la pluma magistral de C. M. Kornbluth.

En su biblioteca no deben faltar las grandes novelas
de la colección

FANTACIENCIA

JACOBO MUCHNIK - EDITOR - BUENOS AIRES

¡RASCATAPUN!

por
ALAN ARKIN

ilustró
DIEHL

*Jack había cometido un error
desastroso; pero lo único que lo
preocupaba era qué habría
opinado Einstein.*

ESTIMADO señor Gretch:
Mi mujer y yo le mandamos de vuelta a su hijo, porque no se nos ocurre qué otra cosa podemos hacer con él. Por lo que verá, nos es imposible tenerlo con nosotros en las actuales condiciones.

Además, Jack nos debe dos semanas de renta; y puesto que, tanto yo como mi mujer, somos jubilados, nos sería muy grato recibir el dinero. El año ha sido seco, y el huerto ha rendido poco.

La única razón por la que aceptamos a su hijo como pensionista, es precisamente la escasez de nuestro recursos.

Jack vió el aviso en la puerta, tocó el timbre y le pagó a mi mujer la renta de un mes entero de pensión sin siquiera mirar el cuarto. Luego volvió corriendo al automóvil y empezó a ba-

jar maletas y cajas y a subirlas al piso alto.

Después de la tercera subida, mi mujer advirtió que el muchacho estaba muy cansado, y le ofreció ayuda.

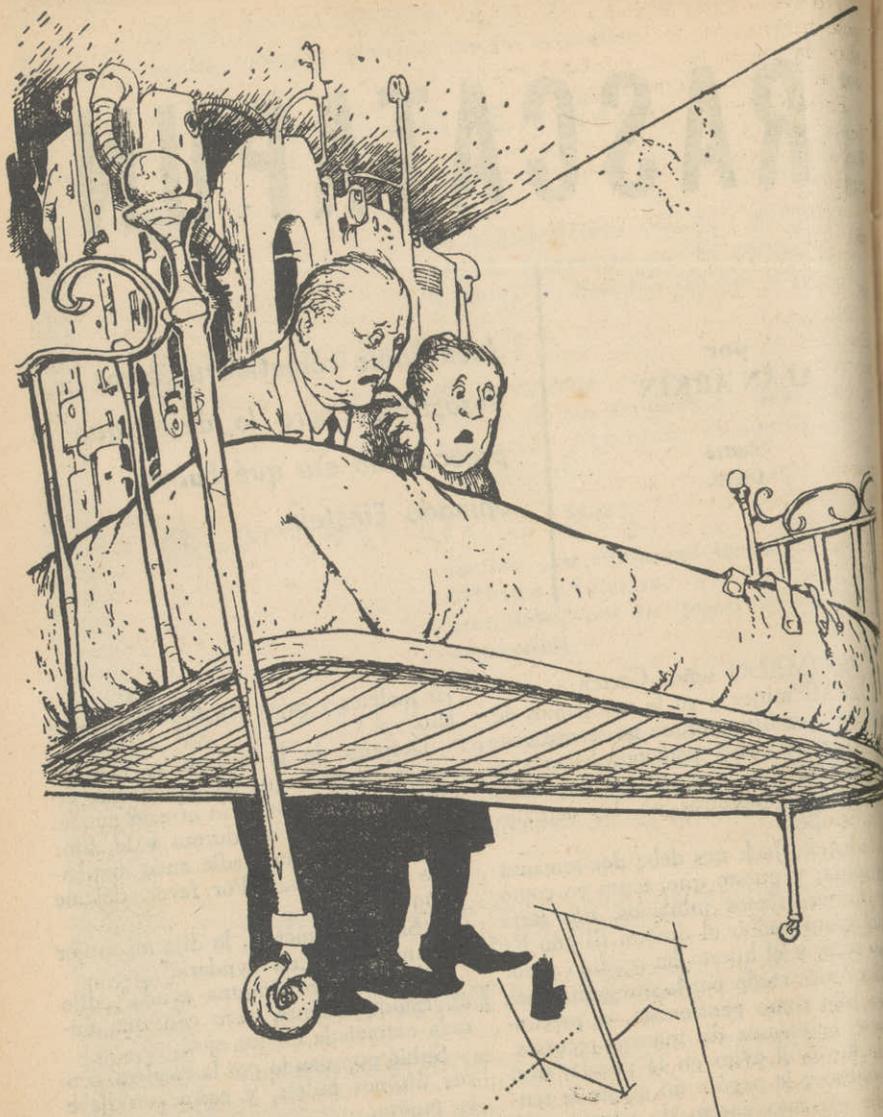
Jack la miró con dureza y le dijo: "No quiero que nadie ande metiéndose en mis cosas. Por favor, déjeme tranquilo".

"¡Si no me meto!", le dijo mi mujer "Solamente quería ayudarle".

"No necesito ninguna ayuda", dijo él, tranquilamente, pero con una mirada extraviada en los ojos.

Subió tropezando por la escalera, con sus últimos bultos, y cerró con llave la puerta.

CUANDO volví a casa mi mujer dijo que sería conveniente echar



una ojeada al nuevo inquilino. Subí pensando que con un rato de charla arreglaríamos todo. Desde la escalera oí martillar insistentemente.

No oyó mis dos primeros golpes. Me puse nervioso, y ya estaba por echar abajo la puerta de un puntapié, cuando, al parecer, decidió abrirme.

Entré decidido a vérmelas con alguna bestia salvaje. Y lo que me encontré fué al flaco de su hijo, mirándome iracundo.

"Tienes mucho que martillar, ¿verdad, hijo?", le dije.

"Es el único modo de abrir estas cajas. Y no me llame hijo".

"No deseo molestarlo, señor Gretch; pero mi mujer está un poco disgustada por su comportamiento. Creo que debería usted bajar a tomar una taza de té y estrechar vínculos".

"Sé que he estado descortés", me contestó con aire avergonzado; "pero hace años que espero una oportunidad de trabajar a mi gusto, sin que nadie se meta en lo que hago. Mañana, en cuanto haya colocado todo mi equipo, bajaré y pediré disculpas a su señora."

Le pregunté en qué estaba trabajando; y lo único que me contestó fué que más adelante nos contaría. Antes de que yo tuviera tiempo de salir de la habitación, él estaba de nuevo martilla que te martilla. Trabajó hasta después de medianoche.

En los días subsiguientes, nos vimos con Jack a las horas de las comidas; pero no dijo gran cosa. Nos enteramos de que tenía veintiséis años, a pesar de que parecía menor de veinte; de que creía que el profesor Einstein era el más grande hombre de cuantos han existido, y de que le disgustaba que lo llamaran hijo. De su experimento no contó casi nada. Se dió cuenta de que mi mujer estaba un poco nerviosa por aquellos trajines, y le aseguró que carecían absolutamente de peligro.

Antes de terminar la semana, empe-

zamos a oír ruidos. El primero sonaba como un cepillo de alambre que raspa alrededor de un molinete: *rasca, rasca, rasca*. Luego puso en marcha algo que hacía *tapún*, a cada pocos segundos, como un inmenso corazón que latiera acompasada y lentamente. Por momentos, se produjo un chirrido parecido al de una vieja bomba de agua; pero la mayor parte del tiempo predominaban los ruidos de *rasca* y *tapún* que eventualmente se combinaban en el uniforme ritmo de *rascatapún, rascatapún...*

NO lo vimos durante dos días. Los ruidos continuaban. Mi mujer estaba alarmada porque el chico no contestaba al llamado a las horas de las comidas; y, una mañana subió hasta su cuarto y le gritó a través de la puerta. "¡Déjate de locuras y ven a desayunar!"

"No tengo hambre", contestó.

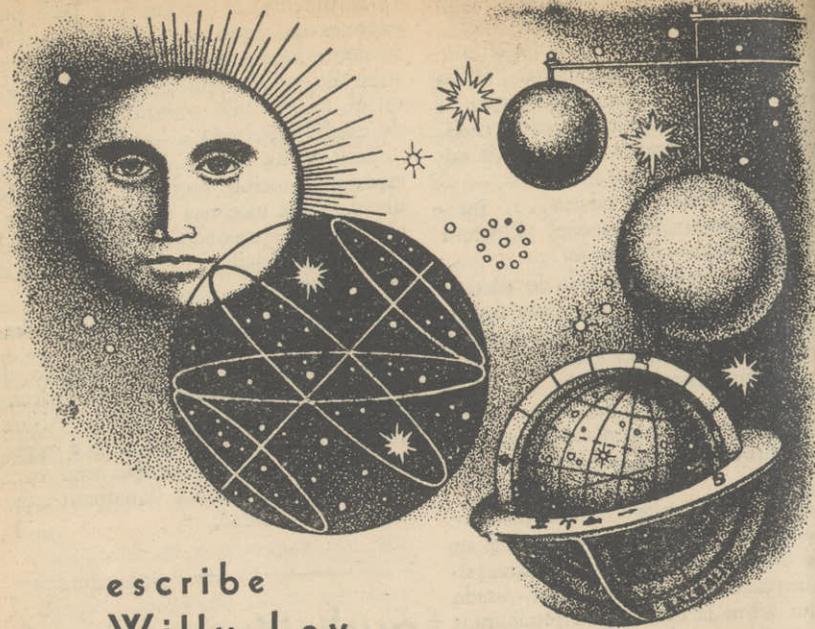
"¡Abre la puerta!", ordenó ella, y ¡ya lo creo que la abrió! "Tu *rascatapún*, o lo que sea, bien puede esperar hasta después del desayuno."

Bajó, se sentó a la mesa, frente a nosotros, con un terrible aspecto de cansado. Tenía un resfrío brutal y se le caían los párpados. No creo que habría podido sostener una taza de café con las manos. Procuró mantenerse despierto, pero se quedó dormido con la cabeza dentro del plato de avena.

Mi mujer salió corriendo a buscar sales de amoníaco. No le hicieron ningún efecto; de modo que le limpiamos la cara, que la tenía manchada de avena, y lo subimos a su cuarto.

Mi mujer le fregó las muñecas con ajo y le envolvió la cara con toallas, hasta que finalmente recobró el conocimiento. Miró con furia a su alrededor. Allí estaba su máquina, y por cierto que era una máquina de aspecto bastante raro.

"Por favor, váyanse", rogó. "Tengo mucho que hacer".



escribe
Willy Ley

La colisión de los mundos

MIENTRAS en los cines vecinos se exhiba una película llamada "Guerra de los mundos", es natural que quienes vayan a verla se pregunten luego si acaso puede realmente suceder lo que el título del film anuncia.

El que sepamos que la antigüedad de la Tierra es de 2.000 a 3.000 millones de años y que nuestro planeta todavía se mantiene como bloque único originario, no invalida en absoluto el interrogante planteado: ¿Pueden chocar los mundos entre sí?

Vamos a atacar el problema en forma sistemática. En primer lugar, consideremos algunos hechos de orden astronómico.

Nueve planetas, de distintos tamaños, giran alrededor del Sol. Cuanto

más cercanos a él se encuentran, recorren con mayor rapidez sus propias órbitas. Las órbitas de estos planetas distan unas de otras varios millones de kilómetros. Si se observara todo el sistema desde el polo norte celeste, se vería que los planetas se mueven alrededor del Sol manteniendo todos el mismo sentido en su giro, es decir, el de las agujas del reloj; además, todos se mueven más o menos sobre el mismo plano. Así, si se realizara un modelo del sistema solar según una escala de precisión, podría acomodárselo perfectamente dentro de una caja redonda que tuviera un diámetro de 183 cm, pero cuya profundidad se limitaría a 12,7 cm. Y si se dejaran fuera del sistema a Plutón y a Mercurio, los dos planetas que más se desvían del plano común al resto del sistema, la altura de la caja podría inclusive reducirse a 7,62 cm.

Bajo estas circunstancias, no es posible ninguna colisión entre los componentes de nuestro propio sistema solar. Aun si imagináramos que, por razones completamente desconocidas, uno de los planetas se desplazara aproximándose al Sol, esto no conduciría necesariamente a un choque; porque, si bien los planos de las distintas órbitas planetarias están muy próximos a la eclíptica (plano de la órbita terrestre), no por eso las órbitas son exactamente coincidentes. La imaginaria órbita nueva de un planeta exterior desplazado hacia el Sol, podría en verdad cruzar la órbita de la Tierra; pero, precisamente a causa de que los planos de las distintas órbitas no coinciden en forma absoluta, ambas órbitas (la nueva del planeta y la terrestre) no se cruzarían al modo de dos calles que se cortan, sino más bien como un puente cruza una calle o como un túnel cruza bajo ella.

¿Qué es, entonces, lo que ha sucedido con lo que presumimos fué el

quinto planeta de nuestro sistema y se identifica ahora con el llamado cinturón de asteroides?

No es posible la certeza absoluta; pero estamos casi seguros de que en este caso no ha obrado la colisión. Si se agruparan en una sola las masas de todos los asteroides, sólo podría llegar a conformarse un planeta muy pequeño cuyo tamaño mediaría entre el de nuestra Luna (3.475,34 km) y el de Mercurio (4.988 km). Sucedería también que este pequeño planeta sería el más cercano al más grande de nuestro sistema (Júpiter), cuyo diámetro es de 139.500,3 km. Hará unos 150 años, cuando sólo se conocían los cuatros cuerpos mayores del cinturón de asteroides, el descubridor de dos de ellos, Heinrich W. M. Olbers, sugirió por primera vez que estos cuatro cuerpos podrían provenir de la explosión de un único planeta.

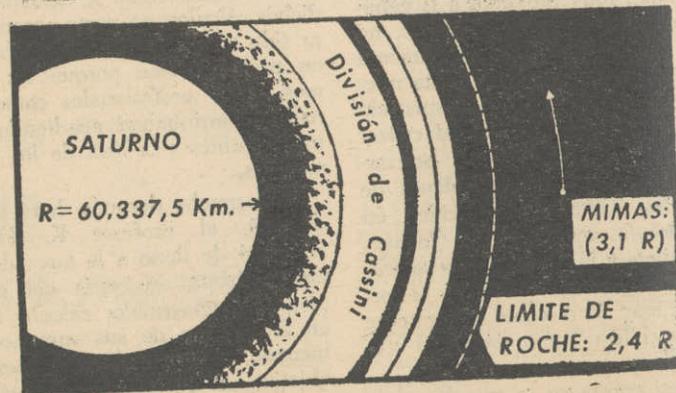
Aceptando esta hipótesis se supuso que sería posible reconstruir la órbita del planeta originario, pasándose a las órbitas de los cuatro grandes restos, y que en la prosecución de estos cálculos se podría incluso determinar la época probable en que el planeta se habría deshecho. Con todo, cada vez que se abordaba esta teoría, se eludían siempre dichos cálculos; en parte porque hubiera sido un trabajo difícil y fastidioso, en parte también porque los astrónomos, tanto profesionales como aficionados, continuaban añadiendo más y más nombres a la lista de los planetas menores.

Pero mucho después, hará unas dos décadas, el profesor K. Hirayama se abocó de lleno a la tarea de calcular la órbita originaria del supuesto planeta fragmentado; cálculo fundado en las órbitas de sus supuestos fragmentos. Entregado fervientemente a su objetivo, el profesor Hirayama señaló un nuevo camino sumamente interesante para la consideración de esta teo-

ría. Determinó que no existía un origen común para los cuerpos del cinturón de asteroides, sino que había cinco "familias" de planetoides. Estas familias se reconocen generalmente por el nombre de su miembro más importante. Flora (número 8 del catálogo de planetoides) es el cuerpo más brillante de su familia, compuesta de 57 miembros; María (número 170), está en una familia de 13 miembros; Koronis (158), en una familia de 15; Eos (221), en una familia de 23, y por último, Temis (24), en una de 25. Para cada una de ellas se podría llegar a determinar un origen común respecto a sus miembros; pero ha sido imposible llevar más allá de esto las investigaciones. Todo lo cual parece indicar que jamás existió este quinto planeta originario.

Presumiblemente, la fuerza de gravedad de Júpiter impidió que se formara y, en vez de un sólo planeta, más de cinco pequeños planetas se constituyeron en esa área, los que más tarde, uno por uno, fueron de nuevo disgregados por Júpiter.

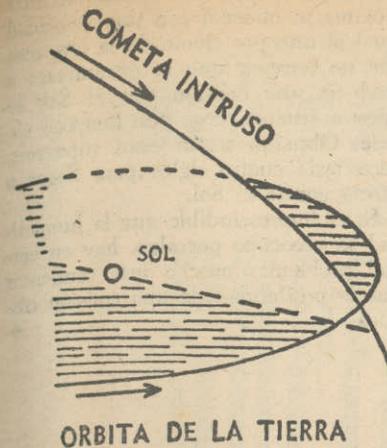
Para nuestro propósito presente, poco importa si el profesor Hirayama es-



tá o no acertado en sus conclusiones. El llamado cinturón de asteroides no se ha originado de resultados de una colisión, aun cuando las colisiones menores que se cumplen actualmente en esa zona son las probables causantes de los meteoritos que caen a la Tierra.

Además, ¿por qué pensar en otros planetas cuando se considera la probabilidad de una colisión? ¿No circulan acaso algunas teorías según las cuales la Luna se está aproximando lentamente a nuestro planeta? Si así fuera, el impacto sería realmente destructor, a pesar de que el diámetro lunar sea escasamente igual a un cuarto del diámetro terrestre.

Sin embargo, rigen frente a la última posibilidad algunas leyes físicas conocidas bajo el nombre de *límite de Roche*, nombre dado después de que el astrónomo E. Roche de Montpellier fijó un cálculo definitivo, hacia 1850. En esencia, el principio de Roche es el siguiente: Supongamos que un satélite se va acercando lentamente a su planeta, describiendo una órbita semejante a una apretada espiral envolvente, (en realidad sería imposible que la órbita tuviera



otra forma). Este satélite provocaría entonces mareas cada vez más fuertes, a medida que se aproximara; pero el planeta provocaría a su vez mareas en la corteza del satélite; y dado que el planeta es el mayor y su gravitación es la más fuerte, el planeta vencería. Vale decir que, bajo la fuerza expansiva de las mareas, provocadas por el planeta, el satélite se disgregaría, se descortezaría capa tras capa, y los restos resultantes formarían un anillo alrededor del planeta. Los pedazos que conformaran el anillo podrían estallar en fragmentos; pero, si chocaran contra el planeta, no serían más que trozos, fuertes bólidos de substancia meteórica, que nunca provocarían un impacto aniquilante.

La distancia a que podría cumplirse este proceso de desintegración del satélite, dependería de distintos factores tales como el de las densidades relativas del planeta y el satélite, y el de la fuerza de tensión del material que conforma el satélite. Roche ha calculado que un satélite de la misma

densidad que su planeta y que fuera líquido (en sentido lato de la palabra), no podría subsistir, sin desintegrarse, a ninguna distancia del centro del planeta que fuera inferior a 2,4 veces el radio del mismo planeta.

Los anillos de Saturno (véase el diagrama correspondiente) están por completo dentro del límite de Roche, o sea, entre éste y su planeta. Esto nos remite al interrogante abierto sobre si los anillos de este planeta son los restos de un satélite roto por la fuerza de las mareas provocadas por Saturno, o si, simplemente, están constituidos por una substancia que no ha podido condensarse en satélite, debido a que los anillos están en una zona donde no es posible la formación de un satélite.

Casi un siglo después de Roche, el profesor H. Jeffreys emprendió el trabajo de determinar hasta dónde debía ser de pequeño un satélite rocoso para poder escapar de las fuerzas que operan dentro del límite de Roche. En 1947 anunció que un satélite de roca sólida habría de alcanzar un diámetro superior a 209 km, para ser desmenuzado por las fuerzas de las mareas que la Tierra pudiera ejercer sobre él. Pero incluso un satélite de 161 km., si es que hubiera alguno así, no llegaría íntegro a chocar contra la Tierra. No bien entrase en la zona atmosférica, y puesto que estaría en dirección casi tangencial (es decir, "horizontalmente"), se haría añicos por desmesurado calentamiento.

¿Cómo, entonces, podría otro planeta cualquiera, el de otro sistema solar por ejemplo, llegar a estrellarse contra la Tierra? De ningún modo, excepto si se aproximara en forma tal que no diera tiempo a que se ejerciese un efectivo intercambio de las fuerzas de las mareas. El correspondiente diagrama muestra una típica órbita de cometa, fuertemente inclinada respecto a la

eclíptica y que procede de "arriba". Si tal órbita cruzara la de la Tierra y si ambos cuerpos (la Tierra y el intruso) llegaran casualmente al mismo punto en el mismo momento, la colisión sería inevitable.

Pero consideramos el problema según las posibilidades reales. La estrella más próxima (no planeta) está, en números redondos, a más de 38 billones de km. de distancia. La velocidad media de una estrella que se traslada a través del espacio es mucho menor que el uno por ciento de la velocidad de la luz; generalmente está entre 0,1

y 0,025 por ciento de esa velocidad.

Vamos a suponer que la estrella más próxima se moviera con una velocidad igual al uno por ciento de la luz, cosa que no hace, y que se encaminara a producir una colisión con el Sol de nuestro sistema, cosa que tampoco sucede. Obrando según estos supuestos, necesitaría cuatro siglos para llegar a chocar contra el Sol.

Si es imprescindible que la humanidad se preocupe por algo, hay en verdad problemas mucho más candentes que la posibilidad de una colisión cósmica. ✦

Respuestas a las preguntas del Espaciotest

Respuesta Nº 1: C. — El descubrimiento de la estrecha conexión que existe entre nuestros trastornos mentales y psíquicos se debe a Freud, médico vienés de fines del siglo pasado y comienzos del nuestro. A pesar del enorme lapso transcurrido desde entonces (60 años), las controversias en torno a su método siguen tan apasionados como el primer día.

Respuesta Nº 2: C. — Un grillo de dos centímetros de longitud es capaz de hacerse escuchar a más de un kilómetro y medio de distancia.

Respuesta Nº 3: D. — Verjovansk es una localidad de la Siberia Soviética.

Respuesta Nº 4: B. — Este principio constituye, junto con el de identidad y el de tercero excluido, el fundamento sobre el cual se asentó la lógica desde Aristóteles hasta fines del siglo pasado.

Respuesta Nº 5: B. — La primera aplicación de la pólvora en artillería la hicieron los musulmanes en el sitio de Tarifa.

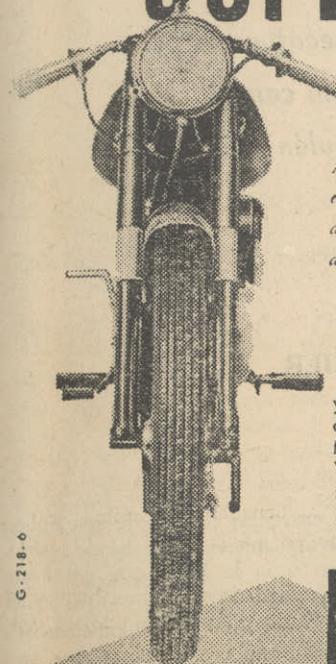
Respuesta Nº 6: C. — El que ocupa la delantera, según experiencias realizadas por psicólogos es, por su dramatismo, el primer llanto del recién nacido.

GILERA Argentina

PRESENTA SU NUEVO MODELO

SUPERSPORT

GILERA G 150



ADMIRELAS
en los salones
de los Agentes
de todo el país.

**¡ya está a
la venta en
todo el país!**

MÁS POTENCIA! MÁS VELOCIDAD!

y con todas las características técnicas que distinguen a las motocicletas de la famosa marca campeona mundial. Velocímetro - Cuentakilómetros incorporado en el farol delantero. Asiento de 2 plazas, modelo deportivo.

GILERA
Argentina

Bernardo de Irigoyen 546 - Bs Aires

la guerra semántica

*Quizá haya habido hecatombes por
un motivo tan estúpido como
éste; pero... ¡a ver quién
encuentra una!*

por **BILL CLOTHIER**

ilustrado por West

LA lluvia cae, helada, de un cielo amenazador. Apresuro el paso, procurando llegar al calor y amparo de la caverna, antes de calarme del todo. No puedo permitirme el lujo de acatarrarme. Estando solo como estoy, y sin medicinas, correría demasiado riesgo de morir rápidamente. El tenebroso cielo de Oregon tiene todavía muchas enfermedades desconocidas,

ocultas entre los jirones de sus nubes. No le tengo miedo a un simple resfrío. Pero eso sería la llave que emplearía otra enfermedad para introducirse en mi organismo y acabar con mi existencia.

Un poco más allá, distingo la caverna. Me siento invadido de placer al penetrar por su boca de piedra. La lluvia cae afuera,

la caverna está seco. En el muro hay un pesado cuero de vaca, colgado de una percha. Lo tomo y me envuelvo en él. Pronto estaré caliente. Otra vez más, he conseguido retrasar un poco mi inevitable fin.

A veces me pregunto por qué quiero retrasarlo. Desde luego y de acuerdo con mis antiguos puntos de vista, mi vida carece de sentido. Pero, sin saber por qué, siento que el vivir es, por sí solo, una justificación... , aunque sea una vida como la mía.

No siempre sentí lo mismo que siento ahora. Claro está que las circunstancias cambian y la gente cambia con ellas. Yo cambié mis circunstancias más que a mí mismo, pero no tenía otra alternativa. Precisamente por eso, ahora existo.

Me imagino que debería estar contento. Después de todo, estoy vivo y, a mi modo sencillo, gozo de la vida. Recuerdo que hubo personas que no le pedían a la vida más que vivir... o simplemente existir. Aunque parezca irónico, siempre las tuve por subnormales. Pensaba que un hombre debería esforzarse por hacer algo que no solamente perpetuara la felicidad de su propia vida, sino también la de sus semejantes; algo que les hiciera la vida más hermosa, más fácil y más amable.

PRECISAMENTE porque pensaba y sentía aquello, ingresé como estudiante de filosofía en la Universidad de Stánford. Y cuando mi creencia se hizo más firme, me dediqué a la enseñanza, abrazándola como único medio de obtener la verdadera felicidad. Mi filosofía personal era sencilla. Aprendería todo lo posible acerca de la vida, en todos sus significados reales y simbólicos, y luego se lo enseñaría a mis discípulos, cada uno de los cuales (yo estaba seguro de ello) deseaba ansiosamente compartir conmigo el conocimiento que yo extraía de mi ambiente cultural. Les demostraría el verdade-

ro sentido que se ocultaba detrás de las cosas. Eso, para mí, era la clave del triunfo en la vida.

Ahora me parece extrañamente patético haber intentado una tarea tan imposible. Pero hasta un profesor de filosofía puede equivocarse y confundirse.

Recuerdo cuando por primera vez me dí cuenta del movimiento. Durante años, habíamos estado inculcando ciertos preceptos en las cabezas blandas e impresionables de los estudiantes sometidos a nuestra influencia. Liberalismo, lo llamaban algunos, al derecho de tomar los valores acumulados por la sociedad durante un período de cientos de años, y acomodarlos para que encajaran dentro de cualquier idea o acto que se contemplara. Por medio de esos métodos, era posible poner de acuerdo las costumbres con el hecho, y no el hecho con las costumbres. ¡Oh, era una teoría maravillosa; una teoría que prometía proyectar todas las actividades humanas más allá del bien y del mal!

En fin, todo esto son digesiones.

Una mañana de primavera, en Berkeley, California, me percaté de la existencia del movimiento. Estaba yo en mi despacho, mirando por la ventana y reflexionando acerca de la vida, del modo contemplativo habitual en mí. Podría decir que me sentía bastante satisfecho de mí mismo. Pensaba en lo afortunado que era al haberme graduado en Stánford, con todos los honores, y en cómo mi buena suerte había seguido acompañándome hasta que recibí mi diploma de doctor, en una famosa universidad del este, y acepté un puesto de profesor en la universidad de Berkeley.

Observaba las figuras que iban y venían rápidamente por los caminitos del recinto escolar, y miraba distraído el verde brillante de los arbustos y árboles del parque. Estaba mezclando los versos de Keats con un poco de filosofía y gozando realmente con ello. "El



conocimiento es verdad, y la verdad, belleza", pensaba; "eso es lo único que sabemos en la Tierra, y lo único que necesitamos saber."

En esto, llamaron a mi puerta. Yo dije "entre", de mala gana, abandonando mis pensamientos que entonces habían elegido por tema a Shakespeare, al que yo le atribuí dos tercios de filósofo y un tercero de poeta. Siempre he pensado que la literatura no es la única que puede envanecerse de la grandeza de Shakespeare.

EL profesor Líllick entró, visiblemente alterado. Líllick era bastante nervioso (al menos, para un profesor) y se alteraba con facilidad. Una vez lo vi muy excitado por la posibilidad de que los arbustos del recinto escolar perdieran fuerza y color por los actos de ciertos perros que vivían en el recinto universitario. No era profesor de filosofía, claro está, sino miembro del grupo de ciencias políticas.

—Carlson —me preguntó nerviosamente—. ¿no se ha enterado aún?

—No tengo ni la menor idea —le repliqué—. ¿Enterarme de qué?

El miró hacia atrás, como si temiese que lo siguieron. Luego se volvió rápidamente hacia mí, con su cara, de facciones agudas, iluminada por la emoción.

—¡Carlson... los Wístick vencerán a los Moraddy! —y se me quedó mi-

rándome atentamente, con los ojos encendidos de pasión.

Yo lo miré sin comprender.

—¿No se ha enterado? —exclamó—.

Pensé que usted estaría seguramente al corriente. Siempre habla de la libertad, de aplicar el pensamiento para el bien de la humanidad. Bueno, pues finalmente vamos a hacer lo que usted dice. Ya lo verá. Aguce bien los oídos, Carlson —dió media vuelta para salir de la habitación; en el umbral se detuvo, y clavó de nuevo en mí sus ojuelos brillantes—. ¡Los Wístick vencerán a los Moraddy! —dijo, y desapareció por la puerta.

Ese fué el primer aviso que tuve de lo que iba a suceder. No hice caso. Líllick no era de esos hombres a los que se concede mucho crédito. En realidad, pensé en informar al jefe de su departamento, diciéndole que Líllick me parecía al borde de un colapso nervioso; pero no lo hice. En aquellos días, los colapsos nerviosos eran frecuentes en los recintos universitarios. La profesión docente era una ocupación muy arriesgada. Por ejemplo: en una universidad del sur se habían suicidado cinco profesores, durante el trimestre de primavera.

NO obstante, en los días siguientes, comencé a darme cuenta de la existencia de cierto movimiento fomentado por los estudiantes. No podía de-

D. D. V. F.

ESTAS son las iniciales del dimetil-diclorovinil-fosfato, nuevo y peligroso rival del D. D. T. en su labor aniquiladora de moscas, mosquitos y otras yerbas. De la eficacia del nuevo producto da una idea el hecho de que una colonia de moscas que resistía al D. D. T. fué aniquilada en cuatro horas con sólo 4 gramos. Se calcula que hubieran sido necesarios 10 kg. de D. D. T. para conseguir el mismo resultado.

finirse, pero sí se sentía y se veía. Los estudiantes comenzaron a formar grupos y a realizar mítines... muchas veces sin permiso oficial. No pude descubrir de qué se trataba en ellos; pero los resultados se hicieron bien pronto evidentes.

En efecto, ciertos estudiantes comenzaron a caminar por uno de los lados de la calle, y los demás estudiantes, por el otro. Los que andaban por el lado norte, llevaban suéter verde con pantalón blanco o falda blanca, y los estudiantes del lado sur llevaban suéter blanco con faldas o pantalón verde. Las cosas llegaron a tal punto que los estudiantes de suéter verde iban solamente a las clases de la mañana, y los que lo llevaban blanco asistían a las de la tarde.

Luego, unas tarjetitas blancas comenzaron a aparecer por todas partes. Las enviaban por correo; las echaban por debajo de las puertas; las ponían en los cajones de los escritorios; aparecían junto a nuestro plato, a la hora de la cena, y debajo de la almohada, por la noche; las pegaban en las puertas de las casas, por la mañana; aparecían entre las hojas de los libros; colgaban de los árboles, como frutos, y estoy seguro de que ningún otro fruto produjo una semilla tan extraña.

Las tarjetitas decían una de estas dos frases: *Los Wístick vencerán a los Moraddy*, o *Los Moraddy vencerán a los Wístick*. Pero no quedó inmediatamente en claro qué tarjetas pertenecían a uno u otro de los grupos. Hasta que estallaron los motines no se comenzó a ver el caso con su debida perspectiva. Y entonces, era ya demasiado tarde.

Cuando estalló el primer motín, se supuso que los profesores de la universidad y la policía acabarían con él en poco tiempo. Pero, aunque parecía extraño, conforme aumentaba la policía, la batalla se hacía más violenta. Desde mi ventana pude ver en parte lo que ocurría, y por ello comprendí por qué

el aumento de fuerzas policiales sirvió tan solo para que el motín fuera aun mayor: ¡Los policías luchaban entre sí! Y en medio del estrépito se oían gritos de: "¡Los Wístick vencerán a los Moraddy!", o "¡Los Moraddy vencerán a los Wístick!".

Mi gran sorpresa fué cuando vi al vicerrector y al decano de personal, luchando furiosamente junto a uno de los setos, y oí que el decano de personal gritaba con furia triunfal, al mismo tiempo que descargaba su cartera sobre la cabeza del vicerrector.

—¡Los Wístick vencerán a los Moraddy!

Alguien irrumpió entonces en mi despacho. Me volví alarmado y vi a un corpulento estudiante que se hallaba a pocos pasos de distancia de mí. Había asistido a una de mis clases. Yo recordaba haber oído decir que era uno de los más fuertes jugadores de fútbol en toda la costa del Pacífico. Desde luego era el más torpe de todos los estudiantes de filosofía que yo había suspendido. Tenía los cabellos revueltos, los ojos centelleantes; su cara y su pecho estaban manchados de sangre, y sus ropas desgarradas y tiznadas de hierba.

—Los Wístick vencerán a los Moraddy —me dijo.

—Salga de mi despacho —le repliqué fríamente— y no vuelva a entrar es él.

—¡Ah, con que está de parte de los otros! —grufió—. Me lo imaginaba.

Y vino hacia mí. Tomé un sujetalibros que había sobre mi escritorio, se me echó encima. Su primer golpe me rompió casi un brazo; y, cuando el dolor me hizo bajar la guardia, me descargó un terrible puñetazo en un lado de la mandíbula.

Cuando recobré el conocimiento, estaba tendido al lado del escritorio, junto al cual había caído. Me dolía la cabeza. Tenía rígido el cuello. Me levanta-

te penosamente. Entonces me fijé en el gran tarjetón clavado en la puerta de mi despacho. Estaba escrito con letras rojas y decía en pretérito: *Los Wístick vencieron a los Moraddy*.

Las revueltas estallaron espontáneamente en todas las partes del país, sin quedar limitadas a las universidades ni tampoco a grupos particulares. Alcanzaban prácticamente a toda la población; y el fervor que despertaba su grito de guerra, fuera el que fuere, era algo realmente incomprensible.

Yo no podía comprender tampoco el significado de aquellos alaridos. A otros les pasaba lo mismo que a mí. En varias ocasiones intenté descubrirlo; pero me golpearon dos veces, y otra me amenazaron con una pistola; por consiguiente desistí de la empresa. Nunca he sido muy amigo de la violencia física.

Una noche volví a casa completamente abatido por el estado en que se encontraban los asuntos. La universidad casi no funcionaba. La mayor parte del profesorado, incluso el rector de la universidad, habían sido atraídos hacia un campo u otro. Sus actos me resultaban absolutamente aborrecibles. Si el profesor llevaba suéter verde, o sea, si era wístickiano, sólo daba clase a los de suéter verde. Si pertenecía a los moraddianos (facción de los suéteres blancos), sólo éstos podían asistir a sus clases.

Los dos grupos estaban divididos de un modo tan igual, que cada uno de ellos consideraba la violencia como único medio de conseguir sus respectivos fines. Estaban reuniendo fuerzas y aguardando el momento para lanzarse a un nuevo ataque.

Como he dicho, volví a casa muy desanimado. Mi esposa estaba en la cocina, preparando la cena. Yo entré y me senté a la mesa, mientras ella trabajaba. El diario estaba sobre la mesa. Sus titulares hablaban de nuevas refriegas

y derramamientos de sangre en toda la nación. Les eché una ojeada. En los últimos tiempos, los actos de violencia habían ido tomando determinada forma.

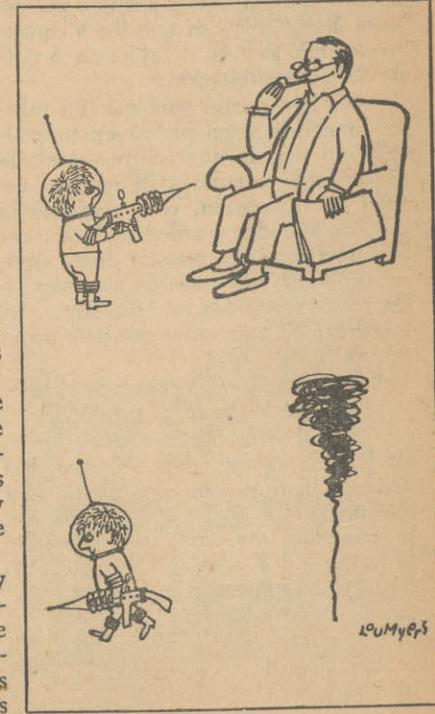
Al este del Misisipí, sólo se hablaba de que los Moraddy iban a vencer a los Wístick. Al oeste, los Wístick recibían más apoyo que sus contrincantes. Y, al parecer, la gente joven y las mujeres preferían a los Moraddy, mientras que las personas de edad y la mayoría de los hombres estaban de parte de los Wístick.

Yo hice un comentario sobre aquello. Mi esposa me contestó brevemente.

—Claro. Cualquiera debería comprender que los Moraddy van a ganar.

Y siguió con los preparativos de la cena, sin mirarme siquiera.

Yo me quedé estupefacto un momen-



to. ¡Dios de los cielos; oh, no; mi esposa no!...

—¿Quieres darme a entender que tomas parte en esto, seriamente? —le pregunté con cierto calor—. ¡Todo el asunto no es más que una insensatez horrible!

Ella se volvió y se enfrentó conmigo. —Para mí, no. Digo que los Moraddy ganarán. Además lo deseo... y creo que lo más prudente sería unirme a los ganadores, ahora que aún estás a tiempo.

Me di cuenta de que hablaba en serio. Muy en serio. Cautelosamente le pregunté:

—¿Y qué significa la victoria de los Moraddy sobre los Wístick?

AQUELLA pregunta la enfureció, ¡la enfureció de veras! Apagó el horno y salió al living, pasando por delante de mí. No creí que iba a contestarme; pero lo hizo... si a esto se puede llamar contestación:

—No hay excusa para que un cabeza dura, que se encuentra en tu posición, no sepa lo que ocurre —tenía la voz alterada y tensa—. Si tuvieras un poco de percepción, comprenderías lo que los Moraddy pueden darle al pueblo americano. Es nuestra única esperanza. Y hay que estar de una parte o de otra.. O estás con los Moraddy o con los Wístick: no puedes quedarte en el centro.

Yo me sentía completamente aislado. ¡Aguarda! No sé lo que significa...

—¡Basta! —me interrumpió—. Debería haberlo comprendido. Naciste, has vivido y morirás como un cabeza dura que no sale de su torre de marfil. Pero recuerda una cosa: ¡los Moraddy vencerán a los Wístick! —y subió corriendo las escaleras, para hacer su equipaje... y abandonarme.

Y así fueron sucediendo las cosas. No sé qué clase de veneno maligno había penetrado en el cerebro colectivo de la

nación; pero no cabía duda de que su influencia devastadora acababa con toda clase de instituciones y valores. Las esposas abandonaban a sus maridos, y éstos a sus mujeres. Las cuentas corrientes conjuntas desaparecían. Las familias se desintegraban. Wall Street se vino abajo.

Los acontecimientos se sucedieron rápida y amenazadoramente. El ejército se dividió en varios grupos. La mayoría de los soldados favorecían a los Moraddy; pero los oficiales y los suboficiales de más edad juraron defender a los Wístick. Su poder era suficiente para impedir la insurrección de muchos; sin embargo, un número considerable de soldados desertó y unió sus fuerzas a las de los moraddianos, que dominaban la parte oriental del país.

Los Wístick gobernaban la parte occidental con mano férrea, y todos los síntomas indicaban que se aproximaba una guerra civil. Las autoridades sindicales y militares hicieron una conscripción de la población entera, sin tener en cuenta su edad, sexo ni convicciones religiosas.

Por mi parte, huí de la residencia universitaria y partí para el norte, hacia las montañas de Oregón. No era que tuviera miedo a la lucha, pero me rebelaba ante la estupidez absoluta de todo aquello. ¡Qué idea... pelear así por unas cuantas palabras!

Pero lo hicieron.

La destrucción fué horrorosa. No obstante, no fué tan horrible como creían muchos. Las fuerzas de los Wístick arrasaron la ciudad de Nueva York, cierto es, pero necesitaron tres bombas H para hacerlo, en vez de una, como había dicho la Fuerza Aérea. En represalia, San Francisco y Los Angeles fueron destruídos en una misma noche por unas bombas atómicas ingeniosamente colocadas por esposas quintacolumnistas, que obtuvieron acceso a esas ciudades, bajo el pretexto de volver con

sus maridos. Aquella fué una gran victoria para los moraddianos, aunque las mujeres volaron también por los aires al cumplir con su misión.

Las fuerzas moraddianas fueron rechazadas lentamente hacia la costa del Atlántico. Eran luchadores astutos y tenían además un valor juvenil que complementaba su astucia. Pero su política, en general, carecía de la estabilidad y visión necesarias para llevar adelante una guerra total. Un día, asaltaban y dominaban varias ciudades populosas, y al siguiente, debido a las constantes disputas y disensiones entre sus diversos cuerpos de ejército, perdían todo lo que habían conquistado y otras tantas ciudades además.

Finalmente, desesperados, emplearon el arma más terrible e iniciaron la guerra bacteriológica. Pero se olvidaron de protegerse contra su malignidad. La guerra semántica se interrumpió de pronto, dramáticamente. Hedor de carroña y muerte se extendió por todo el mundo, aniquilado, barrido por la desolación y el desastre.

Habían sido derrotados los Wístick y los Moraddy.

Y por ese motivo estoy yo aquí, recorriendo los bosques como una rata solitaria.

Gozo con las cosas sencillas, y gozo de ellas a pleno gusto. Cuando encuentro un alimento que le agrada a mi estómago, me siento feliz. Cuando apago mi sed, me siento feliz. Cuando contemplo una hermosa puesta de sol desde la cima de mis montañas, me siento feliz. Hace falta muy poco, cuando uno cuenta con muy poco; y creo que son muy contados los hombres que tuvieran menos que yo.

Un solo detalle me preocupa. Ya comprendo que no importa el que me preocupe o no; pero sigo pensando en ello. Me pregunto cuál de los dos bandos tenía razón... es decir, verdadera razón. ✦

icon estas preciosas
FIGURITAS
jugarán los chicos en 1956!



HERMOSOS DIBUJOS
MUY BRILLANTES
MUCHO COLOR

\$ 1.50
CADA LIBRITO

**colección
laminitas**

SE VENDEN EN LAS BUENAS
LIBRERÍAS Y JUGUETERÍAS

DESPUES de la orgía de alcohol con que ha celebrado su treintavo cumpleaños y su decenio de servicio en el Quinto Ejército, al cabo GARY RUSSELL despierta en una maloliente habitación de hotel barato. Cuanto descubren sus ojos es miserable y sucio. Instintivamente, busca debajo de la almohada su billetera y, al no encontrarla, revisa los bolsillos de sus pantalones que se la devuelven, sí, pero vacía. También le falta toda la ropa: el anónimo ladrón no le ha dejado más que los pantalones. Se los pone y va al lavabo. Abre el grifo, y el agua no sale. Fastidiado, corre hasta el viejo teléfono interno; vocifera sus protestas, pero nadie responde. Se lanza furioso hacia la

planta baja. Al cruzar el pasillo, mira accidentalmente dentro de un cuarto cuya puerta permanece abierta. El estupor lo paraliza: una mujer yace desnuda sobre el lecho, con el cuerpo atravesado por una bayoneta; a su lado hay una maleta forzada y vacía. Entra en el cuarto y percibe con más agudeza el repulsivo olor que antes había notado. Se lanza a bajar a saltos la escalera que lo separa del vestíbulo. Una vez allí, sólo encuentra junto al viejo despacho polvo, un calendario y el mismo angustioso silencio de los pisos. Grita, y nadie le responde. A trancos, sale a la calle, templada por el sol y en la que sólo advierte un perro solitario y un auto estrellado contra un escaparate, con un cadáver junto al volante. En la calle, el olor le parece mu-

cho más fuerte que dentro del hotel. Gary se echa a andar, hirviendo de interrogantes, ansioso de respuestas. A poco, la vía aparece truncada por el cráter de una bomba, en el que un camión se ha precipitado; más allá hay otro cráter. Todo lo circundante (destrucción y escombros) le grita la respuesta única: ¡han bombardeado la ciudad mientras él dormía!

¡Bombas en Illinois! Pero ¿quién? ¿por qué? ¿Y dónde están los sobrevivientes? Las radios de los coches que encuentra no dan sonido alguno. "Han silenciado las radios", deduce. La necesidad lo lleva a proveerse de ropas y comida en los negocios abandonados. Cuanto come está envasado, porque no encuentra nada fresco en buen estado. Toda la tarde recorre la ciudad sin dar

por
**WILSON
TUCKER**

ilustró
ORNAY

la 2ª parte de el clamor del silencio

Un tercio de los Estados Unidos vive arrasado por las bombas atómicas... No hay otra alternativa ni otro porvenir.



con nadie vivo, excepto el perro del comienzo; pero las calles rebosan de cadáveres. ¿Cómo justificarlos, si los hay incluso en calles que no presentan cráteres de bombas? ¿Gas? ¿Bombas atómicas? ¿Bombas de bacterias?

Algo viene quebrar su soledad. El ruido de un escaparate roto le atrae hasta una joyería, y allí tropieza con una muchacha: IRMA SLOANE. Tras violento diálogo, ella, después de confiarle las joyas que ha robado, le cuenta lo que sabe, mientras se aprestan a descansar en otro hotel. Irma dice que el bombardeo tuvo lugar al anochecer y que ella se ha salvado por encontrarse fuera de la ciudad. Al volver, halló su casa deshecha y a su madre muerta. La piel de su madre había adquirido un raro color púrpura.

Antes de que él se duerma, Irma insiste en aclararle a Gary que ella no es tan niña como él supone, sino que tiene diecinueve años...

Al día siguiente, Gary apremia a la muchacha para abandonar la ciudad antes de que el calor descomponga más los cadáveres. Se apresuran a apoderarse de un auto y a equiparlo de víveres y municiones. Se dirigen a Chicago; pues a Gary le urge incorporarse al ejército, dado que hace tiempo que ha concluido su licencia y no quiere pasar por desierto. En Chicago es muy conocido; allí le arreglarían las cosas... Pero no llegan a Chicago. Una enorme hoguera, crepitan-te y roja, consume a la ciudad. Desde el camino de acceso, Gary la ve arder lamiendo el horizonte con sus lenguas de fuego. Es evidente que las ciudades fueron la presa escogida del extraño ataque; por eso en el trayecto han encontrado grupos de emigrantes y granjeros armados y prevenidos contra toda invasión. Pero ¿qué ha sido? ¿Bombas atómicas? El recuerdo de Hiroshima y Nagasaki se hace presente. Chicago ya no puede ayudarle. Gary emprende el regreso hacia el Misisipi.

Lo que hallan en el camino de

regreso convence a Gary de que todo el este está muerto o abandonado. Las demás ciudades del este deben de estar igual que Chicago. Sólo el oeste, que es tan amplio, ofrece salvación...; el oeste, donde seguramente ha de estar el ejército. A lo largo de la travesía advierten por doquiera silencio y hosquedad. Las granjas están abandonadas. Muy pocos agricultores cultivan aún la tierra. Los desconocidos son recibidos con recelo en los pueblos pequeños, y al paso del auto son espiados a distancia por los pocos habitantes. Muchas villas están totalmente vacías. Nadie puede explicar lo sucedido. Gary sólo recibe informaciones de un impresor local, en un pequeño pueblo. El le dice que un enemigo no indentificado ha destruido todas las ciudades mayores; que los escasos sobrevivientes de ellas se han entregado al robo y al saqueo; que muchas ciudades han perecido bajo el bombardeo atómico, pero que en otras la muerte se ha expandido de modo misterioso; un gas, quizás, aniquilando a los habitantes, muchos de los cuales, al intentar huir, han propagado en otros puntos una extraña enfermedad. Gary está ansioso por reincorporarse al ejército. Su informante le dice que lo hallará muy cerca, al otro lado del Misisipi, pero que no podrá pasar a la ribera oeste. Gary e Irma prosiguen su ruta hacia el río. En el trayecto, Irma insiste en no querer separarse de Gary; pero éste solo piensa en el ejército.

Cuando llegan al punto que une ese lado con Iowa, una multitud de automóviles estacionados obstruye el camino, sus pasajeros están de pie, mudos frente a la entrada del puente..., y el puente presenta un enorme boquete en su punto medio. Gary, imperioso, baja del coche, le ordena a la muchacha separarse de él, y le deja el auto, los víveres y las municiones. Pero no puede cruzar; nadie puede cruzar, porque el puente ha sido volado por el ejér-

cito que custodia el lado oeste y no deja que pasen a ese lado los sobrevivientes del este, Gary piensa en cruzar el río por sobre el agua, y encuentra a un botero a quien le exige en préstamo su bote; pero el botero no lo tiene. Antes que Gary, otro soldado quiso cruzar con la embarcación, y a mitad de camino fué ametrallado por los soldados vigías. Gary, desorientado, pregunta el motivo, y el botero le muestra un volante, arrojado por los aviones que bombardearon el puente, en el que las autoridades militares del oeste previenen a la población sobreviviente del este del Misisipi que, debido a los bombardeos atómicos y bacterianos efectuados allí por el enemigo, se ha declarado una estricta cuarentena, y nadie podrá pasar al otro lado hasta que se considere oportuno.

Gary regresa hasta el lugar en que quedaron Irma y el coche; pero la muchacha ya no está: se ha ido con el auto y los víveres. El cabo Russell necesita un coche y ha de tenerlo. Busca en la fila de coches detenidos, hasta dar con uno que tiene la llave puesta. La multitud sigue esperando frente al puente, de espaldas a los autos. Monta en el coche y parte por el camino paralelo al río.

Después de una semana, las proclamas del ejército han cubierto todas las ciudades y caminos inmediatos al Misisipi. La radio ya no continúa muda: algunas emisoras han reanudado sus transmisiones. Es evidente que se considera alejado el peligro de una invasión por tierra, por cuanto la contaminación de la extraña plaga alcanzaría por igual a amigos y enemigos. El hambre y la muerte se han propagado por todo el oeste. Durante esa semana, Gary ha explorado la costa del río, hasta suficiente distancia como para saber que la cuarentena reina en todas partes. Hasta ahora, Gary no ha encontrado a nadie que le dé una explicación congruente de lo acon-

tecido y de esa extraña muerte cianótica que consume a las poblaciones. Por la radio del auto rebado, le llega un rayo de luz. Las autoridades militares informan que el este ha sido atacado con bombas de bacterias y que sólo dos de los gérmenes han sido identificados: son los correspondientes a la peste neumónica y al botulismo; sus efectos son pavorosos, y ello motiva la rigidez de la cuarentena. Pero a Gary no le basta con eso, quiere saber el exacto significado de esos fatídicos términos. Se dirige a Bloomington, hasta la biblioteca pública y, ya en la biblioteca, una enciclopedia le aclara el enigma. Por ella se entera de que el botulismo lo producen las toxinas de un bacilo a través de las vías digestivas, y que bastan cantidades ínfimas para producir efectos desastrosos. También lee que la peste neumónica no es sino una variedad de la peste bubónica que tanto azotó al medievo; que se propaga por contactos mínimos, a veces por el simple aliento; que ataca las vías pulmonares, y que sus efectos son casi siempre funestos, provocando la muerte por asfixia que pone en la piel de sus víctimas el tono cianótico característico. El diccionario le informa también que la guerra con bacterias ya se intentó en el conflicto mundial del catorce, y que se estudia activamente los medios ofensivos de ese tipo de lucha.

Gary siente su pecho inflamarse de odio hacia el desconocido enemigo, que ha pulverizado los gérmenes, infectando el agua y los alimentos, sembrando la muerte y destruyendo a su país. Ahora va a resultar frenética la lucha por la vida. Todo está contaminado. Sólo los alimentos envasados, o los de fuentes donde no cayeron bombas o no fueron contagiados son utilizables. La gente se echará pronto a asaltar los almacenes y depósitos, y la ley del más fuerte será la única que defienda la propia vida. Gary

se echa a la calle, se abastece de víveres en los negocios abandonados y toma el camino hacia Kentucky.

Allí, el puente que cruza el Misisipi está intacto; pero al otro lado, un tanque y una guardia vigilante amenazan al que intente cruzarlo. Sin embargo, Gary se decide; él es soldado; está inmunizado, puesto que aún no se ha contagiado; quiere reincorporarse al ejército... Se adelanta con las insignias de su promoción en la mano, altas, bien visibles. Un tiro es la respuesta.

Desesperado, retoma el camino hacia la ribera este. Allí se acomoda sobre el auto, a meditar y maldecir. Entonces traba amistad con OLIVER, ex maestro de ciencias en una escuela superior, posteriormente incorporado al ejército, y ahora sorprendido como Gary en la zona bombardeada. Deciden unirse, pues la vida resultará menos peligrosa para dos que para uno, y se posesionan de un camión postal al que abastecen de municiones y alimentos y con el que realizan luego dos infructuosos viajes con el objeto de intentar cruzar el mismo puente.

Tres meses después de la catástrofe, el invierno se anuncia fríamente, sorprendiéndolos acampados en la base de unas colinas no muy lejanas al río. Deciden abandonar el lugar y marchar hacia el sur. Poco antes de partir, una muchacha, SALLY, cuya familia ha muerto víctima también de la plaga, se acerca a ellos, en busca de comida: está hambrienta y sola. En el momento de partir, ella sin que se lo pidan se incorpora al viaje de los dos compañeros, y el trío atraviesa Georgia, Alabama, y continúa el recorrido, siempre en dirección al golfo de Méjico. Durante el viaje, Oliver advierte a Sally que la presencia de ella no sería admitida a menos que se allane a la ley que ha unido a los dos camaradas: compartirlo todo por igual. Sally consiente, a pesar de haber evidenciado una natural inclinación hacia Oliver.

El grupo se instala por fin en una cabaña de pescadores, situada sobre una playita de Florida. Allí se disponen a pasar el invierno, confiados en que después se habrá levantado la cuarentena y podrán regresar al oeste. El tiempo pasa casi agradablemente. Los dos hombres se dedican a la pesca, y Sally hace de ama de casa. La playa es un descanso maravilloso después de las fatigas anteriores. Todos hacen sus cálculos sobre qué estará pasando en el norte, cómo habrá reaccionado el oeste, y cuándo podrán ellos volver a la civilización. Oliver es el más pesimista, o tal vez el más sensato. El supone que pasará mucho tiempo antes de que puedan cruzar al otro lado, si es que pueden. El gobierno no tomará seguramente medidas muy severas para evitar que se propague la peste. Es evidente que los que han sobrevivido están inmunizados; pero eso no los libra de ser portadores de los gérmenes, es decir, diseminadores de la muerte. Así no los querrán en el oeste. Los antibióticos conocidos han de poder contra la virulencia y la rapidez con que operan los gérmenes sembrados por el bombardeo. Por eso, sólo la esperanza de que la medicina descubra un remedio sumamente poderoso, una suerte de vacuna ultraeficaz, puede dar margen a que ellas y los demás sobrevivientes vuelvan a un mundo normal después de ser tratados con el nuevo remedio. Pero eso podrá tardar poco o mucho, o no llegar mientras ellos vivan. Y si la medicina no hiciera nada, al gobierno sólo le quedaría el recurso de hacer pruebas de laboratorio, enviando grupos especiales de investigación, a los que se proveería de los trajes herméticos para que no tocaran ni aspiraran nada en sus manipuleos. Después, si la tierra se había renovado de su triste carga, pero los errantes sobrevivientes del desastre tenían aún ayuda de la medicina para dejar de ser portadores de gérmenes, en-

tonces el oeste podría lanzarse a reconstruir el este... previa supresión de todos los seres vivos que obstruyeran su obra.

Gary no quiere darse por vencido. Un recuerdo le incrementa el propósito de volver, y expone la idea a Sally y Oliver. El sabe que bajo de algunos puentes corren cables de acero que unen, tendidos sobre el lecho del río, una orilla con otra... Si uno pudiera conseguir una escafandra, arrastrándose por los cables sería fácil llegar al otro lado. Pero Oliver lo disuade. No es tan sencillo: la costa está permanentemente vigilada; Gary debería vivir ocultándose; los alimentos serían mucho más difícil de conseguir que en el este, y, por otra parte, por donde quiera que fuere iría dejando su rastro: la propagación de la plaga. No, nada conseguiría de ese modo.

El tiempo va pasando, y ellos pierden la noción del tiempo. Cuando suponen es Navidad, Gary le regala a Sally una cadena labrada a mano. Ella no le da nada. La preferencia de Sally por Oliver se ha acentuado cada vez más, y eso crea un leve distanciamiento en la vida del trío. Hasta que, un día, Oliver enfrenta a Gary, diciéndole que Sally espera un hijo y que él desea romper el pacto de compartirlo todo entre los dos. Sally también lo desea y, pese a la ambigüedad de la situación, quiere que el niño por venir no conozca más padre que a Oliver. Gary comprende que tiene que marcharse; que debe dejar el tranquilo refugio de la playa. A los pocos días, se provee de armas, de algunos alimentos envasados que quedaban en el camión, y se aleja con la mochila al hombro, otra vez rumbo al norte. Oliver le pide que en el próximo invierno regrese a visitarlos, a conocer al niño; le pide también que abandone la idea de cruzar el puente por el cable, y le recomienda que se cuide.

Gary se va solo.

GARY escrutó la oscuridad de la ribera y esperó sin emoción el estampido. Sí, decididamente la vieja mujer estaba loca: nunca lograría arrastrarse hasta el otro lado del puente. Las sombras de la noche no podían protegerla; nada podían las sombras frente a las lámparas infrarrojas y los rifles con miras telescópicas de los guardias.

El rifle disparó su metralla en la oscuridad. Adiós, pobre mujer.

Gary se echó de espaldas sobre la tosca tierra y quedó abismado en el cielo cubierto de nubes y sin luna. La noche era caliente y pesada; típica noche de pleno verano junto a la orilla del río, en Illionis. Quizás llovería esa misma noche o al día siguiente. No importaba.

Un ruido lo puso alerta.

Gary se volvió boca abajo, hasta hundir la barbilla en tierra. Lentamente, con mucho cuidado levantó el rifle a la altura de los ojos, procurando apagar con la presión de sus ropas el delator chasquido del seguro, para que al ser corrido no provocara ninguna peligrosa respuesta en el silencio nocturno.

Casi en seguida, distinguió una masa oscura que se movía no lejos de él. La masa fué deslindándose en tres formas precisas, mientras se aproximaba, y Gary distinguió a tres hombres cruzando el campo inmediato. Se movían en la noche con una cautela nacida de la larga práctica; pero traicionaban su presencia a causa de su número. Gary esperó. Ellos no se detuvieron. No hicieron el menor intento de inspeccionar la zona en que él estaba escondido.

Se mantuvo alerta hasta que los hombres se alejaron.

UN hombre, una mujer, o un niño inclusive, sólo podían sobrevivir por su astucia y su carácter. El cambio se

había producido con rapidez en el año que siguió a la calamidad. Por más adentro, por más profundamente maniatado que hubiera estado el instinto natural del hombre, había aflorado rápidamente a la superficie y dominaba en todos los que todavía seguían vivos. Los sentidos se habían vuelto primordiales y a menudo señalaban la línea divisoria entre los que caían y los que quedaban. Cuando viajaba desde el sur, durante la primavera y los comienzos del verano, Gary observó a solitarios saqueadores que en silencio asaltaban las granjas corriendo grandes peligros. Otra vez vió a una cuadrilla de hombres armados quemar una casa hasta los cimientos y llevarse cuanto querían... a costa de la vida de cuatro o cinco de los del grupo.

Gary no tenía rumbo fijo; no lo guiaba nada, fuera de un vago deseo de ver hasta dónde podía remontar el Misisipi encontrando siempre tropas sobre la orilla. Alguien proveniente del norte, con quien tropezó en su viaje, le había dicho que la vigilancia se extendía sin debilitarse hasta el límite con Canadá; pues después que el río terminaba (o más bien que empezaba en uno de los lagos de Minnesota), las tropas patrullaban todas las vías terrestres hasta la frontera. La Guardia Montada del Canadá vigilaba a partir de aquel límite; pero las posibilidades de deslizarse a través de la guardia canadiense eran nulas, porque Estados Unidos había reforzado la vigilancia fronteriza, y las incursiones amistosas hacia el norte estaban prohibidas.

GARY se acomodó sobre el duro suelo y apoyó el rifle en el hueco de su brazo. Tenía la barba tan larga, descuidada y sucia, que le picaba continuamente. Volvió a preguntarse cuándo levantarían la cuarentena. Todavía no había advertido la presencia de grupos de exploración que hubieran cru-

zado al lado infecto del río, para tomar muestras destinadas al análisis, según predicaba el maestro Oliver cuando estaban en la playa. Los pasos sobre el río permanecían clausurados. Nadie cruzaba de un lado al otro. Varias veces había advertido la presencia de algún avión ocasional que sobrevolaba la zona; pero sus ocupantes jamás intentaron establecer comunicaciones con la gente como él, que esperaba abajo. Supuso que eran sólo vuelos de reconocimiento, destinados a fotografiar ciudades y tal vez, también, a la gente que estaba al descubierto, observando el paso del avión.

Sí, había transcurrido un año entero, y aún más quizás.

El maldito comando era el responsable.

CAPÍTULO 7

GARY esperaba mientras chorros de sudor le corrían por el cuello. Sabía lo cerca que estaba de aquellos hombres, y se sentía muy intranquilo. Ellos estaban detrás de él; se arrastraban, moviéndose lentamente, aunque sin demostrar audacia ni bravura, dado lo que eran pero acercándose a pesar de ello, porque él estaba solo y ellos eran tres. Gary apretó el rifle entre sus rodillas y esperó, tenso.

—¡No se mueva!

Gary se irguió en un salto de simulada sorpresa, y luego se quedó quieto, esperando que se manifestara el hombre cuya voz lo había conminado. La voz no le resultó en exceso inesperada. Era estridente y nerviosa, pero con cierto dejo de bravata, reforzado por el arma que su poseedor apretaba contra la espalda de Gary. El individuo debía de tener dos compañeros. Sí, seguramente eran tres; Gary no había podido distinguir bien el número a través de los sordos rumores de su lento aproximarse. Había sido un avance afanoso, y

Gary pudo percibirlo con claridad, mientras se mantenía de espaldas, con una nerviosa comezón que lo torturaba.

—¡Tíre ese rifle!

La fustigante voz habló de nuevo. —Y ahora ponte de pie... sin brusquedades.

—No tengo nada —dijo Gary con voz calma.

—¡Silencio! —el tono del bravucón era más evidente ahora que Gary estaba desarmado y en desventaja física frente al trío.

Las manos se alejaron de su cuerpo, y la segunda voz se hizo escuchar.

—No tiene nada, Harry.

—Será mejor que no tengas ocurrencias absurdas —le previno Harry.

—Esa arma... —dijo Gary—. Nunca he visto una igual. ¿Qué es?

—Nada de tu incumbencia —El dueño del arma se acercó hasta un objeto que yacía en el suelo, sin dejar de apuntar a Gary con la escopeta—. ¿Y eso qué es?

—Nada de tu inc... —Gary interrumpió la réplica no bien el arma del otro apuntó a su estómago—. Un equipo de buceo —replicó malhumorado.

—¿De dónde lo sacaste?

Gary vaciló sólo lo suficiente como para imbuir en su interlocutor la sospecha.

—Lo encontré.

—Eres un embustero.

—Bueno... lo saqué de una tienda.

—Échale una ojeada a eso, Sully.

—Está perfectamente, Harry —dijo por todo comentario.

—Extiéndelo ahí —demandó Harry—. Vamos a echarle un vistazo.

—A mí me parece una máscara de gas.

—Es un equipo de buceo —repitió Gary.

—¿En qué pensabas usarlo?

—No sé... Hace poco que lo encontré...

Ellos no le creían.

—¿Dónde —urgió Harry, mientras golpeaba empecinadamente la máscara con su raído zapato—. ¿Qué tipo de tienda tenía semejante utensilio? Con testa y termina con las mentiras.

—¡No estoy mintiendo! Y no lo golpees... Acabarías rompiendo el vidrio que cubre los ojos.

—Haré con ella lo que me de la gana. ¿Te das por enterado? —el matón blandió el arma en amenaza y asestó otra patada a la máscara—. Quien manda aquí, soy yo. ¿Qué tipo de comercio era?

—Uno que queda allá, en la ciudad —dijo Gary, con mal humor, mientras señalaba imprecisamente a sus espaldas—. Era el negocio de un barquero. Allí se vendían repuestos para botes y cosas de ese tipo. En el escarpate estaba esto. De ahí lo saqué yo.

—¡Ah!, ¿sí? Tú lo que esperabas eran gases venenosos, me imagino. Pero suponiendo que fuera un equipo de buceo, ¿para qué te iba a servir?

—No sé... —dijo Gary, con cautela—. Ellos lo usan para descender a las embarcaciones que han naufragado.

—A mí me sigue pareciendo una máscara para gases... —Harry espió a Gary, con recelo, erizándose de sospechas e incredulidad—. ¿Acaso ibas a investigar alguna embarcación sumergida?

—Por supuesto que no. Simplemente lo traje conmigo; eso es todo.

—Eres un embustero —repitió Harry.

UNO de los otros se acercó hasta él.

—Harry...

—¿Qué?

—Ya sé... ya sé qué es lo que este quería hacer.

—Bueno, ¿qué quería?

—Pensaba ponerse esto y nadar hasta el otro lado.

El jefe le arrojó a Gary una mirada

llena de asombro y luego se volvió a su camarada. Después, sopesó la caja metálica.

—No es posible —declaró—. Ellos lo verían pasar.

—¡Por debajo del agua, Harry, por debajo del agua! —Sully brincaba junto al equipo, en su agitación por evidenciar la importancia de su descubrimiento. Palmeó la caja, con violencia—. En esta caja hay aire... , tú sabes: ese chisme que produce aire condensado... ¿Cómo se llama? ¡Te digo que éste pensaba nadar por debajo del agua y cruzar el río!

—¡Maldito sea yo!... —dijo lentamente—. ¿Cómo no se me ocurrió a mí pensarlo antes?

—Eso es mío —dijo Gary con rapidez para retornar la conversación al asunto principal—. Tú no puedes llevártelo.

—Puedo tomar cuanta maldita cosa se me antoje. ¿Está claro? Pregúntale a estos dos quién es el jefe aquí —avanzó hacia Gary, para apretarle la boca del arma contra la cintura—. Así que me mentiste, ¿no? Pretendías cruzar el río y no querías decírmelo, ¿eh? Tengo grandes tentaciones de apretar el gatillo.

Gary dijo apresuradamente.

—Podemos hacer un cambio, Harry. Esa arma que tú tienes me interesa. Tal vez lleguemos a un acuerdo.

—No vamos a pactar ningún acuerdo. Yo me quedo con el arma ¡y con la máscara! —el bravucón retrocedió unos pasos—. Sully, ven aquí.

El hombrecillo se colocó a su lado.

—Sí, Harry.

—Ponte eso.

—¿Yo?... Sully estaba horrorizado—. Pero, Harry, ¡yo no sé nadar!

—¿Y quién ha dicho que tú vas a nadar? —vociferó Harry—. Te digo que te pongas eso. Tenemos que probarlo, ¿no es cierto?

Sully manipuló infructuosamente con la máscara.

—No sé cómo, Harry, no sé cómo... No me gusta esto.

—El te enseñará —concluyó Harry, terminante, mientras movía el arma para apuntar directamente a Gary—. Vamos, ponle eso... Y te aconsejo ha-

cerlo sin equivocaciones.

—Ya lo he preparado. Está respirando.

Harry observó a Sully unos momentos.

—Está bien. Ahora vamos al río.

El grupo se detuvo a la orilla del agua. El río no era muy ancho en esa parte. Gary arrojó una mirada a la ribera de Minnesota, pero no vio ningún centinela que estuviera patrullando. En realidad, los cuatro podían es-



conderse bien en la oscuridad de la noche.

—Zambúllate en el agua —ordenó Harry.

Sully lo miró fijamente a través de los redondos ojos de vidrio.

—¡Te he dicho que te zambullas!

El hombre dió un empujón a Sully, por la espalda, y éste cayó de bruces sobre el agua; la barrosa superficie casi cubría su cuerpo. Harry plantó entonces su pesado pie sobre la espalda del caído y lo empujó al fondo, manteniéndolo bajo el agua durante largos minutos.

A un costado de la escena, Gary aguardaba impaciente, observando alternativamente al hombre que se agitaba desesperado bajo el agua y a la negrura que se extendía tras ellos.

Harry se agachó y tomó a Sully por un brazo, sacándolo del agua de un tirón. Rápidamente lo despojó de la máscara y examinó su interior, observando en seguida el congestionado rostro del hombre.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Totalmente mojado y totalmente miserable, Sully se quejó:

—No puedo nadar; te dije que no puedo nadar... ¡Tú querías ahogarme!

Harry proyectó un puño ante la cara de Sully.

—¡Cállate, condenado! No pretendía ahogarte, necio. ¿Tienes la cara mojada? No, ¿verdad?

Sully se llevó sorprendido a la cara las manos que todavía chorreaban agua.

—Yo... no.

—Está bien. ¿Y respiraste todo el tiempo?

—Me parece que sí.

—Bueno, entonces este artefacto marcha, y puedes nadar bajo el agua con él.

—¡Ah, no! Yo no puedo nadar. ¡No vas a hacerme nadar bajo el agua, Harry! Te digo que no vas a hacerme...

—Sully dió un salto alejándose.

—Cállate. Nadie dice que lo hagas

—Harry dió media vuelta para observar al cabo con solapada intención—. Te creíste muy zorro, ¿no? Pensaste que valías más que cualquiera de nosotros, ¿eh? Se te ocurrió que podrías escurrirte bajo el agua y abandonar aquí a los demás aguantando la carga. ¡Bueno, bueno! Pero resulta que no eres tan listo como el viejo Harry, y da la casualidad de que eres *tú* quien va a ser abandonado. Te voy a quitar tu fantástica máscara, y no podrás hallar ninguna en otra parte.

—Harry... ¿no irás a dejarnos aquí...? —insinuó Sully.

El bravucón lo miró con desprecio.

—¿Y qué supones tú? ¿Acaso tengo que servirte de niñera toda la vida?

—Pero, Harry... ¿que va a ser de nosotros? —preguntó Sully implorante.

—Me importa un bleo —Harry se acercó al hombrecito—. Quitate ese artefacto.

Arrancó de un tirón las correas, con ruda energía, pasándolas por sobre la cabeza de Sully, y desabrochó el cinturón del que pendía el equipo respiratorio. Sully hacía lo posible por ayudarlo, satisfecho de desembarazarse del aparato. Entonces fué cuando Harry se dió de cabeza contra el primer inconveniente. Estaba allí, parado, con un pie dentro del agua, la máscara en una mano y el rifle en la otra, fuertemente apretado. Pero necesitaba ambas manos para calarse la máscara.

Gary sonrió con sarcasmo, al observar su dificultad.

El impaciente Harry vaciló por largos minutos, haciendo cálculos sobre la situación. Por fin decidió en quien debía poner su confianza. Extendió un significativo dedo hacia el silencioso compañero que permanecía parado en la orilla.

—Ven aquí.

El hombre se acercó.

—Ten el arma —dijo Harry tendiéndosela—, y no la desvíes de ese engrudo. Al primer movimiento que haga, lo quemas.

Nerviosamente, el tercero del grupo dirigió el cañón del rifle hacia Gary.

Ya con ambas manos libres, Harry se colocó rápidamente la máscara sobre la cara y se retorció para lograr ajustarse las cortas correas a los hombros. Se puso el cinturón en la cintura, apretándolo, y empleó todavía un momento en controlar su propia respiración y asegurarse de que el aparato funcionaba. Entonces, reasumiendo su anterior aire de matón, golpeó brutalmente el hombro del compañero que sujetaba el rifle, y, con toda rapidez, se zambulló en el agua.

Sully avanzó unos pasos detrás de él.

—¡Harry!...

HARRY se enfrentó con su segundo problema, definitivo e inmediato. Nadó unos pocos metros bajo el agua y se detuvo para respirar, in habituado a la práctica del buceo. Al poco afloró de golpe a la superficie y se encontró flotando lentamente corriente abajo. Giró para colocarse contra la corriente, aspiró profundamente y se sumergió de nuevo. Esta vez avanzó unos metros más, antes de reaparecer sobre el agua; pero ya esta segunda aparición fué voluntaria y no inconsciente: salió para observar hacia dónde iba, porque no podía ver nada bajo el agua. Cuando su cabeza emergió a la superficie, se halló mirando de frente a los tres que esperaban en la orilla. Ardiendo en una impotente furia, dejó de nadar y en seguida se hundió otra vez.

Gary estalló en carcajadas.

—¡Qué nadador más desgraciado! ¡Pobre Harry!

—¿Qué es lo que encuentras tan gracioso, tú que eres tan listo?

—Tú eres el gracioso —contestó Ga-

ry—. Ya puedes pensar en devolverme mi equipo. Jamás lograrás cruzar...

—¡Sería un idiota si lo hiciera! Tal vez estés imaginándote que tú podrías cruzar este maldito río.

—Sí... yo podría: puedo bucear con bastante facilidad.

—Bueno, no te preocupes; de todos modos no vas a tener ninguna probabilidad de probarlo. No, no lo harás; *con este equipo*, no lo harás. —Harry se acercó a los demás y se apoderó nuevamente del arma—. Vamos, apartémonos de aquí. Puede encontrarnos cualquiera en este lugar.

Gary, ya tranquilizado, se encaminó hacia la seguridad un poco más firme que ofrecía el campo. Hasta ese momento había temido que el viejo tonto de Harry no advirtiera nunca el peligro en que se encontraban. Habiendo estado junto al orilla tanto tiempo, se habían expuesto inutilmente, ofreciendo un blanco demasiado tentador para cualquier centinela curioso que investigara desde el lado opuesto, y también para cualquier vagabundo miserable que rondara cerca de ellos. Gary sabía que no podía confiarse en el andrajoso Harry para que pensara con suficiente rapidez o disparara con energía, en el caso de que alguien los sorprendiese. Si el hombre fuera sorprendido por alguien o por algo en medio de la noche, lo más probable sería que huyera en cualquier dirección y se desentendiera de la seguridad de sus compañeros. Los cuatro hombres caminaron sobre el barro, alejándose del río.

Aquel rifle era un arma poderosa, de alcance mortal. Gary lo necesitaba.

SI bien Harry no había descubierto de primera intención la forma adecuada de cruzar el río, no cabía dudar que haría nuevos esfuerzos.

En efecto, dos veces más, en aquella noche de septiembre, intentó alcanzar

la orilla de Minnesota. En su segundo intento tuvo un éxito bastante espectacular.

—Harry... escúchame. Has estado corriendo y dando vueltas como un tonto, todo el día; has hecho escándalo suficiente como para poner en actividad a todos los soldados que están al otro lado del río, y para llamar la atención de todos los rateros que pululan por éste. Si no fueras un tonto empecinado, te habrías dado cuenta, hace horas, de que yo estoy tan imposibilitado como tú mismo para cruzar por debajo del agua esa corriente. Ahora piensa unos segundos en lo que te estoy diciendo.

Harry era incapaz de detenerse a pensar en nada.

—Y con eso qué? —preguntó de inmediato en débil desafío.

—Con eso nada... excepto que yo sé como cruzar al otro lado sin luchar contra el río y sin hacer semejante ruido. Si esta tarde te hubieras esperado a observar lo que yo hacía, en vez de echarte encima de mí y apresarme, habrías visto de qué manera podía yo llegar al otro lado. Y ahora... ¿te niegas todavía a hacer el cambio?

—¿El cambio de qué? —masculló Harry, casi convencido.

—Quiero el arma. Dámela y te diré cómo llegar a la otra orilla.

—¿Cómo? —gruñó Harry.

—Dame el rifle —insistió Gary, con toda calma.

—¡Vamos! ¿No sería yo un grandísimo idiota si te diera el arma precisamente ahora? Me arrebatarías la máscara y te escaparías.

—Yo quiero el arma... Es un buen rifle. Puedo volver mañana al mismo comercio y proveerme de otra máscara.

—No insistas. No puedo confiar en ti hasta ese extremo —apretó fuertemente contra sí el rifle, motivo de la discusión—. No te lo daré hasta que me enseñes el modo de llegar al otro lado.

—Entonces, permite que lo tenga uno de tus compañeros. ¡Maldita sea! No podemos estar aquí sentados, cambiando argumentos toda la noche. Deja que cualquiera de ellos lo tenga hasta que tú regreses si es que lo que yo te digo es un engaño; pero si es cierto, si logras pasar, si no estás de regreso para el amanecer... entonces el arma es mía. Esa es mi oferta. Di sí o no.

Harry la aceptó después de un adecuado examen del ardid o la mentira que pudiera haber en ella. Poco podía él ofrecer para alterar los términos del contrato, por cuanto alcanzar la otra orilla era la única esperanza, la única ambición que le quedaba en la vida, su constante y solo objetivo diario, además

¡Por fin!

EN un futuro próximo el torno ya no provocará el terror de los pacientes del dentista. Se ha inventado un aparato que lo reemplaza, excavando el diente por medio de un chorro de polvo de óxido de aluminio proyectado a 600 metros por segundo. De esta manera desaparecen las cuatro causas del dolor que produce el torno: no hay presión sobre el diente, ni calentamiento, vibración o ruido.

de la búsqueda del alimento que le permitiera mantenerse vivo. Lo que le sucediera a sus compañeros y al rifle, una vez que él hubiera alcanzado la otra orilla, era algo que le tenía sin cuidado; de modo que... ¡al demonio con todo!

—Está bien —farfulló—. Habla de una vez.

—Deja el rifle —insistió Gary, nuevamente.

Harry se lo entregó al silencioso compañero.

—Si no vuelvo, dáselo por la mañana, Jonesy. Y ahora, venga, habla... No puedo esperar toda la noche.

Gary le explicó entonces lo de los cables tendidos que corrían de una orilla a la otra del Misisipi.

—¿Y tú cómo sabes que los cables están allí? —demandó Harry con excitación.

—Porque yo mismo ayudé a colocarlos —mintió Gary—. Yo estaba trabajando con la cuadrilla de la Western Unión. Los cables están allí; estoy seguro. Los pusimos ocho o diez años atrás. Sólo necesitas buscar el rótulo indicador...

Harry se alejó excitado como un sabueso sobre la pista.

Gary esperó hasta que el último paso apresurado se extinguió en el silencio de la distancia. Entonces dijo:

—Bueno, Jonesy, ahora me darás el arma.

El silencioso hombre se la tendió sin decir nada.

HABIA pasado más de una hora, desde que el sobreexcitado Harry desapareciera de la vista de todos, cuando Jonesy tomó por vez primera la palabra.

—¡Eh... oye! ¡Tú!...

—¿Qué quieres?

—Me gustaría hablar contigo, si lo permites.

—Ya estás hablando.

—Mira, muchacho; tú a mí no me embaucas. Al pobre Harry, sí, pero a mí, no.

—El pobre Harry es un tonto rematado —replicó Gary, tendiéndose de largo a largo en el suelo, boca abajo, con la barbilla hundida en el barro, y el codiciado rifle apretado entre ambos brazos; los sentidos totalmente alertas; ojos y oídos atentos hacia el río—. ¿Y entonces? —agregó.

—He estado observándote, claro está, desde que nos echamos sobre ti. Has estado en el ejército... o en la marina quizá, ¿no es cierto? Pudiste haber saltado sobre Harry una docena de veces a lo largo del día; hubo muchas oportunidades. Y en cuanto a mí, pudiste despojarme del arma en cualquier momento. Pero no lo hiciste. Con toda deliberación has estado reprimiéndote. ¿Por qué?

—Porque necesitaba a Harry... o a cualquiera... para probar el paso del río —contestó el cabo.

—Entiendo —dijo Jonesy, por todo comentario.

—Esta arma —dijo Gary, luego de un rato—. ¿dónde la conseguiste?

—En mi negocio.

—¿Tu negocio?

—Sí: una casa de buenos artículos de deporte en la que yo trabajaba antes de... del desastre. Está cerca de aquí. Harry quería un buen rifle, y yo le elegí éste.

—¿Dónde está el tuyo?

—Yo no tengo ninguno... Harry no lo habría permitido. Por otra parte, jamás he disparado un arma en mi vida.

A poca distancia de ellos, el viejo flaco yacía desentendido de cuanto le rodeaba.

Gary preguntó con fastidio:

—¿Y a ese que le pasa?

—Está asustado, solo y perdido. Es el padre de Harry. Supongo que tendré que hacerme cargo de él, si Harry no regresa.

Gary hizo correr sus dedos sobre el cargador del rifle, palpándolo con las yemas.

—Me gustaría hacerte otra pregunta.

—¿Qué?

—Esta tarde, cuando te encontramos sentado ahí, en el suelo, ocupado con el aparato de buceo... ¿tú sabías que nosotros nos acercábamos a ti por la espalda?

—Los había oído aproximarse desde mil metros de distancia.

—Eso pensé yo; aunque actuaste como si hubieras sido tomado por sorpresa —comentó Jonesy, y en esto se detuvo alarmado, al ver que el cielo nocturno se iluminaba con ignea incandescencia blanca y radiante, alrededor de ellos, destacando en sus rostros azorados hondísima emoción—. ¡Buen Dios! ¿Qué es eso? —murmuró incorporándose.

GARY se aplastó contra el suelo y se quedó inmóvil, escudriñando alrededor con los ojos entornados por el deslumbramiento. Jonesy y el viejo Sully miraron también estupefactos, la brillante luz que cubría el cielo.

—¡Tírense al suelo, estúpidos! —resalló Gary.

La oscuridad se había convertido de repente en luz y ruido.

Sonó el estampido de un rifle en la otra margen del río, a unos quinientos metros al sur de donde ellos se encontraban. Al instante, una ametralladora comenzó a astillar la noche, con su rápido tableteo; otra más la siguió en seguida. Gary prestó atención a las armas, reconociendo sus marcas y calibres como a viejos amigos. Sobrevino una ráfaga de silbidos, y el fuego cesó. Al iniciarse el silencio, un rifle retrasado habló por última vez. Lentamente, la luz suspendida sobre sus cabezas fué esfumándose en el cielo, y la noche recobró su imperio de tinieblas.

—¿Qué ha sido eso? —demandó nue-

vamente Jonesy, con voz asustada y temblorosa.

El más viejo se había apretujado junto a él.

—Eso fué tu amigo Harry —contestó el cabo—. Por lo visto, llegó hasta el otro lado.

—¡Lo... lo han matado!...

—Seguro. Esos hombres no tiraban contra los peces.

—Pero ¿qué fué ese enorme resplandor?

—Lámpara de magnesio... Harry tropezó con un alambre de alarma, conectado a la lámpara, y la hizo estallar. Si es como yo supongo, eso significa que tienen toda la ribera cercada de alambres defensivos. Lo tendré en cuenta —Gary se acomodó hundiéndose un poco en el suelo, movió el arma para colocarla en una posición más confortable, y se dispuso a dormir un rato—. Sí, señor... El pobre Harry... al fin cruzó el río. Yo no pienso que le esperaba eso.

ANTES del amanecer, Gary ya estaba despierto y en pie; no quería que lo tomaran desprevenido, durmiendo a campo raso y a plena luz del día. De la valija del trío robó cuantas balas había para el rifle y sacó también una caja de fósforos que encontró allí. Sus dos accidentales compañeros dormían todavía, apretujados uno al otro, en procura de calor. Gary los contempló por un momento y, con rápida decisión, se agachó para colocar su propio revólver cerca de la mano del viejo Sully. En la fría y serena oscuridad, abandonó el lugar, dejando tras sí a los hombres que dormían.

El aire parecía escarcha.

CAPÍTULO 8

EL invierno llegó adelantado, antes de transcurrida una semana de la muerte de Harry; se presentó de noche, cruda e inesperadamente, con un cor-

tante viento helado que se abalanzó desde las llanuras canadienses sobre los estados centrales y del noroeste, haciéndolo descender muchos grados el termómetro en una sola noche, depositando un manto de hielo sobre los quietos lagos y las charcas estancadas. La nieve comenzó a caer antes del amanecer.

Gary se cobijó en el asiento trasero de un automóvil abandonado, y se maldijo a sí mismo por haberse quedado tanto tiempo en el norte. Debía haber obrado con inteligencia; debió haber empezado su migración hacia el sur tan pronto como experimentó el primer frío precursor. Había sido un tonto permaneciendo allí.

El estampido de un arma de fuego le hizo caer de rodillas sobre el suelo del auto. Inmediatamente se puso a escudriñar el exterior, a través de una de las sucias ventanillas posteriores.

Vió una figura que corría hacia donde él estaba, aproximándose al viejo automóvil, una pequeña figura que titubeaba y tropezaba mientras corría.

El cabo aguzó los ojos y esperó con el dedo tenso sobre el gatillo. Había oído el chillido de una criatura... de una niña.

Jadeante, con roncros y ásperos gemidos de su seca garganta, la criatura llegó hasta el coche y se arrojó a través de la abierta portezuela, cayendo de bruces en el suelo. Gary se apresuró a cerrar la puerta, en cuanto entró la niña. La pequeña giró sobre sí misma con rapidez; vió a Gary; chilló entonces de nuevo y comenzó a llorar con entrecortado aliento. Tenía los ojos dilatados por el miedo. Parecía de diez o doce años.

—Cállate —le ordenó Gary, ásperamente—. No voy a hacerte daño.

La puerta trasera fué abierta de golpe y la criatura gritó desesperada otra vez más, mientras se arrinconaba frenéticamente en el extremo opuesto.

—¡La agarré! ... ¡Aquí está la...!

Silenciosamente, Gary elevó el cañón del rifle hasta la abierta boca del hombre, y disparó. El tiro separó la cabeza de los hombros, como si hubiera sido cortada por un cuchillo mellado. Sin pausa alguna, sin desperdiciar movimientos, Gary se incorporó sobre sus rodillas, sacó el humeante cañón a través de la puerta abierta y disparó de nuevo. El tiro hirió en la cintura al hombre que corría, dividiéndolo en dos. Mientras caía sobre la nieve, Gary le descargó un segundo balazo en el tórax. Entonces, con fría calma escudriñó los alrededores para precaverse de otros posibles perseguidores. Como no vió a nadie, se reclinó sobre el asiento. Con el pie arrojó fuera del auto la degollada cabeza, cerró la puerta y subió por último los vidrios de las ventanas.

La niña estaba todavía en el rincón, cubriéndose el rostro con las manos. Su llanto era escandaloso, desenfrenado. Gary no sabía qué hacer para que callara. Era muy pequeña para abofetearla o ponerle una mordaza.

PASÓ más de media hora hasta que pudo calmarla y persuadirla de que él no intentaba hacerle daño alguno, hasta que pudo acallar su llanto y decidirla a escucharlo, a conversar con él. Su historia resultaba incoordinada y no siempre sensata; además, era continuamente interrumpida por accesos de nervios y espasmódicos sollozos. Mientras la escuchaba, Gary vigilaba el camino y los campos cercanos.

Ella dijo que se llamaba Sandra Hoffman; familiarmente, Sandy. Tenía doce años y vivía con sus dos hermanos y sus padres en una granja que había "por allí". Gary no pudo recordar ninguna granja que quedara en las cercanías y adivinó que la niña se había alejado bastante de su casa. Era mañana, poco después del amanecer, ella y su hermano mayor, Leo, de casi

quince años de edad, habían salido a cazar conejos. Sandy le aseguró que, en las tempranas horas de la mañana en que caía la primera nevada, siempre se encontraban muy buenos conejos. Su padre les había prevenido que no se alejaran demasiado, que permanecieran cerca de la finca; pero nadie había previsto que hubiera realmente ningún peligro... Había habido un gran despliegue de asaltos en la vecindad, pero se trataba de simples rateros, deseosos sólo de conseguir alimentos y ropas y de escapar después de la fechoría. Ninguno era amigo de la lucha cuerpo a cuerpo, a menos que los sorprendieran in fraganti. Seguramente ella y Leo se habían alejado de la granja mucho más de lo que se imaginaron. No habían encontrado ningún conejo.

Leo se hallaba delante de ella, concentrado en un matorral que parecía muy adecuado para ocultar conejos, cuando los dos hombre les saltaron encima. Los hombres estaban escondidos en el mismo matorral y, cuando ellos se aproximaron, los encañonaron con las armas. Leo llevaba un rifle, calibre 22, y disparó contra ellos sin vacilar, probablemente urgido por miedo más que por coraje; pero erró sus tiros. Uno de los hombres disparó contra Leo, y éste cayó.

Ella, Sandy, corrió huyendo de los hombres y se mantuvo oculta entre los árboles durante mucho tiempo... horas y horas... hasta que los oyó, nuevamente lanzados a perseguirla. Ella estuvo dando vueltas alrededor del mismo punto, tratando de ser silenciosa; pero, al final, los hombres llegaron a descubrirla. Entonces se echó a correr por la carretera cubierta de nieve, hasta que descubrió el automóvil. Los hombres la siguieron, disparándole, pero no lograron herirla. Y ahora...

—Lo primero que debemos hacer dijo a la niña— es regresar y encon-

trar a Leo. Luego, buscaremos tu casa y la encontraremos.

—¡Pero yo no sé donde está! —gimoteó Sandy.

Gary levantó una mano para tirar suavemente del gorro de lana que Sandy tenía ladeado sobre su cabeza.

—¡Oh, eso no va a ser difícil para mí! Todo lo que tenemos que hacer es recorrer hacia atrás tu propio camino. Oye... , apuesto a que tú no sabes que yo era explorador cuando estaba en el ejército.

Ella lo miró con ojos redondos de admiración.

—¿De veras eras explorador?

—Sí. Solía seguir la pista de todos los alemanes que estaban cerca.

—¿Y seguías a los japoneses también?

Gary le sonrió y asintió con el gesto.

—A los japoneses también. Les seguía la pista a todos. Y ahora empezamos a andar... Tu padre debe de estar preocupado por tu ausencia—. Gary abrió la puerta por el lado opuesto al lugar en que estaban los cuerpos de los dos hombres. La ayudó a salir del coche, y juntos emprendieron la marcha a lo largo del tortuoso rastro que Sandy había dejado en su precipitada huida.

—Tú espérame aquí —le dijo a Sandy.

—Voy a traer a Leo.

Ella se recostó contra un árbol helado y lo miró alejarse.

—¿Está... muerto?

—Sí. Vamos a llevarlo a casa.

Los labios de Sandy temblaban. Gary vio que la muchacha había estado llorando mientras lo esperaba.

—Estoy perdida... No sé donde está mi casa.

—¡Termina con eso! ¿No te he dicho que yo he sido explorador? Explorador de primera clase.

—Sí...

—Bueno, entonces, Sandy, confía en

mí. ¿Cómo es tu casa? ¿Tiene algún granero grande?, ¿un silo alto?, ¿algo que se pueda reconocer desde lejos?

—Sí, claro que tenemos.

Sandy intentaba con esfuerzo apartar los ojos del bulto que colgaba por la espalda de Gary.

—Entonces, oye lo que vamos a hacer. ¿Ves esa colina alta con dos pi-

nos?... Vamos hasta arriba. Tú puedes treparte a uno de los árboles, para ver mejor. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —Ella echó a andar detrás de él.

¡DETENGASE! ¡No dé un paso más! —ordenó Hoffman fríamente.



—Ponga en el suelo al muchacho —dijo Hoffman—; y la escopeta también.

Gary cumplió la orden y además retrocedió unos pasos.

Hoffman era un hombre de edad mediana, de cara roja y tez curtida por los rigores del tiempo, a causa de su oficio. Tenía ojos claros y agudos, precavidos y desconfiados.

Se aproximó al cuerpo y cayó sobre las rodillas, manteniendo a Gary encañonado con el arma.

—Tenga cuidado —dijo Gary, entonces—. Algo le ha pasado a su hijo...

Hoffman le arrojó una mirada de furia.

—¿Qué quiere usted decir?

—Yo no lo encontré hasta que fué demasiado tarde: hasta que Sandy me condujo hacia él. Cuando lo desenvuelva, usted mismo comprenderá lo que quiero decir...

Pero tenga cuidado. No deje que su esposa lo vea.

Intrigado, pero todavía bramando de furia, el granjero cambió su posición, para ocultar con su cuerpo la visual de su esposa y los niños, y con mano trémula sacó de un tirón el abrigo que cubría el cuerpo de su hijo. Se quedó contemplando la pálida faz inanimada, y luego, lentamente, sus ojos recorrieron el cuerpo del muchacho.

—¡Dios Todopoderoso! —clamó, y quiso formular una pregunta; pero los labios se negaron a emitirla.

El sabía de antemano la respuesta.

Por fin habló: —¿Quién hizo esto?

—Una pareja de malvados —contestó Gary, sin emoción—. Iban persiguiendo a la niña cuando yo acabé con ellos.

Las lágrimas temblaron en los ojos del hombre.

—¡Que Dios me dé fuerzas cuando pueda poner sobre ellos mis manos!

—Nada hay ya que pueda usted ha-

cerles. Le he dicho que yo los exterminé.

—¿Usted?

Gary señaló hacia el cañón de su rifle.

—Con eso.

El granjero clavó en Gary la mirada, aunque sin verlo realmente; luego, arrojó cuidadosamente las prendas alrededor del cadáver y lo alzó en vilo.

—Traiga sus armas —le dijo a Gary y le dió la espalda—. Vamos adentro de la casa.

Gary lo siguió.

Hoffman llevó al cuerpo hasta el dormitorio interno. Toda la familia siguió tras de sus pasos. Abandonado por los demás, Gary echó una ojeada al cuarto en que se encontraba, y se sentó. Recordando antiguos principios, se descubrió quitándose la raída gorra. La habitación parecía una mezcla de sala y comedor y daba directamente sobre la cocina de la casa, en la que algo se estaba cocinando; algo que hervía y borboteaba proyectando hasta él un tentador aroma que excitaba su hambre. Se le hizo agua la boca. Con gran dificultad se mantuvo sentado en la silla; pero sus ojos buscaban la cocina y la olla que hervía en un rincón.

Hoffman caminaba hacia él, con la mano tendida. Gary se levantó y la estrechó con la suya.

—Me es imposible encontrar las palabras convenientes para darle las gracias.

—No hace falta —le contestó Gary—. Cualquier hombre decente habría hecho exactamente lo mismo.

—Pero ninguno lo hizo —insistió Hoffman—. Usted, sí.

—Sucedió simplemente que yo me encontraba cerca —contestó Gary, con lentitud, casi con embarazo—. La niña llegó corriendo hasta donde yo estaba...

—Gary soltó la mano del granjero y tomó asiento cuando el hombre se sentó. Se produjo un vacío de extraño silen-

cio—. Si a usted le da lo mismo, me marchó. Nada más puedo hacer por ustedes, creo.

—¿Se marcha? —Hoffman lo contempló con asombro—. ¡Por Dios que no se irá! ¡No puedo permitir que se vaya de aquí de ese modo, después de lo que ha hecho por mí! Tengo una deuda con usted, que nunca podré saldar.

—Usted no me debe nada —le contestó Gary, mientras dirigía sus ojos hacia la cocina—. Yo no aceptaría ningún pago.

El granjero lo estaba contemplando con fijeza.

—¡Tiene hambre! —dijo con repentino asombro—. ¡Demonio! Debí haber pensado en eso hace rato —saltó de la silla y tomó a Gary del brazo, empujándolo hacia la cocina—. Vamos, venga acá. ¡Puede comer hasta hartarse! —El granjero quitó con brusquedad la tapa de la olla hirviente—. Dios sabe bien que ya poco nos queda en este mundo enloquecido; pero comida sí tenemos. Sírvese lo que quiera.

Al caer la tarde, Gary acompañó a Hoffman cuando éste llevó el cadáver de su hijo hasta una nevada colina para enterrarlo. Se ofreció a ayudarlo, pero fué cortésmente rechazado. Entonces dijo al granjero que lo acompañaría de todos modos, para vigilar... Alguién debía mantener los ojos abiertos, ya que se alejaban tanto de la granja.

A la mañana siguiente se planteó el tema.

Hoffman lo sacó a relucir durante el desayuno.

—Me ha dicho Sandy que usted es soldado. ¿Estaba en el ejército?

—Estaba... sí. Estaba incorporado al Quinto Ejército, en Chicago, antes del bombardeo. Pero no me dejaron cruzar al otro lado para juntarme con mi destacamento.

—Esos condenados no dejan a nadie cruzar el río. Se de dos que lo intentaron... —hizo una pausa larga—. ¿Usted tiene buena puntería?

—Sí —contestó Gary, con franqueza—. Soy muy certero. ¿Por qué?

—Quiero ofrecerle un trabajo... No me olvido de la deuda que tenemos con usted.

Gary le sonrió con cansancio.

—Señor Hoffman, ya le he dicho que no me deben nada. Y en cuanto a tener un trabajo... nunca en mi vida he trabajado en una granja. Ni siquiera soy capaz de ordeñar una vaca.

—No se trata de eso: nosotros podemos realizar esas tareas. Será difícil desenvolverse sin Leo en el próximo verano; pero de algún modo nos arreglaremos. Su trabajo consistiría en montar guardia.

—¿Cómo? Gary dejó de comer.

Ser nuestro vigía, nuestro guardián. ¿Cómo llaman a eso en el ejército?... Centinela. Un día sí y otro no, hemos tenido ladrones por los alrededores. Han estado robándonos con engaños, y yo no puedo recorrer todo el lugar y estar al mismo tiempo persiguiéndolos. En eso consistiría su trabajo: en alejar los ladrones de esta granja.

—Bueno... no se realmente qué decirle. Yo había pensado en llegar al sur para el invierno...

—Yo no puedo pagarle nada —continuó Hoffman—. Por lo menos no puedo pagarle en monedas: no nos ha quedado nada. De todos modos, usted no podría gustarlo tampoco. Pero sí puedo ofrecerle una buena casa y la mejor comida que existe en esta región. ¡Mi esposa es excelente cocinera!

Gary echó una ojeada a la mujer y luego a los dos chicos.

—Sinceramente me gustaría quedarme, señor Hoffman, pero...

—Por favor, yo quiero —interrumpió Sandy.

Gary miró un poco más abajo, hacia

un lado de la mesa, y se encontró con la tímida sonrisa de la niña, y una suplicante invitación en su mirada.

—¿De veras quieres que me quede, Sandy?

Ella asintió con vehemencia.

—Te quedarás, ¿no es cierto?

—Pero... Gary se mesó la tosca barba simulando que consideraba el problema. Por último, volvió su mirada hacia Hoffman—. Está bien. De acuerdo... hasta la primavera, al menos.

—¡Qué suerte! Créame que nos satisface su decisión... a todos nosotros. Ahora, siga comiendo. Tiene que recuperar el peso perdido.

—¿Puede prestarme una navaja de afeitar? —preguntó Gary—. Y si tiene a mano unas tijeras, me gustaría recortarme un poco el pelo.

Esa misma mañana, algo más tarde, mientras contemplaba en un espejo su imagen pálida, nuevamente rasurada, le hizo un guiño al reflejado rostro, diciéndole:

—Estás muy pulcro, cabo Gary— y la imagen asintió con el gesto.

GARY estudió el terreno que rodeaba las distintas dependencias de la granja. De inmediato advirtió cuál era el punto vulnerable en las defensas de la misma. Por detrás del granero, el suelo iniciaba un brusco declive de incultos pastos, que descendía hasta una helada laguna situada a algo más de unos mil metros. Cual-

quiera que viniera de ese lado, con la intención de acercarse sin ser visto, sólo necesitaba mantener constantemente el edificio del granero entre él y la casa, para poder llegar a las inmediaciones sin ser descubierto. Gary encontró un rollo de alambres en el cobertizo de los sulkis; lo tendió en líneas muy tirantes a través de la cuesta que nacía detrás del granero, y ató un mohoso cencerro en la primera línea del sistema. La próxima nevada se encargaría de ocultar la trampa.

Una noche, Gary entró en el comedor justamente a la hora en que todos acostumbraban acostarse. Sandy estaba apagando la radio, cuya luz declinó lentamente tras el transparente dial, y Gary, con los ojos fijos por el asombro, vio cómo se desvanecía.

—¡Eso funciona!

—¿Qué? Hoffman se volvió para observarlo.

—¡Oh... claro que anda! ¿No lo sabía? —El granjero se encogió de hombros—. Pero no vale la pena. Todo el tiempo transmite el chapurreo de unos cómicos tontos, o insiste en vender artículos que nosotros no podemos comprar.

—Pero ¿cómo es posible? demandó Gary, con impaciencia, señalando la única y vacilante lámpara de kerosena que el granjero sostenía en la mano—. ¿De dónde sale la electricidad para alimentar una radio en estos lugares?

—Del molino... Leo hizo un in-

talación el invierno pasado... Era un chico muy despierto; sabía bastante de electricidad y de máquinas. Se las arregló, no sé cómo, para hacer funcionar mediante el molino un generador. Yo no sé cómo lo hizo. Si alguna vez se descompone, no tendremos más radio. Leo era un buen chico. Mientras el viento lo permite, el aparato anda muy bien; sin embargo, algunas veces se escapa el sonido.

—¡Una radio! —dijo Gary, fascinado—. ¡Qué estúpido soy! Había una radio aquí, en esta misma casa al lado mío, ¡y yo nunca supe que funcionaba! —Gary se acercó al artefacto y accionó la cabina con sus dedos—. ¿Quieres encenderla.

—Enciéndala —le contestó Hoffman—. Eso sí, haga el favor de sintonizarla bajo; mi mujer tiene el sueño muy liviano.

—¿Cómo? ¡Ah!, sí, claro... —sintió el aparato como algo cálido bajo sus manos—. Esté tranquilo.

Hoffman se dispuso a retirarse.

—Buenas noches.

CON impaciencia, Gary descorrió las negras cortinas, destinadas a que no fuera visible desde fuera la luz de la casa, y permitió que la pálida luminosidad de una luna semicubierta por nubarrones, y el reflejo de luz que arrojaba al suelo nevado, llenaran la estancia. El nunca usaba otra luz. Fuera de la casa, la noche era serena y fría. Volvió el aparato, cayó de rodillas delante de él, y lleno de excitación hizo girar la llave que daba paso a la corriente eléctrica. El pequeño dial adquirió vida; los números impresos se destacaron con agudo relieve, y el locutor lanzó su voz al aire en creciente susurro. Un año y medio atrás, nada habría significado un hecho tan minúsculo, pero ahora lo era todo. Era estar nuevamente cerca de la misma vida. Era casi palpar la gente que estaba

en algún sitio del otro lado del río; gente sana, a salvo, que hablaba fraternalmente entre sí, que continuaba el orden normal de su existencia. Era otra vez la civilización, la higiene, la tibieza y el alimento. Era la amistad de cada hombre con sus vecinos. Era, en suma, el mundo que él había perdido tanto tiempo atrás y al cual no tenía esperanzas de poder reintegrarse alguna vez.

Gary la captó en la mitad de una palabra, en una sílaba que de inmediato trajo a su mente la palabra entera, tal como si la hubiera escuchado desde el principio; y esa palabra y la siguiente le evocaron la imagen de una frase completa; y así, aunque no pudo localizar de dónde le venía, tuvo la sensación inmediata de haber oído en el receptor la frase entera. Era una canción lenta, dulce, triste; una canción sobre las hojas otoñales que se desprenden de los árboles... Pero era fastidioso aquel tenue sonido de campanilla que llegaba desde algún lugar detrás de la cantante y que estropeaba la melodía de la canción.

Frunció el gesto, molesto por la campanilla y pensando de que no tenía por qué sonar allí.

—¡Una campanilla!... Saltó sobre sus pies y se abalanzó hacia la puerta, recogiendo de paso su rifle.

No se oía otro ruido que el del molino bombeando en la sombría noche. Más abajo, el intruso había dejado atrás otro alambre.

Gary retrocedió, alejándose de la esquina; bordeó el costado del granero hasta encontrar una pequeña puerta; le quitó el cerrojo y se introdujo adentro, orientando sus pasos en las tinieblas hasta un rincón donde se almacenaban todos los instrumentos en desuso. Tanteando el piso que lo rodeaba, sus dedos tropezaron con un barrilete de hierro; lo levantó, lo sopesó sobre la mano y calculó su bulto y su

Nuevo cronómetro geológico

SI el carbono 14 permitió conocer la edad de maderas y otras materias orgánicas de hasta 250.000 años, el cloro 36, cuya ocurrencia natural en la atmósfera acaba de descubrirse, permitirá hacer lo propio con rocas de hasta 1.000.000 de años.

capacidad mortífera. Sí, serviría. Rápidamente salió afuera y corrió muy despacio el cerrojo de la puerta, evitando el menor ruido delator. Una vez más, se apostó sobre la esquina del granero, encubierto por las sombras y fastidiado por el largo tiempo que invertía el intruso en preparar la ladera.

¡Demonios!, ¿por qué no apresuraba el condenado?

TNMEDIATAMENTE después, Gary no pensó ya sino en ocultar el cadáver. Dejar al hombre allí, para que fuera descubierto por la mañana, sólo lograría desatar un frenesí de comentarios, suscitar preguntas y quizás hasta promover otra escena de disturbios sollozos.

La víctima no llevaba nada en los bolsillos.

Gary volvió con paso rápido hasta la casa.

Despertóse su memoria. Se irguió sobre sus pies, blasfemó. ¡La radio seguía andando!

Gary se introdujo en la habitación, cerró la puerta y recorrió todo el cuarto con la mirada. No había nada ni nadie, excepto él mismo. En la radio surgió una segunda voz masculina.

Ya no cantaba la muchacha.

CAPÍTULO 9

GARY corrió hasta el aparato y se acuclilló delante de él.
“...mientras tanto, en el oeste, la helada garra del invierno ha causado otro trágico accidente. Un tren de tropas totalmente cargado, que corría con retraso fué embestido en su parte posterior por un tren de carga, que ocasionó el vuelco de los cuatro últimos coches del primero. El maquinista del carguero, que también resultó herido en la colisión, echó la culpa del desastre a la falta de visibilidad; dijo

que estaba nevando copiosamente, que le había sido muy difícil percibir las señales luminosas en los cruces de vías, y que era casi imposible distinguir las luces traseras del tren de tropas. Las autoridades policiales no han dado a conocer el nombre de los accidentados. Los organismos militares han informado que el tren de tropas iba con destino a la frontera del Misisipí conduciendo fuerzas de relevo.

“Esto nos lleva al siguiente grupo de noticias; noticias felices para muchos de los hombres que están en la línea, y para sus esposas, que esperan por ellos en el hogar. El relevo se mantiene a despecho del invierno, y muchos soldados rendidos podrán regresar a sus hogares para Navidad. Un portavoz del ejército ha dicho que semanalmente arriban tropas a la frontera canadiense y al Misisipí, para substituir a aquellos que llevan más meses de servicio activo. Las autoridades se han negado energicamente a divulgar el número de tropas que actualmente mantienen la vigilancia de ambas zonas; pero, según ha reafirmado hoy nuestro informante, son mucho más que suficientes para proteger la nación de los al parecer pocos agentes enemigos que rondan desorientados por aquella tierra desolada. Esos agentes (me han dicho los soldados perspicaces) son muy bien recibidos en los estados contaminados, donde el vacío total y la muerte habitan. Pues bien; cuando estemos preparados para llegar allí nuevamente, los pocos que quedan correrán como conejos asustados”.

Gary se sentó en el suelo y se quedó mirando el dial iluminado.

“Recordarán ustedes que, hace pocos meses, la oficina de seguridad del ejército divulgó los detalles de uno de esos agentes que intentó cruzar el río, por debajo del agua, en un oscuro punto situado sobre el límite de Minesota. Antes de que pudiera salir a

la orilla, fué acibillado por una lluvia de proyectiles, y el río se tragó su cadáver; cosa lamentable, según mi opinión, porque sólo después que capturemos uno de esos individuos estaremos en condiciones de probar definitivamente su origen y nacionalidad, ante la faz del mundo.

“Entretanto, nos siguen llegando débiles señales desde el Pentágono, que confirman la idea de que algunos bravos compatriotas se mantienen vivos en la fortaleza subterránea. Es probable que ellos sean los únicos hermanos nuestros que aún sobreviven al este del Misisipí. Pocos días atrás, se me concedió el privilegio de observar unas extrañas fotografías obtenidas durante reconocimientos aéreos hechos sobre zonas de Illinois y Kentucky. Ellas demuestran que la vida ha concluido en esos infortunados estados. Ninguna voluta de humo surgía de las chimeneas; no había niños ni adultos que se movieran alrededor de las casas y patios; no había ni siquiera un perro que alterara con sus huellas la limpia superficie de la nieve. Sin duda alguna, los únicos compatriotas que han sobrevivido son los que se han ocultado en el refugio subterráneo. Fuera de ellos sólo existen los viles agentes enemigos que patrullan por el exterior.”

—¡Eres un mentiroso hijo de perra, y lo sabes! —le apostrofó Gary a la suave voz— ¡Oh, vete al demonio! —vociferó iracundo, mientras apagaba el aparato.

LA suave voz mentía en cada una de las amables frases que había pronunciado; o mentía o difundía una propaganda con fines claramente perceptibles. Gary había visto al ejército operar en esa línea de conducta; lo había visto en Italia con demasiada evidencia, para caer ahora en el lazo; y había visto también los efectos de las palabras suaves sobre los perplejos ale-

manes recientemente conquistados. Por entonces le parecía muy bien; se le antojaba muy adecuado para aplicarlo a los enemigos vencidos. Había que reeducarlos, darles vivificantes cursos de democracia... ¿y qué mejor camino para eso que alimentarlos con píldoras de propaganda, recubiertas de una azucarada capa de noticias?... Y ahora eran los Estados Unidos que estaban recibiendo el mismo tratamiento de las mismas manos... los veintidos Estados Unidos que se extendían al oeste del más importante de los ríos nacionales. Era incuestionable que esos estados estaban sometidos a la ley marcial. El locutor radial lo había confirmado con sus melosas palabras, su fraseo sobre las noticias... En situaciones tales, el ejército controlaba siempre las difusiones radiales e impresas. Él todavía estaba vivo, todavía daba vueltas a través de la zona contaminada, y por lo tanto, según las determinaciones del ejército, él, Gary Rússell, se había convertido en agente enemigo. ¿Por qué endemoniada razón difundían esa versión de los hechos? ¿Para cubrir su incapacidad de admitir que él regresara? ¿Para ocultar el miedo que tenían de él y de otros como él? ¿O acaso era la estructura básica de algo más, que estaba por llegar: los pasos preparatorios de la reconstrucción, según lo predijo el maestro de escuela? ¿Acaso lo habían rotulado como agente enemigo, por razones de conveniencia... para cuando llegara el instante de la aniquilación total?

Relevo de tropas... ¡Eso sí que era gracioso! Las tropas eran relevadas por un tren militar, sólo cuando había varios miles de soldados en la línea. ¿Y qué necesidad tenían de varios miles cuando no había más de un puñado de agentes enemigos que transitaban libremente por la orilla opuesta? ¿Era posible que los bondadosos ciudadanos, que a costa de sufrir necesi-

dades pagaban todos los impuestos, hubieran creído esa patraña? ¿O es que todos habían perdido la capacidad de pensar por sí mismos?

En todo el noticiario de la emisora, no había habido más de una sola noticia que captó su interés: la de esos "bravos" y desconocidos sobrevivientes que todavía subsistían en los subterráneos del Pentágono.

Eso valía la pena de tenerlo en cuenta... la próxima primavera, cuando pudiera viajar nuevamente.

Con amarga indiferencia, se acercó y prendió nuevamente la radio. Esta vez no lo dominó ningún estremeci-

miento mientras el dial se iluminaba; nada, excepto una indefinida languidez; ninguna impaciencia por que el aparato hablara.

DURANTE horas, aquella música reavivó en él el dolor de su humillante soledad, subrayándole cruelmente las bellezas del mundo que había perdido. Se paró junto a la ventana y observó los campos desiertos.

Conforme iba pasando el tiempo, las emisoras abandonaban el aire una tras otra; y en cada una, el locutor se despedía invariablemente deseándoles un descanso reparador. Una por una fué



persiguiendo sobre el dial las audiciones que se alejaban, buscando ávidamente una nueva que reemplazara a la que concluía. Con cada cambio le asaltaba el temor de que ya no habría más estaciones emitiendo; mas todas las veces lograba sintonizar alguna que continuaba. Por fin no quedó más que una que prolongaba su transmisión. Se aferró a ella, esperando, contra toda esperanza, que lo acompañaría el resto de la noche. A lo largo de las horas se había incluso decidido a aguantar las retahilas publicitarias; los alegatos en favor de los saldos de guerra en depósito y del hierro de deshecho; los cortos e insulsos boletines noticiosos desarrollados bufamente por el locutor. De tanto en tanto, la música regresaba y con ella el recuerdo del mundo pasado.

El mundo había concluido; lo sabía ahora con certeza.

CASTAÑETEO los dedos dando un respingo ante el sonido.

—¡Irma! Ese era su nombre: Irma... tal o cual: la crecida criatura de diecinueve años que estaba en una excursión escolar de investigación, el día que cayeron las bombas: Irma, que había regresado al hogar para salir a asaltar joyerías: Irma, a la que él había descubierto después del chasquido revelador de una vidriera de espejos. Ahora le resultaba difícil de recordar sus facciones... Era joven, sí, pero no menuda ni falta de desarrollo. Le había parecido que tenía unos dieciséis años, pero había algo inconfundible en ella que preludiva a la mujer. Gary podía recordar el azul brillante de sus ojos que la detuvo en la calle y le iluminó el rostro con la linterna. ¿Y su pelo?... Tenía la vaga impresión de que era castaño. Ella se había arrojado en sus brazos a la mañana siguiente, cuando creyó que él la abandonaba en el desolado hotel, y los ojos azules habían hu-

medecido de lágrimas su pecho. Sí, ésa era Irma.

Habían comido juntos sentados en el borde de la acera, o sobre una cama de hotel, o detrás de la rueda de un coche; comido y vivido juntos, varios días, mucho antes de que él advirtiera que el mundo había concluido. Ella lo acompañó mientras él recogía las armas, se posesionaba del primer coche y hacía la provisión inicial de comidas y recursos indispensables para cubrir los hambrientos días que supuso le esperaban antes de poder reintegrarse a las filas del ejército. ¡Días! Irma había sido una excelente compañera hasta que se separó de él en el puente.

Aquella separación fué una solemne estupidez. Debieron haber permanecido juntos. Irma era entonces bonita, lo sería todavía..., si es que seguía viviendo. Según lo que ella dijo, debía de tener ahora unos veintidós años. atractiva edad.

¿Y después de Irma?...

Después... la delgada muchacha que les había salido al encuentro en las colinas de Tennessee: Sally. No tenía apellido. Era Sally a secas. Sally, que pudo haber sido amable con los dos, pero que prefirió a Oliver, el maestro. Se preguntó fugazmente si él Gary, tendría ahora un hijo o si sería de Oliver. Sally era casi un simple vacío en su recuerdo. No fué más que una mujer que estaba cerca cuando se la necesitaba y que no dejó en él marca ninguna. Algo similar a lo sucedido con la mujer de Nueva Orleans que apareció un par de semanas después de abandonar él a Sally y Oliver. Pero, de esta última, hasta el nombre se le había olvidado y casi también la imagen.

Tres, en un año y medio. Tres para un hombre que gustaba de jactarse en los cuarteles acerca de sus innumerables conquistas.

Sí, el mundo había concluido.

Se quedó de pie contemplando a través de la ventana el enorme vacío de la noche preguntándose si alguna vez la vida volvería a resurgir. A sus espaldas, una incorpórea mujer cantaba blandamente, desde otro mundo, hacia el vacío. . . ; porque el mundo presente había concluido: lo poblaban sin embargo, vivos y muertos. Ella cantaba desde un mundo que solía existir para todos, ser de todos, pero que ahora estaba restringido en sus defensas; articulaba palabras y entonaba la melodía como si nada enojoso hubiera sucedido.

Y también reavivaba el dolor.

GARY estaba de pie, con la helada espalda apoyada en la pared del granero, mirando a través de la ladera, hacia la distante laguna. La vieja pipa que el granjero le había dado estaba apagada; pero él continuaba sujetándola en la boca, para paladear su añejo gusto.

Y allí estaba ahora, helado y solo.

Gary sintió hambre. Se encaminó hacia la casa, arrojando una única mirada a sus espaldas, para ver si los rastros del intruso iban desapareciendo. Sandy solía trajar algunas veces por el granero, y no quería él que la niña viera aquello.

Venga la primavera —se prometió a sí mismo en alta voz, llegue el primer indicio de primavera, y me iré a echar una ojeada a los héroes escondidos en los sótanos de Washington. ¡Al demonio con este invierno!

CAPÍTULO 10

CIELO azul de verano. Templado, suave, tranquilo y apacible verano de Ohio. Gary suponía que estaba en Ohio. . . ; pues alguien había derribado los postes indicadores de la carretera y probablemente los había usado para hacer fuego durante el invierno ante-

rior. Se había acostumbrado a evitar las ciudades. No importaba; si quería pensar que estaba en Ohio, entonces estaba allí. Descansaba echado de espaldas sobre la alta hierba abandonada, contemplando las nubes informes arrastradas por el viento. Una andorrera homígraga exploraba la piel de su mano, pero él se sentía demasiado contento para espantarla. El cielo, las nubes ondulantes y el aroma de la hierba lo acariciaban.

Ohio era agradable en el cálido, pereñoso verano. . . ; tan agradable y tan cómodo que Gary no se alarmó cuando oyó un distante ruido de disparos. Yacía tranquilo, escuchando, sabiendo por el número de armas que se trataba de mucha gente, y sabiendo también que eso sucedía demasiado lejos para que le concerniera personalmente.

Pero la respuesta de una ametralladora le hizo incorporarse bruscamente. ¡Ametralladoras! Ametralladoras significaba soldados, a menos que una banda de asaltantes hubiera conseguido apoderarse de semejante arma en alguna parte; fuera de eso, significaba soldados. . .

Echó a correr, ágil y velozmente hacia el lugar de las descargas. ¡Soldados allí, tan lejos del Misisipí! Eso podía indicar que habían comenzado las operaciones de limpieza, que habían cruzado el río y que el alto comando estaba limpiando la zona de agentes enemigos y de sobrevivientes contaminados. Gary saltó un derribado cerco de alambre de púa y siguió corriendo a través del campo. Mientras corría iba rezando. . . , pero no a ningún Creador en quien el tuviera fe, sino rezando en su propio lenguaje, en su expresivo y violento lenguaje, pidiendo que eso no sucediera, que los estados del oeste no hubieran venido a reclamar la zona bombardeada. La zona era áspera, estéril y terrible; pero súbitamente se dió cuenta de que no quería perderla, de

que no quería cambiarla por lo que ellos ofrecían. La había odiado, pero ahora no quería perderla; con frecuencia había maldecido al siniestro destino que lo colocó allí, pero ahora todo esto era preferible. El resto de su vida mezquina y miserable, era mucho mejor que las patrullas que estaban haciendo fuego. ¡Demonios, él sólo tenía treinta años. . . , treinta y pico. . . , y no quería morir tan pronto!

Gary llegó velozmente al pie de una colina, y luego, palmo a palmo, fué ascendiendo con toda cautela hacia la cima, cubierta de altas hierbas. Los disparos resonaban ruidosamente en sus oídos. Se detuvo justo un poco antes de la cumbre, listo para saltar y retroceder. Luego sacó el rifle y apartó la hierba para ocultarse. Se quedó quieto y al acecho.

Una carretera asfaltada, convertida en campo de batalla, contorneaba el valle, a medio kilómetro de distancia, y sólo dos pequeños camiones ocupaban la carretera. ¡Dos camiones! Con creciente excitación se adelantó un poco para ver mejor. Eran dos camiones verdes del ejército, bastante parecidos al camión postal blindado que él mismo había conducido años atrás; dos camiones cerrados y detenidos en el solitario camino. Le pareció comprender por qué se habían detenido. Uno de ellos estaba parcialmente atascado en la zanja que corría al costado del camino; y, desde lejos, daba la impresión de que un neumático había estallado, dejándolo desamparado. El otro estaba parado, unos pocos metros más adelante. Gary estudió la situación. Los disparos de rifle procedían de las cabinas de ambos vehículos, barrían la alta hierba a lo largo de la zanja y llegaban hasta el terreno que estaba detrás.

Al cabo de un momento localizó la ametralladora, que rugía desde una ventanilla rota, situada en la parte posterior del camión descompuesto. Gary

vió un cuerpo que yacía en el camino.

Ambos camiones del ejército estaban orientados hacia el lejano Misisipí.

De inmediato maduró un plan de acción. Semiarguido corrió varios metros por el declive de la colina, hacia el lugar de la furiosa batalla, y luego se tiró de nuevo al suelo escondiéndose entre la hierba. . . Esperó durante varios segundos antes de levantarse y correr de nuevo, describiendo una línea zigzagueante en la ladera. Mientras corría velozmente, pero con prudencia, hacia los camiones detenidos, se dió cuenta de que era visible desde el camino; comprendió que ellos tenían que haberlo visto, aunque no hicieron fuego contra él. Cuando estuvo más cerca, recorrió solamente breves distancias, tirándose al suelo de una en otra, siempre levantando un poco la cabeza para hacer un rápido reconocimiento antes de transponer otro trecho. Su manera de aproximarse debía de ser comprensible para los hombres de los camiones; seguramente les resultaba familiar.

Por último localizó cinco hombres echados en el suelo delante de él, muy bien escondidos respecto del camino, pero en un lugar que quedaba por completo al descubierto ante su vista. Cuatro de los cinco hombres estaban haciendo fuego hacia el camino; el quinto yacía inmóvil.

Cuando estuvo bien situado, volvió a tirarse al suelo y abrió un fuego mortal contra ellos.

LOS sorprendidos hombres se volvieron para mirarlo y se incorporaron a medias, poseídos de súbito terror. Gary hizo fuego otra vez, y uno de los hombres cayó. Los disparos procedentes de la parte trasera del camión se incrementaron agudamente. Los tres sobrevivientes, al verse cogidos en una trampa, saltaron de su refugio y corrieron intentando escapar por la zanja.

Gary se irguió sobre las rodillas, hizo una última descarga y se agazapó de nuevo. Cuando los tres hombres pasaron ante el alcance de la ametralladora, ésta tableteó una vez más, y luego todo quedó tranquilo.

Gary interrumpió el silencio, gritando:

—¡No hagan fuego ahora!

Alguien le contestó desde el camión.

—Avance con las manos en alto.

Gary se incorporó lentamente con las manos en alto, pero manteniendo asido el rifle con ambas manos. Atravesó con muchas precauciones la zanja y se detuvo al borde del camino, observando a los dos hombres que estaban en la cabina más cercana.

—Tire el arma.

Gary vaciló.

—No la soltaré si ustedes no me protegen la espalda... No quiero que nadie me dispare por detrás.

—Lo tenemos a cubierto. ¡Suelte el arma, rápido!

La dejó sobre el suelo.

—Bien... Diga ahora quién es usted.

—Cabo Gary Rússell... Estaba con el quinto ejército, en Chicago.

Una cabeza con casco apareció en la ventanilla de la cabina.

El casco llevaba un galón blanco.

—¿Tiene documentos de identificación, cabo? —preguntó el oficial, con suspicacia.

—Sí, mi teniente —buscó bajo sus ropas y sacó las insignias que colgaban de la cadena.

El teniente observó primero el distintivo y luego al hombre.

—Bueno, creo que debo darle las gracias. Evidentemente nos ha ayudado a salir de un buen aprieto... ¿Está usted solo?

—Sí, mi teniente —Gary miró los cuerpos tirados en el camino—; excepto esas víctimas.

Hubo un momento de silencio.

que el oficial no sabía qué decir. Gary miraba al teniente y a un segundo rostro que había aparecido detrás de su hombro.

El segundo rostro sugirió:

—Pregúntele por Chicago, teniente.

—Bombardeado —respondió Gary, sin esperar a que el otro repitiera la pregunta—, con cientos de bombas atómicas. El lugar se ha convertido en un montón de cenizas.

—¿Cómo pudo usted escapar? —fue la pronta réplica.

—Yo no estaba allí, mi teniente. Estaba cumpliendo deberes de cabo de reclutas en el estado —pensó que debía demostrar la mejor voluntad posible—. Todo el condenado país está arrasado, mi teniente. Bombas atómicas y peste por todas partes. No pueden haber quedado más que un par de miles de personas.

—¿Tantos? ¿Está seguro?

—Sí, mi teniente. En estos dos últimos años recorrí todo el territorio entre Chicago y Florida. El primer año había muchos más; pero yo aseguraría que este verano hay sólo unos pocos miles.

—¡Pues sí que estamos listos! Ellos decían que... En fin; ha hecho usted un buen trabajo, cabo. Nunca podremos agradecerle bastante. Ahora repararemos esto y nos marcharemos.

—Mi teniente.

—Diga.

—Yo tenía una leve esperanza de que ustedes pudieran llevarme consigo.

—¡Completamente imposible! —exclamó el teniente—. Usted está contaminado. Ha hecho fuego contra el enemigo; lo felicito, cabo, pero no puedo hacer nada más.

Gary lo miró. Su rostro barbudo era una vívida estampa de la desilusión.

—¿No puedo ir? Pero, mi teniente, yo...

—¡No!

Gary comenzó a alejarse, pero luego se volvió otra vez.

—Diga, mi teniente; ¿puede darme algo de comer?

—No podemos darle nada, cabo; lo siento mucho. Nuestros víveres tienen que alcanzarnos para todo el viaje. Y ahora, por favor, salga del camino. Tenemos que cambiar esa goma.

Gary dijo ansiosamente:

—Yo se la colocaré, si mi teniente puede darme algo para comer... Por favor; la comida está tan escasa...

El oficial observó el delgado cuerpo y las andrajosas ropas de Gary; se volvió para cambiar una mirada con el otro hombre que estaba en el vehículo, y luego volvió a contemplar a Gary.

—Bien, cabo. No tenemos demasiados; pero aseguraría que usted lo necesita mucho más que nosotros. Ahora... lo de la goma...

—Sí, mi teniente —Gary saltó hacia adelante—. Déme el gato.

—¡Deténgase ahí! ¡No se acerque al camión! ¡Usted está contaminado! No tenemos puestos nuestros trajes. Le tiraré el gato.

—¿Trajes? —repitió Gary estúpidamente.

—Trajes de radiación... Tenemos que usarlos en este condenado lugar. Ahora... la goma.

—¡Sí, mi teniente! Gary rodeó el camión hasta la parte delantera y miró de soslayo la destrozada goma. Nunca podría volver a servir—. Vigile bien, mi teniente. No quiero que alguien me haga fuego —deslizó el gato debajo del eje delantero y comenzó a accionar. La rueda, lentamente, empezó a separarse del suelo.

EL destino de aquellos hombres estaba al otro lado del río! Eran dos camiones, y cada uno de ellos transportaba tres hombres, si es que él había visto bien: ¡dos camiones y seis hombres viajando hacia la línea de la cuarentena, llevando consigo sus provisiones y sus trajes de radiación para

protegerse mientras atravesaban el territorio contaminado! Con secreta excitación sacó la llanta de la rueda y la reemplazó con el repuesto. Destornilló la tapa de la válvula, la dió vuelta y la colocó nuevamente en la válvula, pero del revés; luego, siempre accionando el gato, volvió a asentar el vehículo sobre el suelo. Se produjo un débil escape de aire.

—¿Quiere que le devuelva el gato, mi teniente? —preguntó Gary, incorporándose.

—Colóquelo en la parte de atrás... Es la mejor solución.

—Bien, mi teniente.

Gary se dirigió a la trasera del camión; vió abierta la puerta; miró al sombrío interior, y se encontró frente a frente con el caño de la ametralladora. El artillero estaba sentado sobre una caja de embalaje, contemplándolo; un cigarrillo le colgaba de los labios. El camión estaba cargado con otras cajas de madera similares. Gary oliseó el humo del cigarrillo.

—Tira el gato ahí —dijo el artillero, en tono cortante.

—Está bien, camarada.

Gary arrojó el gato en la caja más próxima y retrocedió con los ojos fijos en el cigarrillo. El artillero se incorporó y cerró la puerta.

—Muy bien, cabo —expresó el teniente—. Mencionaré su comportamiento en mi informe. Hoy le ha proporcionado una valiosa ayuda al gobierno.

—Gracias, mi teniente —dijo Gary, con cara inexpresiva—. ¿Y la comida...?

—¡Ah, sí —el teniente arrojó dos cajas de raciones—. Siento mucho no poder darle más; pero andamos escasos. ¿Sabe usted en qué lugar estamos? —preguntó mirando a su alrededor como si esperara encontrar señales indicadoras.

—Gracias, mi teniente. Esto es Ohio... muy cerca del límite con Indiana. Otra cosa, mi teniente: si yo

fuera usted, no me detendría en ninguna ciudad para pernoctar. . . Es muy expuesto a que lo asalten. Manténgase en campo abierto.

—Gracias, cabo. Acabamos de experimentar que ese es un buen consejo. Y ahora, no recobre su arma hasta que nosotros estemos fuera de su campo de acción —puso en marcha el motor, hizo retroceder el camión sobre el camino, y con un impaciente toque de bocina instó al otro camión a que se adelantara—. Adiós, y buena suerte.

Los dos vehículos se pusieron en marcha.

Gary los observó mientras se marchaban.

—¡Hasta pronto, hijos de perra!

LOS camiones estaban estacionados de manera que sus motores apuntaban en sentidos opuestos, junto a una pequeña arboleda. Eso significaba que había un artillero apostado en cada cabina, cubriendo con su arma tres direcciones de posible asalto. Gary estudió la escena. Se habían detenido para pasar la noche en una pequeña playa de estacionamiento situada al costado del camino, contruida y mantenida en otro época por el departamento de carreteras del estado. El lugar originariamente estuvo destinado a los turistas.

Gary aguardaba en un matorral, en el límite más alejado de la arboleda, proyectando cómo podría apoderarse de los camiones.

Gary seguía allí, esperando con paciencia. Después de un tiempo que no supo calcular, un ruido procedente de uno de los camiones lo puso alerta.

El centinela de uno de los vehículos sacó la cabeza por la ventanilla y llamó al del otro camión. Aunque hablaba en voz baja, Gary pudo entender perfectamente sus palabras.

—¡Eh, Jackson!

—¿Qué? —la segunda cabeza apareció en la cabina opuesta.

—¿Qué hora es? Mi condenado reloj se ha parado.

—Casi medianoche.

—Bueno, ya es suficiente. Vamos a despertar a esos tipos y a cambiar.

Hubo un ruido de forcejeos en el interior del camión más cercano, y voces de protesta en el otro. Gary se arrastró hasta un poco más cerca. Los nuevos centinelas relevaron a los otros en los asientos de las cabinas, con ruidosos movimientos, que despertaron a uno de los hombres que yacían en el suelo, bajo los camiones. El hombre asomó la cabeza y dijo agriamente:

—¿Qué pasa ahí?

—Medianoche, mi teniente. . . Cambio de guardia.

—Bueno, pero no hagan tanto ruido.

—Bien, mi teniente.

El oficial volvió a meterse bajo el camión, se movió mucho, como si estuviera buscando el lugar donde había estado durmiendo antes, y bruscamente salió y se puso de pie.

—Yo haré la guardia de las cinco. Mantengan los ojos bien abiertos.

—Sí, mi teniente.

El teniente, arreglándose la ropa se encaminó hacia el lugar donde estaba Gary. Gary, pegado al suelo, dejó que se acercara; esperó hasta que el hombre se detuvo junto a un árbol; se levantó silenciosa y suavemente cuando el oficial tenía las manos ocupadas, y lo atrapó.

Después de un rato, Gary se encaminó muy erguido hacia el camión y se deslizó bajo el mismo, preparado para hacer fuego si era necesario. Estiró sobre el suelo, suspiró y se quedó quieto. Encima de él, el recién despertado centinela raspó un fósforo en el guardabarro para prender un cigarrillo. Gary se guadó la automática del teniente debajo de la camisa y esperó a que pasara el tiempo. Su primer ocupación fue eliminar al otro hombre que estaba

durmiendo junto a él, y entonces quedaron dos fuera de combate.

Necesitó otra media hora para llegar hasta el centinela que estaba sentado tras el volante; una tediosa media hora, arrastrándose sobre el terreno pedregoso, sin hacer ruido, pegado al costado del vehículo; pero por fin se enderezó ante el vano de la ventana. Llevaba un guijarro en la mano. Cuando estuvo de pie ante la ventanilla abierta arrojó el guijarro por encima del camión y escuchó el ruido de la piedra al caer al otro lado. Empuñó la automática por el caño, incurvó su brazo y lo pasó a través de la ventanilla para alcanzar al centinela por la parte de atrás de la cabeza. Sujetó al hombre antes de que cayera sobre la bocina, y colocó el cuerpo en el asiento. No hubo ningún sonido. Ningún movimiento en el interior de ese vehículo ni del otro.

Suave y cuidadosamente abrió la puerta y entró en el camión. El hombre que había dejado la guardia un momento antes, estaba durmiendo profundamente. En seguida quedó dormido para siempre. Sólo restaban los dos hombres del otro camión.

GARY necesitaba informes, los necesitaba imprescindiblemente si quería cruzar el río y salir de él con vida. Después de considerar el problema abrió súbitamente la portezuela, salió sin intentar ocultarse, y se dirigió al otro camión.

Una cabeza apareció frente a Gary.

—¡Quédate quieto, condenado! ¿Quieres que el teniente te oiga?

Gary le puso la automática en el rostro.

—¡Fuera de aquí, pronto y sin hacer ruido!

El hombre lo contempló en la oscuridad y retrocedió para mirar la pistola que lo cubría.

—¡Pero. . .!

—¡Silencio y afuera! . . . ¡ahora mismo!

El centinela comenzó a temblar.

—¡No haga fuego!

—Trae a tu compañero aquí. ¡Rápido!

El centinela golpeó la pared del camión, y después de un momento apareció una segunda cabeza en la puerta abierta.

—¿Qué diablos pasa. . .? —se detuvo terrorizado.

—¡Salgan de ahí! —respondió Gary—. ¡Vamos, afuera!

Les ordenó que se pusieran de pie junto al costado del camión, de cara al camión, con las manos sobre las cabezas y con todos los dedos unidos.

—Ahora me daréis un informe o moriréis como perros. ¿Quién va a hablar?

—Yo no sé nada.

—Los dos sabéis adónde van los camiones —refutó Gary.

Hubo un momento de silenciosa vacilación. Los dos hombres se miraron. Gary pinchó a uno de ellos con la automática.

—¿Adónde?

—Hay un puente en un lugar llamado Fort Mádison, en Iowa —dijo el soldado, con renitencia—. Nosotros. . .

Gary cortó sus palabras, volteando la pistola y golpeándolo con la culata en la cabeza. El hombre cayó al suelo.

Su compañero contempló el cuerpo caído y desvanecido.

—El puente de Fort Mádison —dijo Gary suavemente— tiene un boquete de más de un kilómetro de ancho. Ahora te preguntaré a ti —avanzó hasta apoyar el caño de la pistola en la espalda del hombre—. ¿Adónde van los camiones?

—No es Fort Mádison —contestó el otro, con un estremecimiento—. Es un puente llamado la Cadena de Rocas o algo por el estilo. Es un lugar cerca de Saint Louis. Están esperándonos allí.

—¿Quiénes?
—No sé... honestamente no sé. Todo el condenado ejército, supongo. Tenemos que entregar estos camiones.

—¿Por qué? ¿qué llevan?
—Oro. Barras de oro.

—¡Estás mintiendo!
—¡Lo juro! ¡No estoy mintiendo! Ve y mira tú mismo, si no me crees. Teníamos tres cargas de ese condenado oro. Perdimos un camión allá, por entre las montañas.

—¿Lo perdisteis?
—Nos asaltaron... lo mismo que hicieron hoy esos tipos. El capitán iba en aquel camión.

—Para qué diablos quiere el ejército ese oro?

—No sé. Nosotros sólo tenemos orden de entregarlo.

Gary reflexionó sobre el asunto, observando intensamente al hombre.

—El gobierno debe hallarse en apuros. Salieron tres camiones, ¿eh? Vosotros, muchachos, sois bastante bisoños... Me sorprende que hayáis podido llegar tan lejos. ¿Cómo andan las cosas en Washington?

El soldado dió media vuelta para mirarlo.

—Nosotros no venimos de Washington. Venimos de Fort Knox.

—De... —Gary instantáneamente se puso en guardia—. Entonces, ¿qué diablos hacen estos camiones tan al norte?

—No sé, compañero. Yo no escribí las órdenes. El teniente dijo que teníamos que seguir este camino y tomar por la ruta 50. Y precisamente es lo que estábamos haciendo... hasta que tú y los otros agentes enemigos aparecisteis.

—¿Qué pasará después... cuando entreguéis los camiones en el puente?

—Bueno, me parece que cruzaremos el puente y nos reuniremos con ellos.

—¿Ellos dieron el permiso? —Gary retuvo el aliento.

—Sí, a condición de que no lleguemos contagiados de la peste. Deberíamos usar los trajes de mono durante todo el tiempo; pero el teniente dijo que no era necesario, a menos que algún agente enem... que algún compañero, como tú o los otros, nos molestara. Se supone que nos examinarán en el puente y que, si estamos sanos, podremos cruzar —dirigió una mirada de soslayo a Gary—. Por mi parte, estoy muy contento de que tú estés sano. No quiero pescarme la peste. ¿Realmente estuviste allá cuando se produjo el bombardeo?

Gary asintió:

—Estaba a unos trescientos kilómetros al sur de Chicago. Pero dime...: ¿qué pasará ahora... ahora que el teniente ha muerto, quiero decir?... —el soldado volvió la cabeza para observar el otro camión, buscando a sus compañeros—. Sí, está muerto... él y todos ellos, excepto tú y tu camarada que está aquí... Y éste no está en condiciones de conducir. ¿Qué es lo que tú vas a hacer ahora? ¿Qué dicen las órdenes?

El soldado no contestó en seguida. Permaneció mirando al camión y luego contempló al hombre que yacía a sus pies. Parecía tener muy débiles esperanzas en cuanto a solucionar el problema.

—Maldito si lo sé con seguridad —contestó—. El teniente no daba explicaciones de nada... Sólo tengo una confusa idea de lo que hay que hacer. Y él llevaba documentos. También tiene las cosas del capitán. Supongo que lo único que podemos hacer es dirigirnos al puente y decirles que tú... y decirles lo que ha pasado.

—¿Puedes hacer eso tú solo? —Gary insistió—. ¿Podrás cruzar el puente sin los oficiales? ¿Conoces el santo y seña?

—¿Puedes hacerlo?

—No he oído nada de eso. Nosotros

que detenernos exactamente

en la mitad del puente y esperar a que vengan a nuestro encuentro. Ya te dije que están esperándonos.

Gary frunció los labios, pensando en la simplicidad del plan.

—¿Vienen algunos más?: ¿Más camiones detrás de estos?

El soldado meneó la cabeza.

—Todavía no; por lo menos no vendrán hasta que nosotros consigamos cumplir nuestra misión. Si nosotros... quiero decir, si yo hago esto, vendrán otros por el mismo camino.

—¿Es cierto?... Este camino estará inundado de camiones dentro de no mucho tiempo —Gary se frotó pensativamente la barba, reflexionando que la próxima vez tendría que afeitarse mejor—. ¿Por qué diablos no enviaron una columna para protegerlos? Ellos deberían saber lo que podía ocurrir en este lado del río.

La contestación fué una amarga risa.

—Cabo, allí no hay columnas, de manera que no pueden enviar ninguna. La mayoría de nuestros hombres cayeron fulminantemente enfermos y murieron de la peste... o desertaron. Nosotros hemos vivido encerrados en el refugio desde que... y apostarí a que no ha quedado ni un centenar por allá. Por desgracia, compañero, teníamos más camiones que hombres para conducirlos.

—Seguramente. Dime: ¿estás pensando en...?

—No interesa lo que estoy pensando. Y tú habrás hecho muy bien en decir la verdad, porque tu vida puede depender de eso. Saldré de aquí con éste.

—Nunca conseguirás cruzar... ¿Para qué sigue el teniente ahí?

—El teniente me llevará hasta el otro lado. Y ahora escucha un buen consejo, camarada... Soy la vieja voz de la experiencia; he vivido dos años en este condenado país, y si tú deseas vivir otro tanto, tendrás que tener los

ojos y los oídos bien abiertos, y hacer fuego primero. No vuelvas a hacer los mismos condenados trucos de esta noche... Si yo estuviera en tu lugar, este otoño me encaminaría al sur. ¿Comprendes?

—¡No puedes hacer eso! Te seguiré hasta el río y les diré...

—Puedes seguirme todo lo que quieras; ¡pero no les dirás nada! Camarada, ni siquiera se te ocurrirá la idea. Ahora eres un agente enemigo —dijo Gary, y lo derribó con una corta y brutal derecha.

EN un lugar de Illinois, Gary detuvo la marcha del vehículo en una desierta carretera y saltó de él con la ametralladora en la mano. Cuando estuvo a cierta distancia del camión, dió media vuelta y le descerrajó muchos disparos, dejándolo marcado y lleno de agujeros como si hubierta tenido que soportar una gran batalla. Se sacó la ropa, se quitó y arrojó su propia cadena de identificación, y pasó sobre su cabeza la cadena robada. Su nuevo nombre, según supo, era Forrest Moskowitz. Leyó el número de serie varias veces, intentando memorizar las cuatro o cinco primeras cifras. Satisfecho, se volvió a colocar el uniforme. Pronto fueron familiares para él los papeles que llevaban el capitán y el teniente que habían muerto... Gary era el único sobreviviente y como tal se suponía que debía haberlos leído por curiosidad. Estaba convencido de que podría sobrellevar su nueva identidad perfectamente. Sólo existía la remota posibilidad de que alguien que estuviera cerca del puente conociera a los de Fort Knox.

Le colocó al cadáver del teniente un traje de radiación, se puso otro él mismo y siguió su camino satisfecho de su labor.

El camión se fué acercando al puente de la Cadena de Rocas.

SE aproximó lenta y cautamente, virando para iniciar el cruce, y comenzó a cubrir el largo trecho que se tendía hasta el centro del río. El camión marchaba a menos de treinta kilómetros por hora. Un nudo de pánico apretó su estómago y por un breve instante consideró la posibilidad de retroceder, abandonando el camión y el suspirado objetivo, para volverse y huir hacia la relativa seguridad de un territorio conocido. Desechó sus temores y continuó su camino. Exactamente en la arbitraria línea divisoria, exactamente un poco más allá de ese invisible punto donde el límite de Illinois tocaba el de Misuri, lo esperaba sobre el puente dos tanques que con su volumen bloqueaban el paso.

Después de un momento oyó que un vehículo se acercaba a toda velocidad desde el otro lado del puente. Se detuvo exactamente detrás de los tanques. De él salieron varias figuras cubiertas con trajes de radiación, empuñando fuertemente armas de mano; pasaron alrededor de los tanques, y avanzaron hacia Gary. Éste los esperó sin moverse; nerviosamente alerta, pero al mismo tiempo empeñándose en ocultar el miedo que les tenía. Cuando llegaron a una distancia de diez pasos, todo el grupo se detuvo. Un jefe hizo un gesto con el brazo. Gary obedeció apartándose del camión, y se apoyó en la barandilla del puente, para observar los movimientos del grupo.

Los soldados con sus trajes de radiación se acercaron al camión. De un

tirón abrieron la puerta trasera, para examinar el interior del vehículo. Encontraron el cadáver del teniente (con la consiguiente sorpresa), el precioso cargamento, las provisiones usurpadas por Gary, y nada más. Nuevamente el desconocido jefe hizo un gesto, y dos soldados treparon al camión para conducirlo más allá del límite del estado. Pesados motores irrumpieron en repentina y ruidosa actividad cuando uno de los tanques se ladeó perezosamente, dejando paso al camión, y luego volvió a su primitiva posición.

El resto de la tropa escoltó a Gary.

CAPÍTULO 11

UN ornamental edificio reverberó a través de la ventanilla: edificio que había albergado todas las oficinas de derecho de peaje, mucho antes de que una parte del mundo concluyera. Ahora contenía un puesto de comando con una pareja de centinelas a la puerta. Los centinelas observaron al automóvil cuando éste pasó, y siguieron mirándolo cuando se detuvo delante de un edificio más pequeño y más nuevo, situado a corta distancia sobre la misma calle.

Gary sintió una leve presión en su brazo. Entonces bajó del automóvil, y siguió a los soldados hacia el edificio más pequeño. Alguien abrió la puerta de acero. Lo empujaron hacia dentro y luego se aglomeraron detrás de él.

Después de un intervalo, oyó otra

señal en la cámara, y la niebla comenzó a disiparse como si la soplaran hacia fuera. Los otros hombres espezaron a quitarse los trajes. Gary levantó una mano para desprender sus ropas; pero lo detuvieron.

—Un momento, camarada. Todavía no. Ahora tienen que examinarte, y luego te quedarás hasta que nosotros vengamos a sacarte de aquí.

Bueno ¿qué diablos había querido decir el hombre con todo eso? Gary observó al soldado y sintió que se le formaba de nuevo el nudo en el estómago.

Todos ellos se quitaron sus trajes de radiación. Luego, abandonaron el edificio golpeando la puerta detrás de sí. Gary quedó allí, de pie, completamente solo. De nuevo levantó sus manos y comenzó a desvestirse, comprobando por primera vez que el uniforme no le caía perfectamente bien y que tenía la barba muy crecida.

Inopinadamente se abrió la puerta

de acero, y apareció en el vano un soldado de los servicios de sanidad.

Observó a Gary profesionalmente.

—Espero ganarme una medalla por este caso —anunció el hombre con aire alegre—. Quizá estés contagiado por la peste.

—¡Y quizá no! —replicó Gary con rapidez—. Vamos, terminemos de una vez con todo esto. Quiero salir de aquí... Este lugar me saca de quicio.

—No saldrás de aquí, hermano...; por lo menos no saldrás hasta que terminemos con los exámenes. Dame el brazo.

—¡Vete al diablo! ¿Para qué lo quieres?

—No me iré al diablo —el militar le tomó el brazo—. Análisis de sangre, ¿comprendes? Podrías haberte contagiado algo. Debemos ser infernalmente cuidadosos —hundió la aguja en el brazo de Gary y extrajo un poco de sangre—. ¿Qué tipo de sangre tienes?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —con-

¡un juego novedoso para los chicos!



para jugar y jugar...

para divertirse y divertirse...

EL MOLINO VERDE

Las aspas se mueven... como en una ruleta y se puede ganar un montón de fichas.

Y todos los meses, un nuevo SUPLEMENTOS DE BOLSILLITOS

Récord plumífero

EL ave más grande que haya existido jamás es el "moa" de Nueva Zelandia del cual se han encontrado numerosos esqueletos. Aun que sin alas, este bicho sobrepasaba los 3.50 metros de altura.

testó Gary, con furiosa impaciencia.

—Mirando tu distintivo, ¡estúpido! —alargó suavemente una mano y levantó la cadena que colgaba del cuello de Gary, para leer la inscripción del distintivo de metal—. AB. Bastante raro ¿no te parece?

—¿Qué quieres decir con esa estupididad?

—El tipo AB no abunda por aquí, camarada; aunque quizá, sí, entre los egipcios y los chinos —volvió a observar el distintivo—. Eres Moskowitz, ¿eh? Bueno, he visto otros más raros...

Quizá seas un Moskowitz egipcio o algo así...

—¡Lárgate ya de aquí! —Gary estaba perdiendo rápidamente el dominio de sí mismo, incitado por su creciente temor—. Y tráeme pronto algo para comer... Estoy condenadamente harto de las raciones C.

—Está bien, está bien —el soldado terminó su trabajo y se marchó.

La puerta se abrió, y entró el soldado trayendo un bandeja.

—Otra medalla para mí... ¡Eres un egipcio postizo!

—No soy egipcio —Gary protestó atemorizado.

—¡Seguro que no! Tú eres tan AB que yo. En caso de que alguien te pregunte, di que eres del tipo O absoluto. Conviene que lo recuerdes... Puede serte útil algún día.

—Pero el distintivo dice...

—El distintivo miente como un belloco, camarada; pero no lo tires. Eres una cándida paloma, ¿no? —colocó la bandeja en el suelo—. Eso pasa siempre: ellos lo hacen todo con mucha rapidez y siempre comenten errores. Apostaría a que uno de cada veinte tipos anda por el mundo con un dato equivocado en su distintivo... Es un maldito asunto; pero tú no puedes hacer nada. El único inconveniente es que, si alguna vez necesitas una trans-

fusión en un caso de apuro y te ponen un tipo equivocado..., entonces estás listo.

—Quizás haya cambiado —sugirió Gary—. Fué hace ya tanto tiempo...

—No, no, no —el soldado sacudió la cabeza e hizo una mueca ante la ignorancia de Gary—. Eso nunca cambia. Es igual que las impresiones digitales. Naciste con tipo O y morirás con tipo O. Ahora a comer. Te traeré agua y comida. Tendrás que quedarte aquí hasta que terminen de hacer las pruebas: unos tres días.

—¿Por qué? —preguntó Gary de nuevo—. ¿Para qué hay que hacer pruebas?

—Para ver si te has pescado algo, ¡estúpido! Si eres portador de gérmenes de la peste, en seguida lo sabremos —el soldado retrocedió—, y yo me ganaré la condenada medalla.

—Esto es verdaderamente infernal. Oye..., hazme un favor. Trata de conseguirme un pase. He estado demasiado tiempo fuera de circulación.

—¡Y todavía quieres un pase!



GARY no consiguió el pase..., nunca lo esperó, ni esperó los tres días fijados. Sabía con certeza lo que revelarían las pruebas; sabía que, sin lugar a dudas, los tubos de ensayo, o cualesquiera fueran las cosas que usarán, demostrarían sus dos años de vagabundeo por la zona contaminada, y descubrirían lo que hubiera en la sangre. La libertad estaba demasiado cerca para esperar tres días.

AQUELLA noche, que era la segunda que pasaba en la cámara, Gary se escapó.

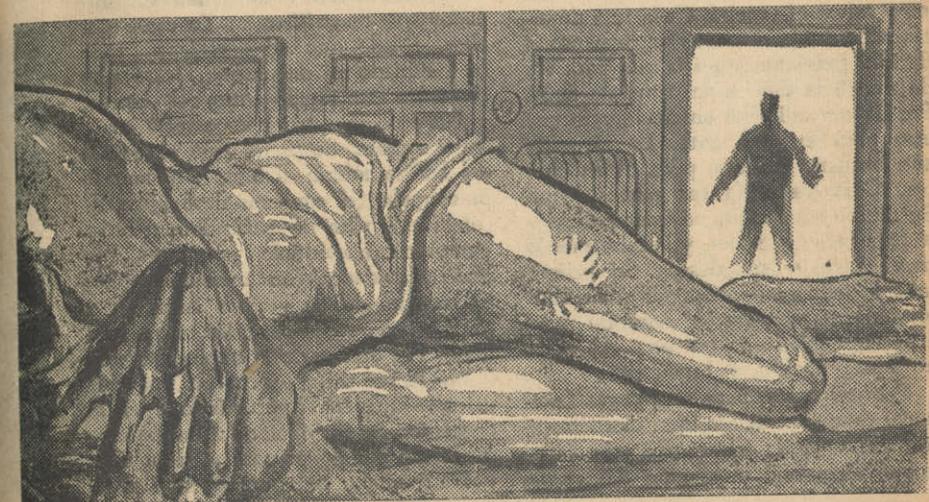
Para conseguirlo, pensó primero en la posibilidad de pedirle leche al centinela, pues sabía que a éste le costaría bastante tiempo procurársela; pero abandonó rápidamente la idea, porque se le ocurrió que el centinela podría negarse a buscársela. O en el caso de que quisiera, quizá se le ocurriría cerrar con llave la puerta antes de marcharse, o bien cuidar de estar ausente sólo unos cinco minutos como máximo. Cinco minutos no era suficiente. Necesitaba horas para alejarse de la zona.

Así, pues, Gary formuló su habitual

pedido de agua y mantuvo la puerta abierta a una pequeña rendija, mientras escudriñaba la oscuridad. No oyó ruidos de ninguna otra persona que estuviera cerca ni notó olor a humo de cigarrillo. En centinela volvió con el agua y se detuvo para colocarla ante el umbral; pero se incorporó con sorpresa cuando vio la estrecha abertura de la puerta. Gary lo tomó por la parte de atrás de la cabeza y le golpeó con el canto de la mano en el cuello. El centinela se desplomó. Gary se asomó cautelosamente. No oyó rumor alguno. Sin perder un instante, arrastró el cuerpo inerte hasta la cámara y lo extendió junto a la pared más alejada, en el sitio donde él había dormido la noche anterior. En pocos segundos se deslizó afuera, cerró la puerta con llave, y desapareció en la oscuridad de la noche, alejándose del río.

Disponía de tres a cuatro horas; por lo menos tres, hasta que fueran a relevar al centinela.

GARY iba ahora vestido de ropas civiles: un par de sucios overoles y una indescriptible campera que le



había quitado a un granjero. En un bolsillo tintineaban un par de dólares en moneda chica, propiedad también del mismo granjero al que había estrangulado. Su cuerpo inerte yacía, muchos kilómetros atrás, en una zanja; pero su viejo camión Ford corría por una carretera hacia el sur. Salía el sol cuando Gary y el camión robado se hallaba ya a unos ochenta kilómetros al sur de Saint Louis y bien lejos del río, bien lejos de los diez y seis kilómetros que correspondían a la zona militar.

Aquello era la libertad. Había esperado dos años para recobrarla.

Aquella tarde, temprano, entró en un cinematógrafo para ver dos películas; pues cuando pasaba frente al local, descubrió súbitamente que una de las cosas que más había anhelado era contemplar las cambiantes imágenes del cine. En la primera película, una mujer muy atractiva se exhibía en traje de baño, para asombro y deleite de todos los hombres y de todas las mujeres que participaban en el episodio; en la segunda, un verdadero héroe romántico del honrado Oeste conseguía vencer, después de múltiples dificultades, al sombrío villano y salvar el rancho. Cada una de estas películas lo mantuvo en suspenso, y decidió permanecer en la sala para ver de nuevo la escena del traje de baño. Por último salió del cinematógrafo con otro plan en la mente. La idea era aún bastante confusa; pero, al anochecer, Gary ya tenía sus planes listos. Su dinero era escaso: no tenía suficiente para beber y comer, y mucho menos para satisfacer sus deseos. Su primer robo le había proporcionado solamente unas pocas monedas; el segundo puso a su disposición una billetera. Abandonó aquel pueblo, y buscó otro.

Compró ropas, pero no nuevas (por temor de que pudieran estar marcadas), sino de segunda mano. En una calle lateral abandonó el camión del gran-

jero. Tomó un ómnibus hacia Little Rock, lugar adonde llegó aquella misma noche, bastante tarde. Little Rock era más o menos como Gary suponía; inclusive había radios que irradiaban las noticias, o por lo menos parte de las noticias que se tenían, sobre los últimos sucesos. . . Un agente enemigo andaba en libertad al oeste del río. . . Gary se sentó en un bar y escuchó los boletines que eran repetidos cada quince minutos.

En el bar demostraban bastante interés por las novedades: todas las cabezas giraban prestando atención; pero una vez que los noticiosos habían finalizado, todos volvían a sumergirse en sus propios problemas. Por todas partes se oían charlas, discusiones, planes tontos sobre qué le harían ellos a ese hijo de perra si se presentara allí; pero la preocupación mayor se concentraba en las bebidas que tenían al alcance de la mano y en la compañera de mesa.

—¡Qué barbaridad! —dijo Gary al dueño del bar—, ese hombre nunca conseguirá llegar hasta aquí. Los soldados lo atraparán.

El hombre asintió.

—Ellos siempre lo consiguen. Los soldados son magníficos. . . Yo estoy por ellos. Desde que ellos vinieron, todo ha cambiado en este lugar. Usted sabe cómo era este estado antes del cambio.

Gary no lo sabía pero asintió como si lo supiera. Sospechó que el dueño del bar se refería al tema que más le preocupaba (el comercio de bebidas alcohólicas); pero no quiso demostrar su ignorancia haciéndole preguntas. No pudo recordar si con anterioridad había estado alguna vez en Arkansas y ni siquiera recordaba nada acerca del lugar. Por otra parte le importaba poco.

No le fué difícil encontrar una chica que quisiera compartir con él el contenido de su billetera. A la mañana siguiente, ella le preparó el desayuno, y Gary estaba tan encantado y satis-

fecho por la sensación de hogar que halló en el modesto departamento de ella, que le expresó su deseo de continuar allí juntos algunos días. La chica se mostró más que bien dispuesta. Le prodigó un tipo de amor cuyos motivos eran evidentes, pero que satisfi-vo su prolongada carencia de afectos. . . Si Gary intentaba leer los periódicos, ella lo interrumpía; si hojeaba un poco los gastados libros, ella se los arrancaba de las manos y los tiraba a través de la habitación. Gary no perdió el juicio por ella; sabía que aquel amor terminaría en cuanto la billetera se vaciara; pero, hasta tanto la chica era un agradable manantial después de dos años de sed. Le acariciaba la falsa cabellera rubia y la dejaba que obrara según sus normas.

Compró una máquina de afeitar, simplemente porque un llamativo anuncio decía que con ella estaría mejor afeitado. Compró también una caja de bombones para la chica que lo estaba esperando en el departamento. Después de haber entrado en media docena de tiendas, con los brazos cargados con todas las cosas que había adquirido por el solo placer de comprar, emprendió el regreso hacia el departamento, al anochecer.

No bien abrió la puerta, se detuvo en el umbral, contemplando aterrado el cuerpo retorcido que yacía en el suelo. La mujer estaba medio desnuda, y su cuerpo, de un horrible color amarotado, mostraba los síntomas de la progresiva asfixia. Lo señaló con un dedo acusador, intentando inútilmente emitir algunas palabras. Detrás de ella, la radio estaba transmitiendo noticias. Gary dejó caer los paquetes al suelo y salió a escape olvidándose de cerrar la puerta.

Tomó otro ómnibus, siempre en dirección al sur, pero nada más que porque fué el primero que encontró con destino a otra ciudad.

LA ciudad era Shreveport. Creyó que ya la conocía, pero no estaba seguro: su otra vida había transcurrido tanto tiempo antes, que los recuerdos le jugaban a menudo malas pasadas. Tal vez estuvo allí un decada atrás, con los equipos deportivos del ejército de Louisiana, o quizá sólo pasó en un tren militar. En cambio, la imagen de la atormentada chica en el suelo del departamento, no era un recuerdo vago. Esa visión no lo abandonó pese a los esfuerzos que hizo para borrarla de su mente: lo acompañó, durante todo el aburrido viaje en ómnibus hacia el sur; lo atormentó mientras rondaba por las calles brillantemente iluminadas de Shreveport. Era un recuerdo ardiente, intenso, amargo. Yacía en el suelo, retorcida, casi asfixiada, señalando con un dedo acusador que parecía una saeta.

Ahora no podía permanecer en ninguna parte. Ahora no podía quedarse más de un día, ¡exactamente un día!, en cualquier lugar en que se detuviera, ya fuese ciudad bulliciosa, ya un pequeño pueblo o una granja donde pasar la noche. Sólo podía quedarse un día; en caso contrario, su paso sería descubierta.

Aquella familia de granjeros, los Hoffman, no habían sido afectados por su presencia, porque ellos vivieron en la zona contaminada desde el primer momento. Estaban inmunizados, como él también lo estaba. En cambio toda la gente que vivía al oeste del río, no estaba inmunizada, y él los estaba matando. Transportaba la muerte en los ómnibus, la llevaba a los comercios, la transmitía a aquellos a quienes rozaba en la calle, a los encargados de los bares y a la chica del modesto departamento.

Shreveport había perdido el mágico encanto que conoció en otro tiempo.

Comió en un pequeño y casi desierto restaurante donde le sirvieron una co-

mida barata y poco satisfactoria. En el extremo del mostrador, un conductor de taxímetro tomaba una taza de café mientras leía un periódico. Gary echó una mirada al diario. . . No había ningún retrato suyo (ellos no tenían); pero alcanzó a ver el título del artículo que le concernía personalmente.

Ahora, sin duda habría muchos más civiles que soldados persiguiéndolo. Todos estarían buscándolo. . . Alguno podría verlo; pero ninguno lo reconocería hasta que fuera demasiado tarde.

¡Oh, aquel maestro de escuela había previsto los hechos con mortal precisión!

¡Y ésa era la vida brillante y feliz que tanto había ansiado; la vida al oeste del río; una vida colmada de mujeres, de bebida y manjares, que no podía vivirse en la zona contaminada!... Para conseguir eso había arriesgado su propia vida. . . , y ahora no podía permanecer allí ni un solo día.

—Seguramente prenderán al malvado.

Gary se sobresaltó al escuchar las palabras del conductor de taxis.

—Sí, seguramente —contestó; dejó dinero sobre el mostrador, y se marchó.

Así, pues, él era un malvado: un malvado a quien se debía cazar y matar simplemente, porque quería vivir con ellos en lugar de hacerlo en la vacía y desolada zona del este. Ellos querían matarlo porque él tendría que haber muerto mucho tiempo atrás y no murió. . . . Lo matarían si es que podían dar con él. Le causaba gracia. En realidad, él los tenía en un puño: lo único que tenía que hacer era toser ante la cara del conductor de taxi, tocar o besar a la camarera, poner sus brazos sobre los hombros de un parroquiano del bar, y así los mataría mientras ellos andaban persiguiéndolo. Pero sólo podía permanecer un día. Mañana descubrirían que había estado allí. . .

Que había estado allí. El taxi estaba detenido en la parada, con el motor en marcha.

Gary giró la cabeza para observar el bar a través de las ventanas. El conductor aún estaba embebido en su periódico. La camarera le llevaba otro café. Gary se detuvo junto al vehículo, dió una vuelta a su alrededor y finalmente se deslizó detrás del volante. Consiguio ponerlo en marcha suavemente, de modo que el conductor no oyera ningún ruido. Después de haber recorrido una cuadra, hizo los cambios y se lanzó a toda velocidad por la casi desierta calle. Un cruce de caminos le llamó la atención, y viró hacia el oeste para alejarse más aún del río. Lo más probable era que quienes lo perseguían supusieran que se encaminaba en línea recta hacia el sur.

Pero se encontró con que la ruta hacia el oeste estaba cerrada. Habían colocado una barrera a través del camino, y un policía uniformado inspeccionaba los dos o tres automóviles alineados detrás del obstáculo. Sin aminorar la velocidad, dobló por un camino lateral y siguió hacia el norte, procurando dar la impresión de que esa era su ruta.

Continuó hacia el norte hasta que llegó a otro lugar donde el camino estaba interceptado, y nuevamente se encaminó hacia Shreveport. Desde allí, tomó otra vez hacia el sur, después de haber descrito un círculo completo con respecto a su punto de partida. Pero pronto volvió a encontrar una barrera similar a las demás, en la carretera a Alexandria a Baton Rouge. Se detuvo bastante antes de la barrera, donde la policía estaba inspeccionando los pasajeros de un ómnibus interurbano, y volvió hacia atrás.

Las rutas hacia el oeste y hacia el sur estaban cerradas para él. . . . El terror a la peste se había expandido rápidamente. Quizá estuviera abierto el

camino hacia el norte, pues probablemente pensarían que él no retornaría en esa dirección; pero encontraría barreras tendidas en los límites de la parte sur de Little Rock. La chica yacía en el piso del departamento de Little Rock; el rastro más reciente para descubrirlo. Lo mismo sucedería en Shreveport, mañana o pasado mañana. Una camarera, o el encargado de un bar. . .

¿Huir hacia el este?

Guiando con muchas precauciones, Gary condujo el automóvil a través del río Rojo, hacia Bossier City. Nadie lo detuvo. Continuó en esa dirección, buscó y encontró la ruta federal hacia Monroe y hacia el Misisipi. En ese camino no había barreras. . . , todavía.

Todavía no; pero muy pronto las colocarían: tan pronto como el conductor del taxi informara sobre el robo de su auto; tan pronto como la policía diera noticias sobre un vehículo que aparentemente no había querido seguir ni hacia el oeste ni hacia el sur. De repente pensó que el automóvil se asemejaba a un dedo amarillo en la ruta desierta. Tenía que encontrar la manera de librarse de él.

La oportunidad se le presentó al día siguiente.

Y se le presentó en forma de una mujer de mediana edad que iba conduciendo lenta y prudentemente un viejo modelo Ford A. Gary aminoró la marcha del taxi robado y empezó a marchar detrás de ella, observando cómo conducía. En seguida pudo comprobar que su velocidad nunca excedía de unos prudentes cuarenta kilómetros por hora. Una mujer precavida y solitaria que conducía su coche en una solitaria aurora hacia algún lejano destino. Ella se hizo a un lado, para permitirle que pasara retirándose lo más lejos posible hacia el costado derecho del camino; simultáneamente observaba al taxi por el espejo de su coche.

Gary aceleró, adelantó al otro vehículo, se colocó directamente ante el Ford y aplicó los frenos. Ella obediente, disminuyó la marcha y conservó nerviosamente su distancia, mirando el paragolpes y las luces traseras. Gary volvió a tomar velocidad, condujo a menos de los cuarenta kilómetros que habitualmente desarrollaba el Ford. Se sintió muy satisfecho cuando vió la incertidumbre que se reflejaba en el rostro de ella. Ella intentó disminuir más la velocidad, para mantenerse a buena distancia de Gary; pero éste aplicó el pie al freno y se mantuvo justo delante del Ford. Por último, cuando los dos vehículos marchaban a unos quince kilómetros, Gary frenó por completo. Los reflejos de la mujer no eran suficientemente rápidos, y el Ford chocó contra la parte posterior del taxi.

Gary bajó del coche, dejando la puerta abierta y el motor en marcha, y retrocedió para examinar los daños. Ella estuvo junto a él de inmediato, reprendiéndolo por su pésima manera de conducir y lamentándose por los daños sufridos por su propio auto. Sin decir ni una sola palabra, Gary la tomó por el brazo, la empujó hacia adelante y la colocó en el asiento delantero del taxi. La mujer lo miraba fijamente; se había quedado sin poder articular palabra, tanto por el asombro como por su creciente indignación. Gary la dejó allí, corrió hacia el Ford y se trepó a él. Antes de que ella pudiera recobrarse y bajar del auto, Gary había hecho retroceder el Ford para desenganchar los paragolpes. Con su nuevo robo describió una curva en torno del taxi, con creciente velocidad. La mujer le gritó algo cuando pasó a su lado. El viejo automóvil no daba más de ochenta a toda carrera; pero Gary hundió los pies en los pedales y lo mantuvo en esa velocidad hasta que el taxi amarillo y la mujer que pesticulaba salvajemente se perdieron de vista.

GARY escuchó el peculiar ruido de un aeroplano volando en picada. Hizo girar el volante y rápidamente encajó el automóvil en la zanja que corría al costado del camino. Luego, tan pronto como el vehículo se detuvo, saltó del coche y corrió hacia el campo. Se paró junto al reparo de un cerco. El aeroplano estaba algunos kilómetros detrás de él, sobre la carretera que acababa de atravesar, pero no siguió adelante. Gary volvió hacia el camino y desde la distancia comenzó a observar.

Los motores del avión rugían de nuevo. Gary lo descubrió en el momento en que el aparato salía de la picada. Mientras Gary observaba, el aeroplano volvió a ascender hacia el cielo, dió varias vueltas para aproximarse a un punto determinado, y una vez más picó sobre la carretera. Pudo oír claramente el tableteo de las ametalladoras. El avión se perdió de vista en la línea del horizonte; pero al cabo de un momento volvió, siempre en picada; hizo una última pasada sobre el blanco, mientras que Gary estaba de pie observando, y luego se quedó en el cielo, volando en círculos alrededor de su objetivo.

Al dueño del taxi indudablemente le fastidiaría haber perdido su vehículo.

Gary hizo retroceder el Ford, lo volvió a colocar en la carretera y se encaminó a gran velocidad hacia el este, en dirección al río, único lugar seguro que conocía. Tenía esperanzas de que los tripulantes del aeroplano no hubieran visto su automóvil. Ahora ya no cabía la menor duda de que su presencia en Shreveport había sido descubierta.

EL no, ancho y sombrío, corría ante sus ojos, con indiferencia, y con un susurro que no era precisamente sonido pero que tampoco era silencio. El silencio auténtico estaba en la otra orilla: un silencio completo y tangible como algo que se puede tomar con la

mano; pescado y funesto silencio. Gary yacía inmóvil entre el pasto cenagoso y frío. Sus ojos buscaban la negra silueta de un centinela que se destacara bajo el cielo oscuro. Ahora ellos sabían que estaba por aquellos lugares; sabían que había penetrado en la franja prohibida de diez y seis kilómetros; sabían que estaba oculto en algún sitio entre el destrozado taxímetro y el río. Inclusive sabían hacia dónde iba, aunque le negaban el derecho de retornar al silencio.

Gary yacía inmóvil, odiando el silencio y el río.

No existía otra posibilidad para él, si deseaba continuar viviendo; y esta certidumbre lo enfurecía. Sintió un odio queciento por la obligada elección, por la escasez de posibilidades y por la dura necesidad de tener que hacerlo. Podía incorporarse y gritar su desaffio al este... y morir en el instante siguiente; pero también podía volver a cruzar la línea de la cuarentena... ¿Y después?... El río era una angustiosa barrera que dividía la nación en mitades; mitades desiguales donde la vida se desarrollaba en desigual estado: de riqueza y plenitud, o de pobreza y escasez. Para la mayoría: alimentos, bebida, bombones, radio, nafta, dinero, neón, carne, paz. Para algunos pocos: obrar con rapidez o morir, acabarse lentamente de hambre o terminar rápida y violentamente. Y algo tan común como un río era la línea de la amarga división.

La negra y casi informe masa de un majestuoso centinela se movió destacándose contra las estrellas.

Gary retuvo el aliento y observó la opaca silueta, que pasó taconeando junto a él, y la observó hasta que se perdió de vista. Esperó un buen rato, por si acaso aquel centinela era seguido por otros. Luego, se incorporó sobre las manos y las rodillas, y se dirigió hacia el agua. Una piedra ruló bajo su ro-

dilla. Él se quedó rígido sobre la arena, siempre observando y escuchando. Luego, prosiguió suavemente, tanteando el camino tanto con sus sentidos como con sus dedos, escapando hacia la orilla del río, cuidando de no tropezar con un alambre de alarma. Una de sus manos extendidas se sumergió en el agua y produjo un ligero chapoteo. Tras un momento de tenso silencio, hundió su cuerpo desnudo en el río, y se alejó lentamente de la orilla de Louisiana.

Nadó hacia una de las pequeñas manchitas de tierra que había visto en medio del río, la noche anterior, cuando estuvo observando el lugar; nadó hacia una de las islas, donde encontraría un breve descanso antes de lanzarse al silencio que reinaba más allá del río. Ahora se odiaba a sí mismo, por su propia amarga futilidad y por sus tontas esperanzas de poder vivir como un hombre cualquiera; se odiaba por la injusticia que había recaído sobre él después de dos años de vigilante espera y de planes astutos. Habiendo conseguido cruzar el río prohibido, obtuvo como único resultado que le arrojaran su triunfo a la cara. Y ahora estaba literalmente hundiéndose de nuevo, sin que le quedara nada, excepto la vida y un desnudo e indefenso cuerpo que regresaban al silencio mortal.

Se impulsó hacia adelante aumentando la intensidad de sus brazadas.

Durante un brevísimo instante deseó haber podido desparramar la peste incessantemente; haber podido correr en libertad a través de cientos de pueblos y de ciudades diseminando una muerte espantosa. Deseó haber podido arrasar a los atildados y estúpidos estados del oeste a su propio nivel de vida, llevando la plaga a sus montañas; haber podido mostrarles cómo era en realidad la vida al este del río.

Gary avanzó en la oscuridad hasta que sintió una mezcla de barro y are-

na debajo de sus pies. Salió del agua, miró hacia atrás y sacudió un iracundo puño hacia la ribera de Louisiana.

—¡Hijos de perra!

La granjera en el taxi acribillado pudo apreciar la situación. El anónimo hombre cuyo cuerpo fué arrojado en la helada caleta, pudo inclusive haber sonreído con sarcasmo ante tanta ironía. ¡Si hasta el vulgar de Harry, tan ignorante, tan atolondrado en deslizarse por el cable, pudo haber reído estrepitosamente!

CAPÍTULO 12

LA estrecha franja de tierra sobresalía entre las aguas verdiazules del golfo, y las pequeñas olas corrían a quebrarse espumosas en la ardiente playa de arena. Eso era lo único que no había cambiado. El sol de Florida era cálido y desagradable en pleno verano.

Gary removía los calcinados restos de la cabaña del pescador, buscando algún indicio que le permitiera saber cuál había sido el destino de sus moradores; algo que le indicara cuánto tiempo hacía que se marcharon... y por qué. Deseaba desesperadamente averiguar en qué fecha la barraca había ardo hasta los cimientos.

Oliver y Sally se habían marchado... con el niño. ¿Adónde?

Furiosamente aplicó un puntapié a la carbonizada madera. Comprendió que las primitivas ventajas de pasar el invierno en aquel lugar, no continuaban siéndolo; ahora se habían transformado en un definitivo y tremendo peligro. Demasiados sobrevivientes avanzaban desde el norte, para escapar a los duros inviernos; demasiados sobrevivientes habían descubierto las cálidas arenas y las aguas colmadas de alimentos. Sabía que aquellos que aún sobrevivían este año, integraban el más peligroso núcleo de la salvaje y dura vida que todavía perduraba al este del Misisipi. In-

terruptió su caminata para reflexionar. ¿Qué año era... este?

¿El quinto año? ¿Cinco años desde el día en que los enemigos bombardearon? ¿Y cuándo había sido encontrada, saqueada, incendiada por extrañas manos la pequeña cabaña?

Su pie desnudo chocó con algo articulado que se le hundió en la piel. Se agachó para examinarlo sacándolo de las arenas donde estaba enterrado. Era la cadena de madera que él había labrado para regalarle a Sally en Navidad... hacía varios años.

Súbitamente, dándose cuenta del peligro en que estaba, Gary abandonó la isla.

TENIA que encontrar algo para comer.

Después de pasar tres días en ayunas, su estómago lo atormentaba penosamente.

Recogió su rifle, calibre 22, y se arrastró hasta la boca de la cueva para observar la planicie cubierta de nieve.

En los primeros años había utilizado sobre todo el máuser o el rifle pesado, como muchos hombres que requerían o necesitaban el alcance mayor y municiones más potentes, pero otros hombres que se aferraron obstinadamente a esos rifles pesados, no vivieron mucho tiempo. El trueno de un rifle pesado se extiende a distancias demasiado grandes, a través del silencioso y alerta territorio. El disparo de un arma significaba la presencia de un hombre, y un hombre sólo hacía fuego para conseguir alimentos. Muy pronto, Gary descubrió las ventajas que tenía un arma más pequeña; descubrió que su estampido no llegaba tan lejos y por lo tanto era menos traicionero; y si se estaba bastante cerca, podía derribarse a un hombre con la misma facilidad que con las armas pesadas. Dejó, pues, que los otros cazadores usaran sus rifles pesados, para cazar a sus víctimas

y revelar así su propia presencia... y luego los eliminaba con su rifle 22. Era tan difícil conseguir la escasa comida que aún quedaba, que nadie vacilaba en cerrar otra boca.

La llanura delante de él estaba despejada, blanca y brillante por la nieve recién caída. Nada se movía ante la vista.

En la lejanía resonó el disparo de un arma de fuego.

IMPRESIONADO, sorprendido y hasta complacido, rápidamente se tiró al suelo y comenzó a escudriñar el horizonte.

Había sido un rifle mediano de un modelo cualquiera: el estampido fué demasiado lejano para permitirle una fácil identificación. Quienquiera que fuese no debía de haber advertido su presencia; pues, si no, no habría hecho fuego a aquella distancia. La idea de que había alguien cerca, la posibilidad de conseguir comida intensificó los dolores de hambre en su estómago. Antes de ponerse de pie, esperó solamente el tiempo necesario para examinar el campo alrededor y detrás de donde estaba, por ver si algún otro había escuchado el disparo y andaba también explorando.

Gary se encaminó rápidamente hacia el nevado horizonte. Le circundaba un mundo vacío. Le pareció que el ruido del disparo procedía de alguna parte próxima a la ciudad, la cual era siempre una trampa mortal.

Los hombres amaban aún las poblaciones, estaban fascinados por ellas, soñaban con ellas, víctimas de otros que esperaban y acechaban. Unos pocos, más cautos y más experimentados, como Gary, solían esperar a la salida de los pueblos a los escasos visitantes, y los detenían antes de que pudieran entrar. Además, cuando conseguían entrar no adelantaban gran cosa. Muchas veces, la población estaba completamente va-

cía y continuaba estándolo, sólo porque los hombres de los alrededores pensaban que había alguien dentro.

Después de dos horas de marchar suavemente a través de la nieve, Gary llegó cerca de la villa. Súbitamente encontró la huella fresca.

Gary frunció los labios... ¡Otra trampa!

Las presentes huellas conducían a la ciudad.

Gary se deslizó un poco más y se extendió sobre su estómago para estudiar el lugar. En las calles no había movimiento. Tampoco se advertía en ninguna chimenea el humo que revelara la presencia humana. Pasó una hora; después otra... Gary no percibió ningún ruido de puertas, ni el chirrido que producen los zapatos sobre la madera: absolutamente ningún ruido. Alrededor del mediodía comenzó a soplar el viento, trayendo el olor de la villa y también la promesa de una nueva nevada. Cuidadosamente, Gary levantó la cabeza para olfatear al aire. No se percibía olor a sangre fresca o a pieza de caza recientemente sacrificada. Los disparos del rifle no habían sido nada más que una parte de la trampa.

Esperó, sin moverse, que comenzara a nevar.

Gary esperaba con paciencia poder ver, oír u oler algo que le descubriera la trampa.

EL olor lo puso de inmediato en estado de alarma.

Ya hacía mucho que había dejado de nevar. La profunda oscuridad de la noche se había tragado al mundo, dejando sólo una débil luminosidad pegada al suelo.

Gary estaba soñoliento, casi dormido, aunque con los ojos cautelosamente abiertos y la cara torcida para captar el errático giro del viento, cuando percibió el olor. Provenía de la población. Gary cerró los ojos en un esfuerzo pa-

ra identificarlo. En su memoria no existía un recuerdo preciso para denominar aquel olor que venía del cebo: se le escapaba... lo atormentaba.

Se daba cuenta de que no era ninguno de los olores propios de los trajes o de las pieles que los hombres usaban ahora para cubrir su cuerpo; no era tampoco el de ninguno de los combustibles utilizados para encender el fuego; no era, por último el de ninguno de los posibles tipos de alimentos que Gary alguna vez hubiera olido o probado. Tampoco era el peculiar tufo que expandía aquel solitario camión que cruzó la carretera, ni el hedor de ninguno de los animales que podían cruzar la comarca silenciosa. El efluvio llegó súbitamente, como si emergiera de un portal, y después de breves momentos se fué de nuevo, como si alguien hubiera cerrado la puerta. Pero lo raro es que no estaba mezclado con ningún otro olor; ni de cuero ni de ropas de lana ni de humo de tabaco: nada, sino aquel olor simple.

Luego, al cabo de media hora, llegó un olor a humo de leña.

Gary continuó avizorando y esperando; pero el humo no era visible en el aire de la noche. El peculiar aroma no volvió.

Incorporado a medias, comenzó a deslizarse dentro de la villa, teniendo cuidado de que no se le cayera la nieve adherida a la espalda. El olor a humo se acrecentó al aproximarse Gary a los edificios, y pronto pudo éste localizar su origen: la deteriorada chimenea de una vieja casa de ladrillos situada en el límite del terreno que él estaba atravesando. Dió gracias por no haber entrado a la población despojado de la nieve que lo cubría a medias. Se acercó a la casa, giró en torno de ella, observó, escuchó.

Ante la puerta encontró huellas en la nieve. Habían sido impresadas después de cesar la nevada. Eran pequeñas y es-

trechas huellas de pies desnudos... mucho más pequeñas que los zapatos que marcaron el rastro el día anterior. Gary retrocedió, se deslizó hacia el costado de la casa y se detuvo ante la chimenea. Los ladrillos estaban calientes por el fuego que oyó crepitar en el hogar. De inmediato percibió otro ruido más débil, y después de largos minutos de reflexión se dio cuenta de que se trataba de agua hirviendo. Fuego en el hogar y un recipiente con agua hirviendo... ¿Quién estaría preparando comida en medio de la noche? ¿Quién podría estar traicionándose con fuego de leña, quién se detendría con los pies desnudos sobre la nieve y quién permitiría que ese extraño olor se mezclara con el viento?

Moviéndose con prudencia junto a una ventana, Gary apoyó la nariz contra las rendijas.

Fuego, calor, humo, pero ningún olor discernible en el recipiente... y muy penetrante aquel turbador aroma.

Una mujer que usaba perfume...

De improviso oyóse un movimiento en la habitación. Gary se arrojó al suelo, muy mal escondido porque ya no tenía nieve encima; preparó el rifle, y esperó.

Al instante, concentró su atención. Se produjo un suave chasquido cuando ella cerró la puerta; se oyó el débil golpeteo de sus pies desnudos, que se movían sobre el piso.

Gary saltó desde su escondite en el ángulo de la casa y corrió hacia la puerta, sosteniendo el puñal por el largo mango. Sabía dónde estaría ella; sabía que en aquel instante caminaba hacia la lumbre, dándole la espalda a él. Saltó hacia la puerta; le dió un impulso con el pie; la abrió; empuñó el cuchillo por la hoja, y él mismo se colocó de manera que la puerta no se cerrara. Golpeó a la mujer en la parte baja del cráneo.

La mujer se desplomó al suelo, sin

que un solo sonido se escapara de sus labios. El rifle que ella llevaba cayó junto a su cuerpo.

Gary fué otra vez hasta la puerta, para escudriñar la calle y los alrededores; pero no oyó nada. Regresó adentro, cerró y trancó la puerta. Pasó sobre el cuerpo de la mujer, tomó el rifle, le sacó la municiones, arrojó la inútil arma al suelo, y por último se aproximó al hogar y derramó sobre el fuego el recipiente de agua hirviendo, para extinguir el calor y el humo tan reveladores. Solamente entonces retrocedió para mirar a la mujer.

Sus ropas estaban prolijamente apiladas junto al fuego, sus zapatos y un gran bolso negro reposaban sobre el suelo junto a las ropas. Gary se dirigió calmadamente hacia el bolso, levantó del suelo el puñal y abrió un ancho tajo en el costado del bolso. Por la abertura cayeron algunos trozos de conejo crudo, parcialmente helado. Gary se apoderó rápidamente de ellos e incó los dientes en la carne fría. Después del conejo salió del bolso un fino chorro de brillantes cuentas de vidrio. Gary, asombrado, metió la mano en el bolso y sacó un puñado de relucientes piedras que brillaron levemente en la oscura habitación.

Corrió hacia la mujer y le volvió el rostro, para mirárselo.

Ahora tenía *mucho más* de diecinueve años.

En un instante fué hasta la puerta y recogió un puñado de nieve para frotarle la cabeza. Mientras esperaba que reviviera masajeando suavemente cabeza y nuca, Gary hacía planes para un futuro en que ambos estarían juntos. Ella podría ser muy útil en la lucha por permanecer vivos, podría ser el cebo más tentador para atrapar hombres... como lo había demostrado recientemente. Y si ella se desempeñaba bien en su trabajo... quizá Gary le perdonara el recipiente de

agua hirviendo que había preparado. Además había *el otro* problema: no sería seguro para él que ella volviera a sentir hambre alguna otra vez.

Gary le contempló la cara, mirando cómo se agitaban sus párpados a medida que iba recobrando el conocimiento. Decidió que tenía que buscar algún otro lugar para vivir... pues ella evidentemente no le agradecería la

cueva. Le hizo una sonrisa que se perdió entre su espesa barba.

Los ojos de la mujer eran idénticos a los anchos, brillantes ojos azules que tenía la primera vez que la encontró; su semblante transparentaba el mismo terror. Sólo su cuerpo había cambiado en esos diez años.

—¡Hola, Diecinueve!... ¿Te acuerdas de mí? ♦



TV en todo el mundo

UNO de los grandes inconvenientes de la televisión de hoy en día es que no se puede transmitir más allá del horizonte porque las ondas de frecuencia ultraalta, a diferencia de las de radio, no se reflejan en la ionósfera. Recientes descubrimientos indican, sin embargo, que no toda la energía se escapa, sino que parte de ella se difunde en la atmósfera, así como se difunde la luz de una linterna fuera del punto enfocado. Aunque no se sabe muy bien a qué se debe este hecho, lo cierto es que ya se ha utilizado en forma experimental para transmitir televisión a 500 km. de distancia.



proyectiles dirigidos

HACIA LA VERDAD (Cont.)

Señor Director:

Tampoco puedo callarme agradeciéndole a la Srta. Marta Carlo (M. A. 36) sus prácticas indicaciones, pero cuando leí su carta ya mi melancolía había sido cortada. A la espacionave la estoy construyendo, pero como ando escaso de combustible rogaré a mi querida amiga que me facilite varios galones y quédese tranquila respecto del descenso, porque tomaré un ascensor hasta el décimo piso. ¡Ah!, me olvidaba, la vida es corta... ¿A qué distancia del altar quiere que la entierre? Cuesta un poco más, pero el peso recién está subiendo y..., los negocios son los negocios... Amigo Muñoz: es a mi tío a quien llaman Pepe y no a mí. ¡Por favor! No vaya a equivocarse de nuevo porque soy bastante aguantador, aunque cuando cargan demasiado exploto. En cuanto a esa secta que nombra, ¿por qué no me envía las bases y así me río un poco? ¡Estoy tan aburrido! Gracias a Dios gozo de buena salud. Todavía no he muerto.

LEON ZORRILLA (Capital)

Señor Director:

Me parece que al señor Leoncito Zorrilla no le van a quedar más ganas de lanzar sus sectaricos insultos después de las dos tremendas paradas de carro que se le hacen en el N° 36. La ciencia a cada paso que da, destruye más supercherías religiosas, pero las sectas lo solucionan todo muy fácilmente: acomodando su doctrina a los nuevos adelantos científicos.

FELIX E. SOSA (San Luis)

ESPACIOTEST

Señor Director:

Sería interesante que se conocieran los nombres de los supersabios craneanos que constatan la Sección Científica, porque realmente se merecen un premio. Quiero decirle al señor R. Clardo dos cosas: 1º) Si el Espaciotest le parece idiota, ¿por qué no se desquita y manda a la Sección Científica preguntas que no puedan contestar? 2º) Aunque un chiste se refiera al régimen depuesto, siempre puede ser bueno, ¿no le parece? Y al señor Leiton desearía decirle que también hay niños que leen M. A. Por ejemplo, mi hermanito de 9 años, y no creo que sea el único que lo hace.

MAURICIO KITAIGORODZKY (Capital)

Señor Director:

MAS ALLA es una revista de acumulación de conocimientos científicos que lamentablemente no podemos retener en su totalidad. Por lo tanto, creo que además del Espaciotest (que considero interesante e instructivo) se podría dedicar una página al Espaciograma a fin de que los lectores tengamos una nueva oportunidad de entretenernos y demostrar los conocimientos adquiridos.

FRANCISCO MUÑOZ (Capital)

Señor Director:

¡A la basura con el Espaciotest!
GUSTAVO SALA (Rosario).

Señor Director:

El Espaciotest y las Respuestas de la Sección Científica son sencillamente formidables.
A. A. STÜRBER (Olivos)

Señor Director:

Estoy de acuerdo con el señor Félix de Basam Cristi (M. A. 33) que el Espaciotest tenga por lo menos 20 preguntas. El señor Clardó está muy equivocado, porque las preguntas no tienen nada de tontas.

LORENZO FERRER (Córdoba)

Señor Director:

La introducción del Espaciotest va invariablemente referida a la palabra "cultura", tomada ésta en un sentido amplio. Entiendo que tendría que limitarse la extensión del término especificando que se trata de cultura científica y tecnológica o algo por el estilo. Las preguntas se refieren siempre a cuestiones de este tipo, pero cultura es no sólo un acopio de conocimientos científicos sino también de otra índole: histórica, artística, filosófica e inclusive psicológica. Como solución debiera aclararse y reducirse el sentido dado a la palabra cultura en el Espaciotest o incorporar en él preguntas de todo tipo.
T. F. APARICIO (Capital)

Señor Director:

Considero que el Espaciotest es un fuerte golpe para la vanidad de muchos; uno se cree muy culto y considera que después de todo no está tan mal, pero ¡ja, ja, ja! He aquí que vienen las preguntitas seguidas de dos o tres posibilidades y el sabio en ciernes se atraganta, revolea los ojos, se oprime el cerebro y recibe más tarde la consoladora respuesta: "no se aflija y siga leyendo M. A." ¡Como si necesitáramos que nos lo dijeran!
CELINA MANZONI (San Martín)

EDITORIAL

Señor Director:

El Editorial de M. A. 36 es uno de los mejores que han aparecido. Su párrafo final debería ponerse en un marco de oro, mejor dicho, de uranio refinado (es más moderno).

Señor Director:

El Editorial del N° 36 repugna un poco después de los rotundos fracasos de los últimos números. En su comentario decía que el cuento "Competición" era dramático, pero yo lo encontré cómico y como cómico muy bueno, pero no tiene nada de dramático.

FELIX E. SOSA (San Luis)

Bahía Blanca, 1970 (a bordo de la máquina del tiempo).

Querido "dire":

Llegamos ayer yo y mi perro Agamenón. Después de viajar por el espacio, pudimos observar en las calles gran confusión de Más Allistas y anti-Masallistas matándose en todos lados, sin distinción de sexo. El lema de los Masallistas es: Nuc traf 60 cachibol a lo Masallistas es: Nuc traf 60 cachibol a lo Masallistas. Parece que en un tiempo lejano todos eran Masallistas.

Canal de Marte '8' Pi-34½ Kioto. ¡Qué horror, dire! Parece que en esta era dominan los masallistas con una tiranía feroz, muy atroz. Al llegar presencié un desfile de las fuerzas de estupidación. Todos llevaban el distintivo de MAS ALLA que se empezó a usar en 1956 (un círculo atómico atravesado por una línea de luz sobre campo de estrellas celestes). Vi cómo quemaban a un pobre ciudadano por no saludar a tiempo al Gran Sacerdote del Editorial 34.

Canal de Marte '8' Pi-34½ Kioto. Le escribo apurado, Dire; está a punto de salir la nave expedicionaria que conquistará la tierra. La causa de la disputa no tiene perdón para los terrestres que en un rapto de locura animal exportaron a Marte varios números atrasados de MAS ALLA, entre los cuales figuraban cuentos como La Aguja y Un hombre encambrado. 23.987 marcianos murieron de risa en las calles, y las pérdidas fueron incalculables.

JOSE B. LERER (Bahía Blanca)

P. D.: Agamenón murió de susto al ver un "androide" ¿podría decir de mi parte al señor L. Morales Osses (Chile) si puede conseguirme por favor un humanoide altamente perfeccionado para dirigirlo con mi original inteligencia?

¿Verdad que ésta no va?
"Por supuesto que esto va".

POR SUPUESTO...

Señor Director:

La función de una sección como P. D. es la de establecer una armonía y cierta comprensión entre el público lector y la dirección. Esta no tiene por qué ser irónica y hasta grosera a veces, como por desgracia es el caso con una gran mayoría de contestaciones. Es

más, la dirección quiere que muestre su altura y cultura contestando educadamente a cartas no tan educadas y hasta tontas. Amén de que no necesariamente es siempre, como Ud. Sr. Director, parece opinar, los lectores tienen ideas tontas y erróneas, sino, ¡asómbrese! hay veces que podrían tener razón. ¿No le parece? Ya que inclusive, la dirección de MAS ALLA puede cometer pequeños errores al elegir cuentos, portadas, etc., que no están a prueba de críticas. Cuando en una revista se desliza un error, cosa normal e inevitable, inspira mucha más confianza y da jerarquía a la revista el reconocerlo y aclararlo una vez puesto de manifiesto y no contestar (M. A. 35) con una muletilla que si bien encierra una verdad interesante, está completamente fuera de lugar y le permite escabullirse de manera muy poco elegante y nada efectiva de una cuestión perfectamente concreta. Revistas de importancia mundial cometen errores y los reconocen, sin recurrir a métodos que clasifico de indignos. Aparte de esta inexplicable falta de tacto considero a MAS ALLA una excelente revista y una de las mejores que se publican en su género.

ENRIQUE JELLOUSHEG (Capital)

☞ Se podrá decir de nuestras respuestas todo lo que se quiera, pero nunca que tratan de esconder los errores.

Señor Director:

Dispénsame, pero Ud. se porta como un "chico"; si el lector dice "blanco" Ud. dice "negro". Los lectores se burlan de Ud., finalizan su carta para que se publique con un "por supuesto que no se publicará". Y responde ingenuamente con un "por supuesto, esto se publica" y una respuesta "boba" que tiene un mes para estudiarla.

E. LA RUE (Capital)

☞ ...pero que, por supuesto, se publica.

AL Sr. R. CLARDÓ (B. BLANCA) (M. A. 33)

Señor Director:

Las cartas del Sr. Clardó me dan a entender que es una persona excesivamente pesimista que no sabe valorar las cosas, pues pareciera que cada número de MAS ALLA es para él una tortura. ¿Desde cuándo los chistes publicados en M. A. tienen algo que ver con el régimen depuesto? En el arte de "poner la tapa" es usted un maestro, le confieso que lo envidio.

GUILLERMO HANSEN (Capital)

Señor Director:

Es imposible dejar de reaccionar ante los insultos del Sr. R. J. Clardó de B. Blanca, que en el N° 33 deja ver que es una persona con un I.Q. de 200 por lo menos. En el N° 35 opina que la revista decae verticalmente. Luego reprocha todo. Por favor, señor Director, dígame al Sr. Clardó que es un vulgar neurótico y recomiéndele un psiquiatra.

ENRIQUE F. MEDEOT (Tandil)

Súper-dire de M. A.:

Perdone la forma un tanto fanfarrona de dirigirme a Ud., pero a mi juicio, ya no se le puede llamar dire a secas. Permítame que le diga que sus respuestas tan acertadas, llenas de fina ironía y humorismo, son dignas de Ud. Al Sr. Clardó (B. Blanca) podríamos decirle muchas cosas, entre ellas: ¿Por qué no depono su régimen de crítica histérica y compra el Pato Donald? Le doy tres claves para que las ponga en práctica: 1) Es absolutamente necesario que no lea M. A. 2) Que el idiota es él y 3) ¿Por qué no se va a la Luna para encontrarse con los de su carácter? Sr. Dire: le advierto que se lo llega a querer por ser un intelecto sumamente especial.

MARIA SUSANA (Capital)

Señor Director:

Es indignante el plan formado por los especímenes superdotados de los Sres. Clardó, Munnilla, Navarro, Srta. Tamagno y otros que hacen honor al contrasentido "no sé de qué se trata, pero me opongo" (M. A. 35). Parecen confabulados para buscarle las cinco patas al gato en una objetividad superficial, rayana en la mediocridad mental en contraposición con la crítica constructiva. Al Sr. Clardó no le gustan las tapas, ni los cuentos, ni los editoriales, ni la letra, ni la tinta, ni el papel de M. A. Este "numens sapiens" extraterreno debe ser capaz de realizar magníficas tapas, idear maravillosos cuentos, esbozar artísticos dibujos y comercializar una revista de f. c. con un tiraje superior a M. A. ¡Pobrecillo! Mucho ha de faltarle para comprender solamente el nivel plástico de los artistas de M. A. en toda su frescura, dinámica, composición y concepción en armonía con la literatura de f. c. ¡El día que sintonice todo esto, que hable! Al Sr. Munnilla no le van ni le vienen las tapas, pero le cosquillean los Editoriales; ha puesto el dedo en el ventilador; precisamente los Editoriales de M. A. son la parte más seduda de la revista: humanos, científicos, llenos de lógica trascendente... ¡Que se le de chance y que publique algo! El Sr. Navarro menos. ¡Ja, ja! ¡Se quedó con las tapas y no está ni por las tapas! Sr. Director, su revista no es una perfección, pero merece esta defensa.

FRANCISCO B. TELLECHEA (Capital)

¿QUIEN? (M. A. Nº 34)

Señor Director:

Dígale al señor 723 eD DE 5.7825 (Venus) (¡Hay que estar bastante tocado para querer impresionar con esos nombres!) que si le pareció infantil la novela "¿Quién?" que puede comprar "Tommy Futuro", "Superhombre" o algunas otras revistas de pseudo f. c. que están más adecuadas a su mentalidad, puesto que no entiende la f. c.

FELIX E. SOSA (San Luis)

MAÑANA ES OTRO DIA (M. A. Nº 35)

Señor Director:

Creo que si el señor Houston Brunner quiere hacer una completa exhibición de palabras raras, lo consigue ampliamente. Además, lo poco que aclara, lo hace por medio de un moribundo. ¡Adelante, MAS ALLA!

JUAN J. BAIONE (Capital)

Señor Director:

¡Es una novela pésima! El autor cree que la f. c. está en relación directa con lo incomprensible, cuanto más enrevesado está más f. c. es... Después de leer veinte páginas en las que uno quiere adivinar algo, se entera malamente del significado de ellas (como una novela policial, pero peor aún). Aparte de esto, el tema no es nada original. ¡Por favor, señor Director! ¡No publique más cosas así!

ALBERTO A. ORTIZ PRANNO (Capital)

DESCUBRIMIENTO (M. A. Nº 35)

Señor Director:

"Descubrimiento" es un cuento de final sorpresivo. Toda su eficacia reside en que se trata de la ciudad de Bahía Blanca y ustedes lo adelantan todo en el subtítulo! ¡Otra broma como esa y no compro más la revista!

ALDO GAMMAROTA (Capital)

Señor Director:

Este es un cuento terriblemente posible, que uno se queda pensando durante un buen rato en que si no sería conveniente mudarse a un sótano como el de Alea. ¿Qué le parece mi sugerencia, Dire?

MAURICIO KITAIGORODZKY (Capital)

☉ A veces ni los sótanos alcanzan.

Señor Director:

Es el peor cuento que he leído en su revista. Me extraña que dos "extraterrenos" hablen de bichitos de luz y de ser campeones de atletismo. Además, la novela en general es absurda, el escritor no tiene mucha imaginación al humanizar física y mentalmente a los visitantes del más allá.

ALFREDO ROSSETTI (Ciudadela)

Señor Director:

MAS ALLA es una revista de f. c. ¿Por qué incluye entonces en el Nº 35 un cuento como "Descubrimiento"? Creo que todos los lectores de su revista ya hemos pasado el primer grado inferior.

JUAN V. ESTIGARRIBIA (Capital)

Señor Director:

Este cuento de J. P. Edmunds es sencillamente maravilloso. ¡Lástima la pequeña introducción que nos adelanta el final! Quiero felicitar también al señor Omar F. Pipet por su carta que es uno de los P. D. más certeros.

ROMULO P. DI LUCA (Campana)

Señor Director:

¡No hay derecho! Deje a los lectores el poder conjeturar sobre el desenlace de los cuentos. Si en un prólogo cuenteril nos narran el final no tiene gracia el leerlo. No somos niños, no infantilicen los artículos con prólogos fatuos en los que se menosprecia la agudeza e ingenio de los lectores.

GUSTAVO E. MALDONADO (Córdoba)

Señor Director:

Ha cometido Ud. un grave error al publicar "Descubrimiento" en el Nº 35 de MAS ALLA.

HECTOR E. LANDEIRA (Sta. Fe)

Señor Director:

Por fin me he librado del insomnio que me aquejaba luego de leer "Descubrimiento" MAS ALLA actual sería un excelente somnífero, pero lamentablemente a veces publica cosas buenas.

HECTOR E. LANDEIRA (Sta. Fe)

Señor Director:

Me parece un desacierto la publicación del cuento titulado "Descubrimiento". Su mediocridad o deficiencia no pudo pasar inadvertida en una edición excelente como ésta de Ed. ABRIL. La narración es vulgar además de poco o nada imaginativa; desde la primera página se prevee el final que pretende ser sorpresivo y violento, tan común en su revista, y sólo se diluye en nada. El único asombro que proporciona es el preguntarse: ¿Cómo se publicó esto? Y al no recibir respuesta permanecemos incrédulos, temiendo algo peor en los próximos números. ¡Ah! Me olvidé de criticar al Dire, pero bien que lo merece.

ZOAR DE MARTE (San Julián)

Señor Director:

Creo que MAS ALLA es digna de algo mejor que "Descubrimiento" que es el cuento más estúpido que he visto desde que aprendí a leer. Lamento escribirle para quejarme, pero es que lo bueno de MAS ALLA es tanto que no se puede expresar en una simple carta.

DARDO A. PARERA (Santa Fe)

A LA Srta. BLANCA TAMAGNO (M. A. Nº 35)

Señor Director:

Al leer la carta de la señorita B. Tamagno (M. A. 35) me di cuenta inmediatamente que esa mujer está amargada, por estas causas: 1º alaba el espíritu medieval, estando en el siglo XX, al decir que los novelistas de esa época predecían mejor el futuro que los de ésta, cuando lo único que sabían predecir era el fin del mundo. 2º compadece a la pobre juventud de P. D. y ella envía uno... 3º Y, por último, si tan poco quiere a la revista ¿para qué la compra? ¿Por obra de caridad? ¿O para buscar descarga a su amargura?

FELIX E. SOSA (San Luis)

Señor Director:

Tendría que decirle a la señorita Blanca Tamagno por su carta del Nº 35 que si es tan inteligente como dice comprenderá todo en estas cuatro palabras: ¡Límitese a otras cosas!

ENRIQUE MEDEOT (Tandil)

Señor Director:

Dígale a la señorita Tamagno que puede bajar de las alturas o de los siglos y peticionar sobre lo que más le guste, porque al parecer no está conforme ni con la f. c. ni con el mundo en que vive. Ha quedado rezagada en el medioevo y se conduce de la pobre juventud siglo XX de la sección P. D. que vive metida de cabeza en cosas nimias y poco trascendentes como la energía nuclear, el universo, la curación del cáncer, conocimiento

de la ciencia, concepción de la vida y en develar el inefable misterio del más allá. Señorita Blanca, ¡a dejar las sombras del siglo XV y acompañarnos en este camino hacia la luz!

FRANCISCO B. TELLECHEA (Capital)

Señor Director:

Preguntaría yo a B. Tamagno los fundamentos de su crítica y la "lógica científica" que se puede encontrar en la Edad Media. ¡Qué derrota nos ha infligido a la juventud de Projectiles Dirigidos! ¡Y a mí, que dis-cuta "un asunto tan nimio y poco trascendente. El artículo de N. Spadea me agradó: es un adorno para la correspondencia, pero si todos fuéramos así tendríamos un conjunto delirante y fantasmagórico. Por lo tanto, señores Young y Ramírez (M. A. 35), moderación.

NELSON R. MAC ALLISTER (Pergamino)

SUTIL VICTORIA (M. A. Nº 36)

Señor Director:

Los cuentos publicados en M. A. 36 pueden ser resumidos todos, menos la novela "Sutil Victoria" en una sola palabra: humanos. Representan los problemas del hombre en el trato con otras civilizaciones de una manera simple y resuelta, mirando a las otras razas del Universo no de arriba hacia abajo sino de igual a igual y quizá hasta un poquito de abajo hacia arriba, que es como debe mirarse a lo desconocido. A "Sutil Victoria" la considero distinta. Creo que M. A. nunca publicó algo así. Con resignado fatalismo de los que consideran no ser ni superiores a los venusinos ni más buenos ni nada por el estilo, el autor demuestra y trata de explicar un problema que se presenta actualmente en EE. UU.: el problema racial de blancos y negros. Sólo la solución, una solución terrible pero inteligente por parte en este caso de los venusinos, podría salvar a los hombres de la destrucción. Era al mismo tiempo una defensa y una ayuda al enemigo.

MAURICIO KITAIGORODZKY (Capital)

Señor Director:

El número 36 mejora al 35. Los genios de su pasquín están acercándose al camino de los primeros números. "Sutil Victoria" es lo mejor de este número.

FELIX E. SOSA (San Luis)

Señor Director:

El número 36 me ha parecido muy bueno. Tiene mucha razón Mr. E. C. Tubb (Sutil Victoria) al imaginar ese proceder de los hombres con los nativos de Venus. Me recuerda los métodos seguidos por los blancos con los indios. No deje de publicar cuentos tan alegres como "División de condominio". Todos se lo agradeceremos.

JORGE E. PRADO (Capital)

MODELO DE JUECES (M. A. Nº 36)

Señor Director:

No alcanzaría P. D. para criticar esa idio-tez disfrazada bajo el nombre de Modelo de Jueces. Es sencillamente paupérrima.

E. LA RUE (Capital)

respuestas de la sección científica

MOVIMIENTOS DE LA TIERRA

¿Es verdad que la Tierra tiene 11 movimientos? ¿Cuáles son?

ERNESTO J. MINETTO (Capital).

→ Sí. Los movimientos de la tierra son: 1º El de rotación diurna alrededor de un eje; 2º El de traslación anual alrededor del Sol; 3º Un movimiento de precesión; 4º Un movimiento de nutación; 5º El movimiento de la línea de los ejes (desplazamiento del perihelio y del afelio en el sentido Oeste a Este, 11" por año); 6º Variación de la oblicuidad (ángulo comprendido por los planos del ecuador terrestre y de la eclíptica, que hace 23 siglos valía 23º 49' y ahora vale 23º 27'); 7º Perturbaciones que sacan a la tierra de su órbita elíptica, debido a la acción de los planetas; 8º Variación de la excentricidad de la órbita de la tierra, y que tiende a llevarla a la forma de circunferencia (se debe también a la acción planetaria); 9º Desplazamiento de la tierra hacia el ápex (acompañando al sol en su movimiento); 10º Movimiento alrededor del centro de gravedad del sistema luna-tierra; y 11º Movimiento de los polos sobre la superficie terrestre, debido a la plasticidad del globo terrestre.

ATOMOS Y MOLECULAS

1. ¿Será posible en un futuro cercano ver los átomos?

2. ¿Cómo se explica la propagación del calor en el vacío, donde no hay moléculas?

OSVALDO ABOID S. (Santiago de Chile).

→ 1) Con los medios a nuestro alcance es, por ahora, imposible ver los átomos, debido a que el poder de resolución de los instrumentos no alcanza para revelarlos. Lo mismo ocurre con las moléculas relativamente pequeñas; solamente las moléculas complejas, las proteínas, etc., han sido vistas con el microscopio electrónico.

2) El calor no sólo se conduce por medio de moléculas, sino también que se propaga a través del vacío como radiaciones caloríficas, es decir, radiaciones elec-

tromagnéticas de longitudes de onda más grandes que las radiaciones ópticas. Los rayos rojos del sol, por ejemplo, son bastante caloríficos; los infrarrojos talavia mucho más, y así siguiendo.

FUERZA COULOMBIANA

¿Es la fuerza coulombiana que actúa entre los constituyentes de los núcleos, la de atracción o repulsión de cargas eléctricas de distinto o de igual signo? ¿En qué consiste la interacción entre nucleones? ¿Cuáles son las fórmulas que señalan la relación entre las distintas energías que actúan entre las partículas nucleares?

ROBERTO J. PERAZZO ALBERTELLI.
(Capital)

→ Sí, por ejemplo, la repulsión entre los protones. La energía de interacción "de intercambio" entre nucleones viene a ser la que da lugar a las fuerzas de intercambio, que ocurren cuando interactúan un protón con un neutrón; el primero, por ejemplo, emite un mesón pi cargado positivamente, el cual es absorbido por el neutrón transformándose en protón y quedando el primer protón convertido en neutrón. Hay, pues, un intercambio de carga. La interacción se verifica dentro del núcleo. En cuanto a la fórmula que relaciona las distintas energías, suele expresarse por la llamada "energía de ligadura" del núcleo, que es la energía necesaria para reunir a los nucleones en el núcleo deseado: $E = Z m_H + (A - Z) m_n - M$, siendo m_H y m_n las masas del átomo de hidrógeno neutro (1,00813) y del neutrón (1,00893) respectivamente; M es la masa del átomo neutro cuyo núcleo estamos considerando. Es corriente considerar más bien la energía de ligadura por nucleón: $E/A = (Z/A) (m_H - m_n) + (m_n - 1) - P$ siendo P la llamada "fracción de empaquetamiento", igual a $(M - A)/A$, donde A es el número total de nucleones del núcleo. La energía de ligadura media, por nucleón, es aproximadamente constante, y se debe casi totalmente a las fuerzas de intercambio; contribuyen también, aunque relativamen-

te poco, las fuerzas de tensión superficial y las de Coulomb. Para más detalles, deberá consultar un buen libro de física nuclear.

APARICION DE LOS COMETAS

¿Cada cuántos años aparecen los cometas?

LUIS A. VUKUSICH (Bahía Blanca).

→ Eso depende de la órbita de cada cometa. Algunos se mueven a lo largo de órbitas elípticas, con períodos inferiores al siglo; el de menor período es el cometa Encke (más o menos 3,3 años); unos 50 cometas periódicos tienen su afelio a una distancia del sol igual aproximadamente a la de Júpiter: son los llamados cometas de la Familia de Júpiter. El cometa Halley, por su parte, apareció en 1531, 1607, 1682, 1758, 1835, 1910 y volverá por 1985. Su período es de unos 75 años.

DISTANCIAS Y ROTACIONES

¿Cuáles son las distancias a los planetas y los períodos de rotación de los satélites de Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno?

HECTOR SANCHEZ (Ciudadela)

→ De Júpiter: Júpiter V 200.000 km. y 11 h. 57 m.; Io 420.000 km. y 1 d. 18 h.; Europa 565.000 km. y 3 d. 13 h.; Ganimedes 1.070.000 km. y 7 d. 4.; Calisto 1.870.000 km. y 16 d. 17h.; Júpiter VI 11.700.000 km. y 266 d.; Júpiter VII 11.900.000 km. y 277 d.; Júpiter VIII 23.000.000 km. y 740 d.; Júpiter IX 23.600.000 km. y 758 d.; Júpiter X 11.700.000 y 260 d.; Júpiter XI 22.400.000 y 692 d.

De Saturno: Mimas, 187.000 km. y 22 h. 6 d.; Encelado, 250.000 km. y 1 d. 9 h.; Tetis, 298.000 km. 1 d. 21 h.; Dione, 380.000 km. y 2 d. 18 h.; Rea, 530.000 km. 4 d. 12 h.; Titán, 1.230.000 km. y 15 d. 22 h.; Hiperión, 1.490.000 km. y 21 d. 7 h.; Japeto, 3.600.000 km. y 79 d.; Febe, 12.800.000 km. y 546 d.

De Urano: Ariel, 194.000 km. y 2 d. 12h.; Umbriel, 278.000 km. y 4 d. 3,5 h.; Titania, 437.000 km. y 8 d. 17 h.; Oberón, 585.000 km. y 13 d. 11 h.

De Neptuno: Tritón, 356.000 km. 5 d. 21 h.

PLANETAS

He leído que puede haber entre Mercurio y el Sol un grupo de pequeños planetas. ¿Se ha comprobado su existencia? ¿Son ellos los que ejercen una acción perturbadora sobre Mercurio, determinando el corrimiento del perihelio de éste?

OSCAR L. TREASURE (Capital).

Efectivamente, hay una teoría que trata de explicar el corrimiento del perihelio de Mercurio suponiendo la existencia de un grupo de planetas situados entre el Sol y Mercurio, pero lo cierto es que hasta ahora no se ha encontrado señales de los mismos y hay varias objeciones serias en cuanto a su existencia. Por lo demás, dicho corrimiento se explica perfectamente bien como un efecto relativista.

ENERGIA DEL SOL

¿Puede la energía irradiada por el Sol condensarse en forma de materia, formando nuevos cuerpos celestes?

JULIO CRESPO (Córdoba).

→ Sí, la energía irradiada puede, por lo menos en parte, "condensarse en materia". No se conoce bien el mecanismo de dicho proceso, pero se supone que puede ocurrir la "formación de pares" de electrones y quizá de protones y antiprotones, si es que estos últimos existen en verdad.

MECANICA CLASICA

El principio de relatividad de la mecánica clásica, ¿no es una consecuencia del principio de inercia? ¿Qué relación hay entre la inercia y el principio de relatividad de la mecánica clásica?

H. L. MARTINEZ (Capital).

→ Sí; es una consecuencia inmediata, que se expresa diciendo que si las leyes mecánicas son válidas en un sistema de referencia, entonces lo son también en otro sistema de referencia que se mueve con movimiento traslatorio uniforme respecto de aquél. El principio de inercia se enuncia diciendo que si un cuerpo no está sometido a ninguna fuerza, o per-

manece en reposo, o se mueve con movimiento rectilíneo y uniforme. Pero este enunciado no es completo; falta especificar a qué sistema se refieren las observaciones. Así se llega al principio de relatividad: si hay un sistema de referencia galileano (inercial), entonces hay infinitos (todos los que se mueven con movimiento rectilíneo y uniforme respecto de aquél). Pero no hay ninguna regla para hallar un sistema inercial. En estos razonamientos, se supone que el tiempo es absoluto, es decir, es el mismo para todos los sistemas de referencia; las coordenadas y las velocidades cambian de acuerdo con las leyes de transformación de la mecánica clásica (transformaciones de Galileo); la fuerza y la aceleración son invariantes respecto a las leyes de transformación.

MOVIMIENTO DEL PERIHELIO DE MERCURIO

¿Cómo explica Einstein en su teoría de la gravitación el movimiento del perihelio de mercurio? ¿Qué libros puedo consultar al respecto?

J. SECCHI (Capital).

→ El razonamiento es el siguiente: El movimiento de un planeta en el campo del Sol puede considerarse como el de una partícula en el campo de una masa esférica homogénea; si la partícula perturba poco este campo, estamos prácticamente en el caso del campo de Schwarzschild; la partícula se mueve, entonces, a lo largo de una geodésica del espacio-tiempo, cuya métrica viene dada por el elemento de línea: $ds^2 = c^2 (1 - 2M/r) dt^2 - dr^2 / (1 - 2M/r) - r^2 (d\theta^2 + \sin^2 \theta d\phi^2)$.

Basta ahora determinar las ecuaciones de las geodésicas; se encuentra que, en primera aproximación, son las órbitas keplerianas, y en segunda aproximación resultan ser órbitas no cerradas (puede imaginárselas como originadas por la rotación de la órbita kepleriana en su plano, alre-

dedor del foco). Se puede obtener por lo tanto, el valor del corrimiento del perihelio: $6\pi Gm/c^2 p$, y mejor aún, expresado por siglo y en función de la excentricidad e y del semieje a de la órbita kepleriana: $2\pi 3 G m/c^2 a^2 (1 - e^2) \cdot 36525/T^2$, donde m es la masa del Sol, T el período, G la constante newtoniana de gravitación. El valor calculado es de $43'' 03$; el observado, o mejor, la diferencia observación-cálculo teniendo en cuenta las perturbaciones de los demás planetas, es $42'' 56$. Puede ver el asunto, con todo detalle, en cualquier buen libro de relatividad: Tolman, "Relativity, Thermodynamics and Cosmology"; Möller, "The Theory of Relativity"; Eddington, "The mathematical theory of Relativity"; Weyl, "Raum, Zeit, Materie"; Terradas y Ortiz, "Relatividad".

CUERPOS CELESTES

¿Por qué la Luna y todos los cuerpos celestes visibles al atardecer y al amanecer, al encontrarse cerca del horizonte, se ven más grandes que al hallarse sobre nuestras cabezas?

ALFREDO CABRERA (Costa Rica).

→ La bóveda celeste nos parece algo achatada en el cenit, dando la impresión de que se encontrara más cercana a nosotros que la línea del horizonte. Por eso el Sol, la Luna, etc., aparecen de mayor tamaño cuando se encuentran cerca del horizonte. En realidad tienen el mismo tamaño que cuando están en el cenit. El fenómeno es debido a una errónea apreciación de la distancia. Al salir el Sol, por ejemplo, suele hacerlo detrás de una casa, o de un árbol, o al final de un largo camino, de tal modo que la distancia del astro nos parecerá enorme; en las proximidades del cenit, en cambio, carecemos de puntos de referencia, y la distancia más bien pequeña a que parece encontrarse, nos da la impresión de que el disco solar es de tamaño menor.



el porvenir llega por correo...

Reciba su cargamento mensual de emociones, ciencia y fantasía, suscribiéndose a **MAS ALLA**

Y APROVECHE
LA OFERTA
EXTRAORDINARIA
DE ESTE MES

escriba claro

Deseo suscribirme por un año a **MAS ALLA**

Adjunto cheque/giro a la orden de Editorial ABRIL S. R. L. por la suma de \$

Nombre

Dirección

Además, deseo hacer uso de la oferta extraordinaria de este mes para los nuevos suscriptores:

envíenme **sin cargo** los siguientes tres ejemplares de **MAS ALLA**

Nº Nº Nº

(Vea el aviso de la página 35 que lo ayudará a hacer la selección)

LEA LAS TARIFAS EN LA PAGINA SIGUIENTE

Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 507981. Distribuidores, Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires:

CORREO
ARGENTINO
Central B

FRANQUEO A PAGAR
Cuenta Nº 574

INTERES GENERAL
Concesión Nº 4923

TARIFAS DE SUSCRIPCIONES ANUALES

Las suscripciones en el exterior pueden ser pagadas en pesos argentinos, en dólares americanos o en las monedas de los distintos países. Las remesas pueden hacerse en giros a la orden de Editorial Abril S.R.L. y dirigidas a MAS ALLA, Av. Alem 884, Buenos Aires.

TARIFAS

Argentina	m\$.n.	65.—
Todos los países (inclusive aquellos no indicados)	m\$.n	120.—
	ó US\$	4.—
Brasil	Cr.	250.—
Colombia	\$	14.—
Ecuador	S.	80.—
España	Ps.	170.—
México	\$	50.—
Perú	S/o	75.—
Portugal	E.	110.—
Uruguay	\$	15.—
Venezuela	Bs.	13.—



caras falsas al viento

El estudio de la capacidad de desplazamiento de diversos tipos de proyectiles en el aire por medio de túneles de viento, no produce solamente modelos cada vez más aerodinámicos sino también curiosos efectos artísticos. La prueba la ofrece esta curiosa fotografía, obtenida haciendo que un haz de luz atraviese la estela de viento dejada por un proyectil. ¿Será quizá ésta la manera de conocer al famoso genio de la lámpara de Aladino?



en el próximo número:

más allá publicará

en pos del infinito

los planos norteamericanos
para conquistar el espacio.
16 páginas de ilustraciones.

dos novelas cortas:

simiente

por Raymond F. Jones

la convención del crimen

por Jerome Bixby

además:

- otros cuentos
- espaciotest
- correspondencia
- notas científicas